Ernesto Palacio

CATILINA

Una revolución contra la plutocracia en Roma

BIBLIOTECA DICTIO

Palabras para la segunda edición

Escribí este libro hace casi tres lustros, como consecuencia de una experiencia política breve, pero intensa y aleccionadora.

Corría el año 1931. En el curso de pocos meses, había yo probado la esperanza y las zozobras de la conspiración, la euforia del triunfo, la responsabilidad —y el goce— del poder en una ínsula provincial, y muy pronto, el desengaño de los hombres a quienes ayudé a encumbrar y de los principios que profesaban. Me sentía defraudado en mi patriótico fervor juvenil; y lo que es peor, culpable de haber participado, por inexperiencia y por una suerte de fatalidad, inherente a mi posición y mis vinculaciones, en una empresa cuyo carácter maléfico se me hacía cada día más patente.

Mi conocimiento de los entretelones del régimen restaurado el 6 de septiembre y mi contacto íntimo con los triunfadores —ávidos de usufructo— completaron mi harto imperfecta educación política. Comprendí que el patriotismo y el honor me vedaban seguir una carrera provechosa en las filas de quienes mostraban tan a lo vivo su falta de sensibilidad nacional. Y renunciando a mis obvias posibilidades de éxito y de lucro fácil, decidí romper con los comilitones de la víspera, abandonar la mesa del infame festín y solidarizarme en la calle con los vencidos.

Esta renuncia era, en mi caso, grave. Significaba abandonar el iniciado *cursus honorum*, al que me empujaba una firme vocación. La decepción patriótica me obligaba al sacrificio de mi ambición —de mi ambición

legítima—, que no ha sido nunca la de escribir libros, sino la de influir, con la acción y el consejo, en los destinos comunes. Al optar, en esa ocasión, por el partido derrotado, me condenaba, y lo sabía, a una lucha larga y obscura.

Rotos los vínculos con los amigos de la víspera y reducido así a la soledad, empecé a consolar mis desventuras políticas con la lectura de los historiadores clásicos.

La frecuentación de Vico y Spengler me había inculcado la convicción de la repetición cíclica de los fenómenos sociales, por lo cual mis estudios se orientaban hacia la búsqueda de analogías, con el objeto de interpretar los hechos pasados a la luz de mi experiencia personal. Mi experiencia viva era la de la oligarquía triunfante, cuyo *modus operandi* había analizado a la perfección. Conocía el pecado por haber incurrido en él, como la ramera iluminada por la gracia; y sentía odio y desprecio por el pecado. En esas circunstancias —y en una edición holandesa de 1659, herencia de mi abuelo materno— releí el BELLUM CATILINARIUM de Salustio.

No obstante la seducción del estilo y el aparente vigor de la argumentación, descubrí enseguida la falacia de la versión tradicional, que el gran historiador nos transmite. En el cuadro impresionante, y tan actual, de la corrupción política de una sociedad en decadencia y apenas velada por el convencionalismo verbal del retórico inigualable, surgía nítida en mi espíritu la figura de un Catilina nuevo, cuya realidad me hacía estremecer. Y en él se encarnaba sin esfuerzo mi propia decepción, mi propia indignación, mi propia rebeldía. ¡Sus enemigos eran mis enemigos! ¡Su drama era mi drama! A ese Cicerón, que se erigía hipócritamente en defensor de las instituciones, ¡yo lo había conocido! ¡Había hablado con él, poco tiempo antes, en la Casa Rosada!... Acostumbrado a diagnosticar al oligarca hasta por la mirada y el gesto, ¡cómo no iban a hacérseme patentes en la forma de mentir y en el estilo de calumniar! De esta revelación surgió mi libro.

Yo estaba condenado a la inacción y la conspira-

ción. Encerrado en una biblioteca, cuando todo mi ser me pedía guerra, la tarea de rehacer el episodio catilinario fue para mí una forma de liberarme, una válvula de escape, una compensación psicológica. Varios meses de trabajo febril, en la Biblioteca Nacional y en la quinta de San Isidro, con atardeceres de paz bajo los paraísos, después de la tarea cumplida: horas en que el optimismo juvenil me hacía olvidar las desventuras públicas.

CATILINA —que por diversas causas no apareció hasta 1935— ha sido un libro afortunado, que me ha proporcionado muchas pequeñas satisfacciones de vanidad. Desde su publicación, la generosidad de mis amigos lo exaltó en términos exageradamente encomiásticos, de los que fui el primero en sorprenderme, y las críticas periodísticas coincidieron en la uniformidad del elogio. Confieso que esto último me intranquiliza bastante sobre su calidad.

Declaro carecer de ambición literaria y que consideraría el mayor de mis fracasos pasar a la posteridad solamente como escritor. Mi intención, al escribir CATILINA, no fue hacer una obra artística, sino un manual político, que facilitara a sus lectores la comprensión de las situaciones complejas y los conflictos que se presentan en la lucha eterna por el poder. No me proponía deleitar, sino instruir, con una experiencia personal aplicada a un episodio clásico. Quiere decir que los valores artísticos, si los posee, son por añadidura, como una consecuencia de mi afán por la claridad y el orden en la exposición, aprendidos de los modelos latinos.

Diré, para terminar, que la primera edición de este libro se agotó hace varios años y que sus ejemplares resultan inencontrables. Se da el caso de que la mayor parte de las personas que recuerdan hoy su existencia, lo conocen —y hasta lo elogian— por simple tradición oral y sin haberlo leído. Es la situación más envidiable para un autor, pues lo asimila a los clásicos, creadores de obras maestras que tampoco lee nadie.

Si yo fuera un literato puro, no renunciaría a un privilegio tan seductor. Pero la solicitación, por una par-

te, de algunos jóvenes amigos, y, por otra, mi convicción de que su lectura puede resultar políticamente útil a muchos, para comprender el fenómeno de las oligarquías político-sociales y la forma de acabar con ellas, me han decidido a autorizar esta segunda edición, que se publica apenas con ligeras correcciones de forma a la edición primitiva.

Considero que CATILINA sigue siendo un libro actual —mucho más, acaso, que en la fecha de su publicación—, en estos momentos en que nuestro pueblo se apresta para librar la batalla decisiva contra una oligarquía tan corrompida y tan antinacional como la que provocó la rebeldía del caudillo romano.

Ernesto Palacio.

9 de diciembre de 1945.

"Tam saeva et infesta virtutibus tempora".

Tácito, AG., I.

"It was like a spirit rising from the troubled waters of the old worlds, with the shape and lineaments of the new".

Newman, APOLOGÍA.

"Ubi non est pudor
Nec cura iuris, sanctitas, pietas, fides,
Instabile regnum est".

Séneca, THYESTES, 215.

RESUMEN: La versión tradicional — Fuentes de la misma — Cicerón y Salustio — César — Objeciones — El nuevo Catilina

Lucio Sergio Catilina simboliza en la historia la ambición desenfrenada que no se arredra ni ante el crimen para conseguir sus propósitos. La sentencia que lo condena es lapidaria. Todos los escritores coinciden en trasmitir a su respecto la versión tradicional, bebida principalmente en las fuentes de Cicerón y de Salustio, y lo describen, con ligeras variantes, como un anarquista orgánico, resuelto a la destrucción del Estado para alzar sobre las ruinas de éste su poder personal, como un político venal y perverso, como un malhechor. La imagen que ha llegado hasta nosotros, revestida de la pátina y el prestigio de los siglos, nos lo muestra bajo la faz odiosa del traidor desenmascarado, soportando con la fisonomía descompuesta y entre la indignación y el desprecio de sus colegas senatoriales, la retahíla del príncipe de los oradores. ¡Terrible poder de las palabras bien acordadas! Los famosos *quousque tandem* continúan resonando —aun a riesgo de "colmar nuestra paciencia"— en los oídos de la posteridad. A despecho de las reglas más elementales de la crítica, que niegan carácter decisivo al testimonio del adversario, la diatriba ciceroniana se ha impuesto como cosa juzgada en virtud de una especie de prescripción, privilegio del genio. La emoción, no el criterio, de cien generaciones ha aceptado la ruindad de Catilina. El personaje his-

tórico ha sido eclipsado por su execrable imagen, que sigue viviendo en las páginas siempre actuales del orador; hasta el extremo de que resultaría quimérica la tentativa de rehabilitarlo, si los argumentos en su favor no surgieran, como surgen, de los mismos alegatos acusadores.

Un estudio cuidadoso del célebre *affaire* –para usar la jerga forense, grata a los partidarios del gran avenegra de pico de oro– lo ha llevado al autor de este libro a sostener una convicción distinta. Catilina, precursor infortunado del imperio, no sería más que la víctima de una injusticia histórica, grabada a fuego, en materia imperecedera, por el talento de sus adversarios. Despojada su figura de los atributos infamantes con que ha llegado hasta nosotros, sólo queda un noble romano, con todos los defectos, tal vez, de su época y su clase, pero muy superior a los demás miembros de ésta por el coraje, por la inteligencia y por el afán de bien público que lo movió a la rebelión armada. Si no logró su intento, el juicio sobre su derrota no tiene por qué involucrar su condenación moral. El fin perseguido era legítimo; los medios, explicables de acuerdo con las costumbres y las circunstancias. Por lo que toca al resultado adverso, ¿quién sería capaz de discernir, en ciertos fracasos, la parte que debe cargarse en la cuenta del vencido y la que es consecuencia de un conjunto de factores fortuitos, imprevisibles por naturaleza y que constituyen lo que llamamos el azar?... Invocar el éxito como criterio exclusivo para determinar el valor de los hombres de acción, es actitud equivocada y que revela un espíritu mediocre e injusto. Antes de condenar, es menester señalar y probar los errores. Porque no siendo así, ¿cómo discriminar con precisión, en el mero hecho de la derrota, lo que responsabiliza al actor y lo que debe achacarse a los astros? Y esto cabe decirlo especialmente de Catilina, que se caracteriza entre todos por su mala estrella. La tragedia griega lo habría representado como víctima heroica de un *fatum* enemigo. Su muerte misma, en Pistoya, tiene mucho de esquiliana.

El emperador Napoleón –que entendía, sin duda, de

política– declaraba incomprensible la conjuración catilinaria en la versión que nos han trasmitido los antiguos. No podía concebir, en efecto, cómo aquel asesino depravado, aunque de ilustre cuna, había llegado a acaudillar un movimiento tan vasto, nada más que con el propósito de satisfacer su ambición subalterna de riqueza y su sed de venganzas contra sus enemigos personales, y contando para ello con el apoyo de Craso y de César y con el concurso de la más brillante juventud romana, sin mencionar a los bravos legionarios de Sila, que años atrás habían hecho triunfar las águilas de la República en España y en Asia.

Esa augusta perplejidad es explicable. Hay en dicha versión un punto obscuro, y es el referente al programa político de los conjurados. El argumento demagógico de la abolición de las deudas, común a todos los movimientos populares de la antigüedad, y el afán de apoderarse de las situaciones gubernativas no constituyen un programa, como tampoco el asesinato de los cónsules y senadores y el incendio de la urbe, simples medios estratégicos de sembrar confusión, asegurar el triunfo y prevenir reacciones. Ahora bien, una empresa capaz de agrupar bajo sus banderas a aquellos elementos de élite no podía carecer de pensamiento político orgánico. Si se evita comentarlo, ello se debe, seguramente, al propósito de presentar la tentativa catilinaria como un asalto frustrado de bandoleros, aunque lo desmienta la calidad de los conspiradores. Salvo contadas alusiones de Salustio, no queda ningún documento sobre el cual fundar una reconstrucción del pensamiento de Catilina. Sin embargo, algo puede inferirse de esas alusiones y de las circunstancias sociales por que atravesaba la república romana: lo bastante para fundar una hipótesis legítima y verosímil, frente a las afirmaciones infundadas e inverosímiles de los dectractores históricos.

De lo que atañe a las condiciones personales del intrépido caudillo, poco se sabe, fuera de las acusaciones infamantes de la diatriba ciceroniana, recogidas por los historiadores en forma conjetural. El origen bastaría, por supuesto, para ponerlas en duda, si no existiera al respecto el testimonio del mismo Cicerón, quien en carta

posterior a Atico, explica la virulencia de su lenguaje por *"las circunstancias del momento y las exigencias del arte oratorio"*. Se sabe que hubieron de ser compañeros de candidatura consular y que poco tiempo antes de la conjuración había estado a punto de abogar por Catilina en su proceso, lo cual probaría, o bien la honorabilidad de éste, o bien la corrupción de ambos. Pero no es el caso de apelar a razonamientos sutiles. Todos los datos que nos quedan sobre esa época tumultuosa de agonía de un régimen dejan entrever que la calumnia inspirada en la pasión política no reconocía entonces ningún límite de decoro, hasta el extremo de resultar incomprensible para los hombres actuales. Por cierto que tampoco Cicerón escapa a ella. En una invectiva atribuida a Salustio y cuya autenticidad se niega, pero que refleja seguramente los rumores que sobre el cónsul circulaban entre sus enemigos políticos, se lo acusa, sin mayores rodeos, de ladrón, de prevaricador, de proxeneta, de sodomita y de incestuoso, nada menos que con su propia hija; todo lo cual forma un hermoso conjunto de vicios, que no desmerece en nada el adjudicado por él mismo a Catilina. Lo que se sabe de la vida íntima del orador autoriza a rechazar esos cargos. Lo mismo cabe hacer en lo que a Catilina respecta, aunque falten datos positivos en su favor; pues frente al testimonio tachable de su adversario, está la presunción contraria que se desprende del formidable prestigio que alcanzó su figura en núcleos honorables de la sociedad romana y que no se explicaría si hubieran sido ciertos los crímenes que se le imputan. Queda, por lo demás, como único documento de su mano, la carta a Quinto Catulo, que Salustio transcribe, y en la cual recomienda a aquél que cuide de su esposa Orestilia, con palabras impregnadas de ternura viril, que revelan un alma afectuosa y honrada.

Constituye un grave error subordinar, en el juicio histórico, el fallo definitivo sobre una personalidad a nuestra repulsión sentimental, moderna, por ciertos procedimientos, sin tener en debida cuenta las circunstan-

cias y la intención que los hayan inspirado. Catilina nos parece, ciertamente, cruel, y esto es, sin duda, el obstáculo más tenaz que se opone a su rehabilitación. La sensibilidad actual se horroriza ante la relación del enérgico plan de incendios y matanzas que Cicerón revela a su auditorio, con el propósito de trasmutar en coraje vengativo el pánico de los senadores. Pero aun sin parar mientes en la exageración natural del adversario, de la víctima presunta, del orador y del meridional, y la profesional del abogado, hay que tener presente que tales medios eran los habituales en esos tiempos de hierro. Todavía estaba fresca la sangre de las matanzas ordenadas por Mario y Sila, y pasarían muchos años antes de que se cerraran las esclusas abiertas por el odio faccioso.

Una justificación de Catilina implica, naturalmente, la justificación de la rebelión armada para resolver determinadas situaciones políticas. No podría ser de otro modo, desde que su nombre constituye un símbolo de esa decisión de conquistar el poder por medios extralegales, llevada hasta el sacrificio. Ahora bien, para la historia tradicional, de inspiración ciceroniana, el crimen por excelencia del "perverso" aristócrata es su rebelión, su alzamiento contra las instituciones de la República: interpretación conservadora y legalista, que identifica la permanencia de las instituciones con el beneficio común y que entraña una condenación *a priori* de cualquier actitud revolucionaria.

Ese estado de espíritu se origina en un error de criterio. Si bien todas las doctrinas políticas aceptan la legitimidad del recurso a la violencia cuando se han agotado los que proporciona la legalidad vigente para extirpar los abusos gubernativos, hay un prurito conservador que lleva a errar a menudo en la aplicación de dicho principio a los casos particulares. Considerando toda revolución como un mal, aunque eventualmente pueda ser necesaria, quienes participan de este preconcepto se inclinan siempre a establecer una presunción *juris tantum* en favor de las instituciones establecidas. La necesidad de la revolución debe probarse, y de tal

modo que no deje lugar a dudas. Pero como la proposición implícita en aquel enunciado afirma que todo orden legal es bueno, mientras tenga probabilidad de subsistir, resulta en consecuencia que sólo serán justificables las revoluciones triunfantes. La prueba de la necesidad la daría nada más que el éxito. Es decir, que César, derrotado en Farsalia o en Tapso, habría caído luego bajo el escarnio de la literatura del partido vencedor y sería hoy un réprobo, como Catilina.

La universalidad de ese criterio, evidentemente falso, pero que satisface, por una parte, la inclinación natural del espíritu humano a condenar al derrotado y aplaudir al triunfador, y, por otra, a la pereza mental y al instinto de orden, es la causa principal del libre curso que la versión tradicional ha encontrado entre los historiadores modernos. El interés por la antigüedad se ha manifestado en Europa, o bien bajo regímenes de estabilidad política, como en el siglo XVII francés, en que el temperamento conservador dominaba hasta el punto de considerarse criminal, cuando no incomprensible, cualquier tentativa de cambio; o bien durante la luna de miel con los principios del liberalismo, en que sólo se juraba por las instituciones de la República romana y no había abogado novel que no sintiese bullir bajo su casaca el alma de un Graco o de un Bruto. El favor era tanto más grande, cuanto que se esperaban inmensos bienes del establecimiento definitivo de la democracia en las naciones civilizadas. Se creía que, cuando esto ocurriera, habría recursos suficientes para prevenir ulteriores revoluciones y la amenaza del César, del "tirano" agazapado en ellas. Nadie puede afirmar tal cosa en la actualidad. La burguesía naciente como poder político subvencionaba con largueza esa inocente propaganda.

La verdad es que el recurso revolucionario para resolver una situación política no puede considerarse malo por sí mismo, sino como un bien o como un mal, según las circunstancias de cada caso. El concepto de *mal necesario* entraña una contradicción en los términos. Antes de juzgar una actitud de violencia, es menester, pues, establecer previamente si el estado del organismo

social exigía el tratamiento por el hierro y el fuego. Cuando la respuesta es afirmativa, la presunción debe inclinarse a favor del rebelde. La recta intención bastará para justificarlo moralmente; y el haber intentado la empresa con suficientes probabilidades de éxito, para justificarlo políticamente, cualquiera que haya sido el resultado último, siempre sujeto a las fluctuaciones del azar.

La voluntad de librar a la patria de la opresión, de la corrupción, del desorden, para establecer un orden duradero y justo, es lo que diferencia a dichos movimientos de los estallidos espontáneos de la anarquía, comunes a todos los períodos críticos y en los que sólo explotan pasiones obscuras e inconfesables. Cuando aquella voluntad los anima, son un bien, y lo son tanto por sus resultados próximos o remotos, cuanto por el temple heroico que comunica a las almas el ejercicio de la violencia noblemente intencionada. El triunfo o la derrota están en el plano de las contingencias. Y en el riesgo va inclusa, no sólo la vida, sino hasta la misma reputación del vencido, que suele caer bajo el baldón del anarquista, cuando un conjunto de circunstancias adversas e imprevisibles le impidió convertirse en salvador.

Es preciso tener en cuenta que el juicio de los contemporáneos sobre la personalidad de Catilina proviene exclusivamente de enemigos. No ha llegado hasta nosotros la versión contraria. El caudillo que fascinó a la juventud patricia, a los viejos legionarios y a la plebe romana; el revolucionario que hizo peligrar las instituciones de la república; el guerrero indomable de Pistoya, no cuenta con un solo apologista ni defensor en la literatura clásica.

No se puede atribuir esta omisión al carácter de su causa, que es, como veremos, ampliamente defendible. Lejos de provocar repulsión, la memoria de Catilina fue cultivada con emoción por aquellos de sus partidarios que habían escapado a la matanza, y, según el mismo Cicerón lo atestigua, su sepulcro estaba permanentemente cubierto de flores frescas, llevadas allí por manos fieles.

La reacción contra el cónsul, encabezada por Clodio, levantó como principal argumento, para hacerlo objeto del odio público, su comportamiento cruel con los conjurados. Catilina se convirtió para el populacho en un motivo sentimental, al cual no sería ciertamente extraña una cierta dosis de remordimiento... ¿A qué se debe entonces tal parcialidad de los testimonios históricos?

La presencia ulterior de César lo explica todo. La precipitación de los acontecimientos, en esos años de desintegración de las instituciones republicanas, hizo que los elementos de Catilina se fundieran muy luego en la masa obediente a la atracción del naciente astro imperial. ¿Cómo pergeñar alegatos en medio de la exaltación de las pasiones, de la lucha encarnizada, frente al mañana inseguro?... Cuando llegó la hora de escribir, César reinaba. Pero César había proclamado años antes en el Senado su repudio por la conjuración, al intentar la salvación de los culpables; y he aquí que no podía haber, para la pluma admirable y venal de Salustio, otra actitud posible que la de adoptar, en nombre de la verdad histórica, la misma opinión que el dictador había enunciado por razones de oportunismo político. Bien seguro estaba de que nadie habría de contradecirlo. Por otra parte, ¿quién tendría ya interés en reivindicar la memoria del precursor?... Ni la oligarquía rencorosa, ni los antiguos catilinarios, ocupados en batir palmas en el cortejo del caudillo triunfante.

Nos hemos referido al testimonio de Cicerón, tachable como puede serlo el del verdugo sobre la víctima. Cabe añadir algunas palabras con respecto al citado Salustio, cuya versión sobre la conjuración ha sido la pauta a que se ajustaron los historiadores posteriores. Este testimonio se resiente de la inmoralidad de su autor. Todos los biógrafos coinciden en calificarlo como uno de los hombres más corrompidos de su época, no obstante los alardes de virtud con que exorna sus escritos, que siempre obedecen a alguna finalidad de orden personal. Es notorio que su libro sobre Catilina fue compuesto después de la batalla de Filipos, cuando ya no podía su autor esperar nada de la derrotada oligarquía senatorial.

Todas las líneas rezuman adulación, y así niega sin más trámite la complicidad de César, sin la cual la tentativa catilinaria resultaría inexplicable y que los demás historiadores —Plutarco, Suetonio— aceptan como un hecho. Pero no es ésta la única intención que lo guía, sino también la de rehabilitarse a sí mismo de la tacha en que nuevamente, a raíz de la dictadura, habían caído los antiguos conjurados. Salustio tenía veintidós años cuando la revolución fue vencida; había experimentado, como toda la juventud de Roma, la fascinación del caudillo, y necesitaba hacerlo olvidar, poniéndose a tono con la opinión dominante. Necesitaba blasonar de su condición de cesariano. El dictador, en efecto, lo había nombrado pretor en África, donde reunió inmensos caudales.

Es lícito, pues, suponer que el recuerdo de Catilina fue inmolado a la reputación del dictador victorioso, bajo cuyos sucesores se sancionó, por mano de Salustio, la difamación histórica. El que habría podido hacerle justicia se abstuvo de pronunciarse, por motivos que se comprenden a la luz de la psicología cesárea, en la cual los dictados del genio político prevalecían corrientemente sobre los impulsos de su enorme generosidad. César había sido amigo de Catilina; por defender a sus secuaces había afrontado, años atrás, las espadas desnudas de los oligarcas, enloquecidos de miedo. Pero Catilina era un derrotado, y él no podía, sin mengua de su autoridad salvadora, cargar el lastre de ese fracaso, que había estado a punto de trabar su carrera triunfal. Además, venía a restablecer la paz en el pueblo romano, y una rehabilitación del vencido habría significado un ultraje inútil para los victoriosos, aparentemente domesticados, que se postraban a las plantas del dictador de Roma, mientras preparaban la traición de los idus de marzo.

El jefe que se había arrogado la misión de acabar con las facciones, no debía enconarlas nuevamente con la apología de un faccioso. Catilina pertenecía al pasado remoto que se extendía más allá de Farsalia; al pasado del desorden, del patriciado insolente y rapaz, de la plebe insurrecta y la guerra civil. Hay acontecimientos históricos que tienen la virtud de originar perspec-

tivas profundas, en abierta contradicción con la cronología. Así, el tránsito de la República al Imperio. Todo lo anterior fue olvidado; se iniciaba una vida nueva. Catilina cayó, porque así convenía a los intereses comunes, en el doble abismo del olvido y de la calumnia. Y César hubo de sentir, seguramente, que este sacrificio póstumo en aras del orden imperial, sería grato a los manes del patriota sacrificado.

La versión sobre la perversidad de Catilina puede explicarse, según se ha visto, por una coalición de circunstancias desfavorables a su memoria. El interés de sus enemigos y de sus propios partidarios, especialmente del más grande de éstos; los errores comunes en materia de política general; la miopía de los comentadores; el hecho, sobre todo, de haberse expresado su condenación en páginas inmortales que, no obstante merecer poca fe por su origen, hieren vivamente la sensibilidad moderna, todo conspira por la perpetuación de su caricatura. La mala estrella que lo persiguió en vida ha seguido rigiendo su destino póstumo.

Pero frente a esa imagen a la que Napoleón no daba crédito, se levantan en tropel las objeciones de la historia. ¿Era, acaso, un crimen tratar de abatir un régimen de podredumbre, que habría de caer ruidosamente, bajo otras manos, pocos años más tarde?... ¿Podía identificarse con la patria aquella oligarquía utilitaria e incapaz de realizar el bien público, aquella camarilla de valetudinarios contra la cual se alzó Catilina? ¿Es creíble que un depravado, enloquecido de ambición subalterna, con la psicología de un capitán de bandidos, haya logrado agrupar bajo sus banderas a los veteranos de las guerras de conquista y a la flor de la juventud romana, como no pueden menos de confesarlo sus mismos detractores? Si a estas reflexiones se agrega la presunción que surge del apoyo de César —que triunfaría luego contra el mismo enemigo— y la muerte digna de un romano antiguo del vencido en Pistoya, poco a poco va surgiendo en nuestro espíritu otro Catilina muy distinto

del que nos ha trasmitido la historia, en figura de un héroe desventurado, precursor del Imperio.

Sobre este Lucio Sergio, más verídico, sin duda, que el de la leyenda calumniosa, no tenemos otra guía que sus hechos y las presunciones que de ellos se desprenden acerca de su carácter real. Es menester reconstruirlo, rectificando los datos interesados, dándole la jerarquía que le corresponde, imaginando las condiciones que verosímilmente debían completar su personalidad, los motivos de su acción, el sistema de ideas en que ésta se inspiraba.

Puede probarse la legitimidad del alzamiento contra una oligarquía corrompida y corruptora, adueñada de todos los resortes legales, como la que constituía el Estado romano en la época de la conjuración. Puede probarse, asimismo, la necesidad de la revolución profunda que impondría más tarde, fundado en el derecho armado y victorioso, el general de Farsalia. Sobre la presunción favorable al rebelde que esta prueba implica, se enaltece la figura humana de Catilina, sin los atributos odiosos con que la deforma la prédica adversaria, grata a los "bien pensantes" de gabinete y de archivo. No es ya el sicario sangriento, el libertino, el ambicioso depravado capaz de sacrificarlo todo a motivos de lucro personal, sino un varón íntegro, que vio antes que los demás el camino de la salvación de Roma y que tuvo el coraje de dar su vida por esta causa. Si fue vencido en su tentativa, abonó con su infortunio la tierra nueva y habría de triunfar después en espíritu, como todos los precursores.

No hay pruebas, se dirá, de que este Catilina corresponde al real. Efectivamente, no las hay. Pero tampoco la versión tradicional se apoya, según hemos visto, en pruebas fehacientes, sino en la discutible autoridad de testimonios tachables. Es necesario, por consiguiente, suplir la falta de aquéllas con una interpretación fundada en presunciones y en los principios generales de la política. El sentido de la continuidad histórica, el instinto habituado a percibir las reacciones elementales de

la multitud y las corrientes de fondo, la imaginación del artista, deben ponerse a contribución para reconstruir los hechos sepultados en el fondo del pasado. Cuando mediante esta colaboración se logre extraer un trozo de vida, que efectivamente viva, es decir, que una las causas a sus efectos en modo orgánico y coherente, lo razonable será suponer una coincidencia esencial de ese hallazgo con la verdad perdida. Nuestro conocimiento se amolda a la forma de lo que es, de lo que fue. No obtendremos así una prueba –que la historia, por lo demás, no admite de manera absoluta, ya que no es una ciencia exacta, ni experimental, sino conjetural–; pero sí una convicción suficiente.

Hemos aludido anteriormente a la influencia que tuvieron las circunstancias sociales y las ideas imperantes en la perpetuación de la leyenda adversa. Podríamos afirmar, aplicando el mismo criterio, que la época que vivimos, iniciado ya el segundo tercio del siglo XX, favorece la comprensión de Catilina, cuyos problemas y angustias son análogos a los que hoy nos conmueven. Lo que parecía abominable o sospechoso a un europeo de los siglos XVII, XVIII o XIX, resulta luminoso para los ojos de un hombre de nuestros días, espectadores de la quiebra universal de los principios en que se funda el orden legal, ya agotado, de las naciones civilizadas, y del nacimiento de un orden nuevo, entre convulsiones y catástrofes. En la rebelión contra un sistema que no se resigna a morir; en los ensayos continuamente renovados y frustrados; en los estallidos de desesperación de los pueblos; en la angustia de los mejores espíritus, que fatigan sus esfuerzos contra la resistencia de camarillas oligárquicas, abroqueladas en la potencia financiera; en la esperanza de un futuro mejor; en toda la vida de nuestro siglo, en fin, se debate hoy el mismo drama que conocieron Catilina y sus partidarios. Esto revive en aquellos que sienten profundamente el fracaso de los sistemas vigentes y la necesidad de reemplazarlos y a quienes las circunstancias adversas suelen obligar al recurso desesperado de la violencia. No es difícil que los hombres de nuestra generación tengan que

participar todavía en muchos combates, antes de que amanezca un orden estable sobre el mundo. Acaso la nuestra resulte, como la de Catilina, una generación sacrificada. Pero, cualquiera sea el futuro que nos aguarda, el ejemplo del precursor del Imperio puede servir para explicarnos mejor nuestros problemas, para guiar nuestra conducta y, sobre todo, para mostrarnos lo aleatorio de las luchas políticas, estimulando nuestro esfuerzo con la conciencia de los riesgos que la acción entraña.

Capítulo I: *Junto al altar de los mayores*

"Fecunda culpae saecula nuptias
primum inquinavere et genus et domos;
hoc fonte derivata clades
in patriam populumque fluxit" [1].

RESUMEN: Nacimiento, familia, circunstancias sociales — La democracia en Roma — Cayo Mario: Reforma militar — Mitrídates — Crisis del año 100 — Educación de Catilina.

Lucio Sergio Catilina nació el año 107 a. J. C. en el seno de una familia del más rancio patriciado, cuyo origen se hacía remontar a Sergeste, compañero legendario de Eneas, y cuyo nombre figura en los Fastos a partir del año 346 de la fundación de la Urbe. Pertenecía, pues, a la llamada *nobleza troyana,* la más antigua, la más orgullosa, la más inadaptable a las mudanzas de los tiempos. No sería seguramente ajena esta modalidad al hecho de que se encontrase, en la época de referencia, obscurecida y alejada de los asuntos públicos y que del viejo esplendor sólo quedaran ilustres ruinas.

A partir de las reformas de Cayo Graco, Roma había sufrido una profunda revolución social, consistente en la desaparición sin gloria del antiguo patriciado como tal y en el acceso de la clase capitalista al poder político, mediante la extensión del sufragio y la reforma

[1] Horacio, ODAS, III, VI, 17-20.

judicial. Dichas reformas habían roto el equilibrio entre aristocracia y democracia, que constituía la esencia del antiguo régimen, en favor de la segunda. El populacho de la urbe dictaba ahora la ley; pero al actuar, movido por el rencor, contra la aristocracia propietaria, hacía el juego a los nuevos amos. El auge de la democracia, a partir de los años 124-21, significó, en realidad, el gobierno de los grandes empresarios, de los intereses comerciales. El régimen republicano —aristocracia templada con democracia— se convirtió en crudamente oligárquico-financiero, bajo la máscara simpática y engañosa de la soberanía popular.

Los grandes nombres patricios continúan, sin embargo, figurando en primer término en las listas senatoriales y en el reclutamiento de las magistraturas. Salvo la incorporación de algún hombre nuevo, como Cayo Mario, exaltado por sus méritos militares, la vieja aristocracia romana sigue proporcionando el mayor número de personajes directivos y parecería que su poder no hubiese sido quebrantado. Pero esta supervivencia se debe a que ha vendido su alma. Es común en las revoluciones el fenómeno de una clase dirigente cuyos miembros, para conservar su jerarquía, se acomodan al naciente orden de cosas, poniendo al servicio de éste el prestigio perdurable de sus nombres y su experiencia de gobierno. La aristocracia romana poseía una técnica, una tradición, la vocación hereditaria por la cosa pública y el argumento impresionante de las hazañas paternales, grato a la multitud, que ama el heroísmo. En vez de sucumbir con gloria, resuelve adaptarse. La nueva generación ya no cree en la legitimidad religiosa de su predominio, carece del sentimiento exaltado del honor y las tradiciones, está ganada por el nuevo espíritu. Y la burguesía capitalista refrenda el pacto, que da origen a la nueva oligarquía: pacto igual para ambas partes, puesto que una necesita dinero y la otra prestigio.

Cediendo al instinto humano de someterse a la ley del vencedor, el patriciado se mercantiliza, como antes la burguesía rica habíase empeñado en imitarlo.

La ley Flaminia, que prohibía a los senadores el ejercicio del comercio, cae en desuso, y primero embozadamente, por participación en las sociedades de cuota, y más tarde sin rebozo ninguno, los *optimates* se lanzan a la especulación, olvidando en su afán de lucro hasta el honor del nombre romano. El escándalo de Yugurta, ocurrido pocos años después de la muerte del menor de los Gracos, da una idea del desenfreno en que había caído el Senado en su luna de miel con las finanzas.

Tiende cada vez más a desaparecer la distinción entre patricios y plebeyos y la calidad empieza a medirse casi exclusivamente por la riqueza. Los matrimonios entre personas de distinto orden se hacen corrientes; los antiguos prejuicios ceden ante el argumento decisivo del oro. Una revolución económica se ha operado entretanto. La tierra, fundamento de las antiguas fortunas, convertida ahora en objeto de especulación, se desvaloriza por la extensión de las conquistas militares, y esta caída empobrece a la aristocracia y a la clase media rural, salvándose sólo aquellos que han comprendido a tiempo las exigencias de la hora y se han lanzado en los negocios asiáticos. Al antiguo terrateniente arruinado no le quedaba otro remedio que resignarse a la pobreza o bien, si quería conservar su rango, dedicarse a abogado de negociantes y político profesional, poniendo a precio su nombre y su prestigio. Se produce así la caída de algunas orgullosas mansiones que no quieren o no pueden adaptarse. Pero estas melancólicas decadencias no se advierten en el torbellino, pues sus vacantes son prestamente llenadas por los nuevos ricos, ávidos de gozar de su fortuna y que se refinan en el espacio de una generación.

De los antecesores inmediatos de Lucio Sergio nada se sabe; no se encuentran sus nombres en las listas consulares conservadas hasta hoy; la historia los ignora. Pero lo más probable es que hayan sido propietarios rurales acomodados, usufructuarios celosos de un patrimonio suficiente, y que su vida haya transcurrido al margen de las agitaciones de la urbe, según

la táctica habitual del orgullo que se sobrevive, disfrazado de indiferencia filosófica. Su jerarquía social se mantendría por el lustre del origen, por la vinculación familiar con el resto del patriciado, por el tributo personal en el Senado y la milicia, mas no por la actuación en las magistraturas, nula seguramente desde el momento en que la *nobilitas* o clase gobernante había dejado de ser la misma cosa que la nobleza hereditaria.

Por sugestiva coincidencia, el nacimiento del futuro caudillo, a quien la oligarquía llamaría más tarde el *"segundo Mario"*, ocurre el mismo año en que conquista por primera vez el consulado un obscuro general, que un lustro después, a raíz de sus victorias sobre los cimbrios y teutones, sería aclamado como el segundo Rómulo, nuevo fundador de la patria salvada por su esfuerzo. Cayo Mario llega al poder en una hora de vergüenza. Está en pie todavía Yugurta, escarnecedor del nombre romano, y la multitud del Foro clama contra el Senado prevaricador y exige venganza. No tardará. El africano será vencido al año siguiente por el cónsul, cuyo lugarteniente, Lucio Cornelio Sila, desempeñará un papel brillante en la hazaña.

Tales son los auspicios que presiden el nacimiento de nuestro héroe y que señalan su destino de precursor. El águila romana, momentáneamente abatida, se apresta para abrir las alas y alzar el vuelo.

Es necesario recordar lo que fue el advenimiento de la democracia en Roma y sus primeros y rudos experimentos de gobierno, para imaginar los sentimientos que provocaría el consiguiente estado social en una familia chapada a la antigua, como lo era, sin duda, la de los Sergios. Se ha visto ya el contenido real de esa política, tendiente a destruir los fundamentos del Estado tradicional para facilitar la dominación financiera, antes que a procurar efectivamente el bien del pueblo. No se dictó durante su auge ninguna ley favorable a éste, y las sucesivas proposiciones agrarias, argumento principal de la propaganda democrática, o bien no se votaron, o bien, aprobadas, no se cumplie-

ron nunca. Pero lo que no puede negarse es que comunicaba a las masas de la Urbe el sentimiento tonificante de su participación en la cosa pública por el éxito de sus caudillos, quienes, por más sujetos que estuviesen a los intereses plutocráticos, interpretaban ciertas aspiraciones de aquéllas, algunas negativas, como la de humillar al Senado, y otras positivas, como la referente al mantenimiento del rango imperial de Roma, mucho más viva en el pueblo que entre los *optimates*. Circunstancia que merece destacarse, como una prueba nueva de la corrupción de estos últimos, extendida más tarde, por infiltración, a las capas inferiores de la sociedad.

Durante todo el período que estudiamos, en efecto, no son los más celosos del honor de la República aquellos a quienes habría correspondido dicho culto por situación y por herencia. Mientras los senatoriales se muestran siempre dispuestos a sacrificar a menguados intereses personales y de clase los intereses públicos, éstos se salvan por imposición directa de la multitud en los comicios y por obra de los jefes populares. Pero la democracia introduce, aun en sus actos salvadores, un descuido de las formas y una grosera espontaneidad que resultan escándalo intolerable para el espíritu formalista de los aristócratas de vieja estirpe, cuidadosos, hasta en el peculado y la traición, de los pliegues de la toga. En el odio patricio por los *hombres nuevos*, que venían a usurparles posiciones consideradas hasta entonces como patrimonio exclusivo, ha de verse la causa principal del encono que caracteriza a las luchas políticas de la época, aunque, repetimos, no se debatieran en ellas problemas fundamentales. La concesión de la ciudadanía a los itálicos estaba postergada de común acuerdo por ambos partidos. En cuanto a los tribunales de caballeros, el Senado esperaba la ocasión de suprimirlos; pero no por cuestión de principios, referente al predominio abusivo de la finanza —ya se ha visto cómo habían cedido sus miembros a las nuevas costumbres—, sino por mero afán de privilegio en la rapiña.

El hombre representativo del triunfo de la democracia romana es un militar: Cayo Mario, barroco personaje que surge, se eclipsa y vuelve a surgir bajo otra faz diez años después, y cuya vida ofrece una mezcla de grandeza y miseria, de heroísmo y sordidez, de sacrificio y crueldad, que hace de él uno de los protagonistas más extraordinarios de esta historia extraordinaria. Nacido en una familia de humildes jornaleros, según Plutarco, o de obscura burguesía comercial, según la tradición más verosímil, sirvió desde sus primeros años en la milicia, dando muestras reiteradas del temple de hierro que lo llevaría al triunfo. Se distinguió en el sitio de Numancia a las órdenes del segundo Africano, quien advirtió sus grandes cualidades y le auguró un porvenir de gloria. Muy pronto aspiró a los honores. Por mediación de Cecilio Metelo, de quien era cliente, obtuvo el tribunado de la plebe. Allí adquirió reputación de incorruptible, votando ya a favor, ya en contra del Senado, según los dictados de su conciencia. Fue luego pretor y en seguida propretor en España, donde aumentó su renombre, limpiando de salteadores la provincia, y adquirió prestigio suficiente para permitirle contraer matrimonio con una hija de la familia ilustre de los Césares —Julia, tía del futuro dictador—, matrimonio al cual no habrá sido ajena, seguramente, su voluntad de dominio y la intención de congraciarse con una clase que hasta entonces le había sido adversa. Cuando Cecilio Metelo fue nombrado general de la guerra contra Yugurta, lo llevó de legado. Mario no desperdició la ocasión que se le ofrecía para señalarse con grandes hechos y conquistar la admiración y el afecto de los soldados, aun en desmedro del jefe.

En el curso de esta campaña, resolvió presentarse a los comicios consulares para el año 107. Lograda, a regañadientes de Metelo, la licencia para trasladarse a Roma, obtiene el cargo supremo con el compromiso de que, bajo su dirección, el ejército romano se apoderaría vivo o muerto de Yugurta, y al año justo cumple su promesa. Se convierte por esta victoria en el ídolo del pueblo, que ve en él, con su rudeza plebeya y su

fuerza ejecutiva, al paladín de sus aspiraciones y al enemigo de la aristocracia orgullosa e incapaz. Mario hace ostentación de sus modales soldadescos, de su desprecio por los refinamientos del lujo y la cultura, de su ignorancia del griego, de su origen obscuro, y declama contra la molicie y la ineptitud de los nobles, con lo que afianza su prestigio democrático, por más que hasta ese momento no se ha manifestado como hombre de partido. Su gobierno, absorbido por los asuntos militares, no lleva ningún ataque a los intereses económicos vigentes. Nada de leyes agrarias, aunque sí una reforma en la constitución de las milicias, que admiten ahora a la plebe urbana, antes excluída del servicio militar. Consciente de que el fundamento de su poder está en el ejército, Mario se preocupa de ensanchar sus filas, poblándolo de elementos que tengan para su persona motivos de reconocimiento y fidelidad. Así realiza una verdadera revolución, cuya trascendencia en el primer momento no se advierte: implanta el militarismo en Roma. La antigua milicia ciudadana reclutada en la clase media rural, afincada, con intereses vinculados a la tierra, se convierte en ejército de profesionales, que pronto no reconocerá otro vínculo que la solidaridad de campamento y la adhesión al jefe accidental que los lleve al triunfo y al saqueo.

Los siete años que subsiguen y en los que domina la estrella de Mario son años de agitación democrática y aplastamiento del partido conservador, que parece empeñado, por su torpeza, por su inmoralidad y por las derrotas de sus generales, en justificar cada vez más su descrédito. El Senado ha perdido el sentido de la política exterior y permite el engrandecimiento del reino del Ponto bajo la monarquía imperialista de Mitrídates. Éste aspira a fundar un vasto reino asiático. Aleccionado por el ejemplo de Yugurta, invade la Paflagonia y envía embajadores para corromper a los miembros de la ilustre corporación, so pretexto de negociaciones amistosas. El partido popular, dirigido entonces por el tribuno Lucio Saturnino, denuncia la maniobra y per-

sigue con acusaciones públicas a los embajadores y a los senadores. El escándalo se magnifica cuando el pretor Antonio, enviado por el Senado contra Mitrídates, es sobornado por éste, quien prosigue su avance y ocupa la Galacia. Mientras tanto, una invasión de cimbrios y teutones, bárbaros procedentes de las ignoradas regiones cimerianas cuya sola mención comunica un poco de su frío al más romano de los corazones, amenaza caer como un enjambre sobre la península. Dos generales mandados a su encuentro, Manlio y Servilio —senatoriales, desde luego—, son vergonzosamente derrotados. En estos momentos terribles, la democracia mantiene vivos la voluntad de resistencia y el sentimiento del destino imperial de Roma. Todas las miradas se dirigen hacia Mario, reiteradamente reelecto para el consulado y que prosigue con tesón sus reformas militares. Es el único general que goza todavía de la confianza pública. Y hace honor a ella, venciendo a los bárbaros en Aix el año 102 y en los Campos Ráulicos el año siguiente, con lo cual aleja definitivamente el peligro de la invasión y por cuya hazaña recibe honores extraordinarios y es proclamado padre y salvador de la patria.

Queda enfrente Mitrídates. Mientras el héroe romano rechaza a los cimbrios y teutones, el rey del Ponto ocupa la Capadocia, dando muestras de sus intenciones imperialistas y de su ilimitada voluntad de expansión territorial.

El año 100 marca la apoteosis y la caída del partido popular. Mario, que hasta entonces había recibido sus sufragios sin solicitarlos, se embandera resueltamente en él y se alía con Saturnino y Glaucia para obtener el sexto consulado. No es difícil que esta actitud le haya sido impuesta por las circunstancias, ya que la hostilidad de que lo hacía objeto la nobleza senatorial, lejos de disminuir, habíase enconado a raíz de sus triunfos recientes. Cubierto de gloria, seguía siendo para aquélla el hombre obscuro, el advenedizo, el enemigo. Convencido de que nada podía esperar de esa clase, el

caudillo suma su prestigio al de los demócratas y obtiene una victoria aplastante. Es elegido cónsul; su aliado Saturnino, tribuno, y Glaucia, pretor. Este mismo año nace un sobrino de Julia, que recibirá el mismo nombre de su padre, Cayo Julio César.

La crisis que sufre el partido popular a los pocos meses de llegar al pináculo del poder y cuando todo parecía favorecerlo, resultaría inexplicable, si no se tuvieran en cuenta las maquinaciones de los grandes intereses capitalistas. Éstos fomentan la democracia para debilitar al Estado aristocrático tradicional y substituirlo en su predominio, operación que exige la ruina previa de las antiguas jerarquías. Mas para ello deben poner continuamente un dique a la tendencia natural de la democracia a encarnarse en un jefe y traducirse así en el poder personal del caudillo, del César, por cuya mano aquélla, en el mismo acto, triunfa y sucumbe. Los historiadores disienten en el relato de los hechos, sobre los cuales no hay ninguna versión fidedigna, ya que Apiano y Plutarco, principales fuentes de información, resultan contradictorios. Lo cierto es que, no obstante la condición de héroe popular de Mario y su ascendiente sobre el ejército y las masas, así como el prestigio indudable de Saturnino, unas cuantas leyes propuestas por éste provocan la resistencia armada de los conservadores. Votadas por la fuerza, el encono de los ánimos se acentúa y estalla por fin en un motín con motivo de las elecciones consulares, en el cual es muerto el candidato de los conservadores, Cayo Memmio, opositor de Glaucia para dicho cargo. El Senado decreta el estado de sitio. Y lo más extraordinario del caso es que se le encomienda al propio cónsul popular la misión de reprimir a sus amigos y restablecer el orden. Mario acepta, y de resultas de la represión perecen Saturnino y Glaucia. Lo cual significó el abatimiento completo del partido democrático, privado de sus jefes, y la caída del mismo cónsul, puesto que su intervención, que le enajenaba la voluntad popular, no fue suficiente para congraciarle la de sus antiguos adversarios. Considerado como un traidor por unos y

otros, no se atrevió a aspirar a la censura y emprendió un largo viaje al Asia, nostálgico del poder perdido y soñando con nuevas tentativas.

Todo este proceso obscuro puede explicarse por el hecho de que el partido democrático constituía ya un serio peligro para la oligarquía financiera. Fomentado por ésta mientras fue puramente disolvente y opositor, tenía que perder dicho apoyo apenas tratase de realizar sus aspiraciones íntimas, contrarias a los intereses dominantes, y cuando tuviera a su frente a un caudillo capaz de encarnarlas. Las propuestas de Saturnino: ley agraria, ley de granos y ley de colonias, que traían el recuerdo temible de los Gracos, dieron la señal del peligro y aconsejaron a los oligarcas la necesidad de cambiar de táctica. Pero con Mario, el partido era invencible. ¿Qué argumentos se invocaron para provocar la escisión? ¿Fue la ambición, la vanidad, la codicia o un mero error bien inspirado lo que movió la espada del cónsul contra sus aliados de la víspera? Esto no se sabrá nunca. Lo cierto es que el vencedor de los cimbrios cedió aquí a los intereses de los capitalistas y renunció en el mismo acto a ser el dueño absoluto de Roma. El poder pasó a manos de los conservadores, que lo retendrían durante largos años.

En medio de estas convulsiones políticas, crece el niño Lucio Sergio Catilina.

Nada se sabe de su infancia, aunque lo más probable es que ésta haya sido la común a todos los niños de su tiempo y de su clase: limitada en los primeros años al círculo familiar de la madre y la servidumbre de esclavos, hasta que las exigencias de su educación lo pusieron en manos del maestro de primeras letras —esclavo también o liberto—, que le enseñó a leer las traducciones de Livio Andrónico y las Doce Tablas, así como los rudimentos del cálculo. Se ignora asimismo si su instrucción quedó reducida a dichas nociones o si fue completada más tarde, al vestir el adolescente la toga pretexta, con el estudio del griego, entonces corriente en las altas capas sociales y con la lectura del

calendario y los fastos consulares. La educación infantil no respondía en esos tiempos a ninguna regla fija y estaba librada exclusivamente a la iniciativa y las costumbres familiares. Lo que sí puede asegurarse es que, siendo el destino natural de todo joven patricio el servicio público por el desempeño de las magistraturas y no habiendo para ello otros caminos que el de la milicia y el de la actuación en el Foro, Catilina siguió el primero. Sería militar, no abogado. Habrá hecho, por consiguiente, desde la infancia, los habituales ejercicios en el Campo de Marte para fortalecer el cuerpo y aprender el manejo de la espada, la lanza y la jabalina, hasta que, al llegar a los diecisiete años, habrá ingresado como portainsignia en alguna legión, iniciando así su carrera.

Cómo repercutieron en el seno de la mansión patricia de los Sergios los tumultos exteriores y cuáles fueron las primeras impresiones que dejaron en el espíritu de Catilina, contribuyendo a su formación, es cosa que fácilmente puede conjeturarse. En esos años posteriores a las guerras de conquista, Roma se había convertido en una gran urbe cosmopolita, a la manera de las asiáticas, que recibía aportes de todas las regiones del mundo civilizado. Griegos, egipcios, judíos; retóricos, mimos, bufones, proxenetas, adivinos, cortesanas y traficantes de toda clase de objetos de lujo, encontraban altas cotizaciones para sus industrias en medio de una sociedad rica y con la avidez de goces que comunica a sus poseedores el dinero cómodamente obtenido por la especulación y la usura. La vida refinada y muelle había ido haciendo perder a las altas clases la moral rígida y el espíritu guerrero que habían sido causa de su grandeza antigua. Pero cualesquiera fuesen los extremos de este relajamiento, Roma continuaba siendo una nación conquistadora. Y la fibra imperial habría de perdurar aún durante mucho tiempo en el seno del pueblo y en algunos núcleos ilustres, más aferrados que la generalidad a las viejas tradiciones.

Por más extendido que sea un proceso de corrupción, siempre quedan regiones incontaminadas. La bur-

guesía itálica, que produciría, entre otros, a un Cicerón, era una de estas reservas. También lo eran ciertas casas antiguas, que habían permanecido alejadas del trajín de los negocios y que vivían en cierto modo retrospectivamente, aferradas a las virtudes y a los usos del pasado. El hecho de que Catilina fuese destinado desde joven a la milicia, es una nueva presunción a favor de la persistencia de dicho espíritu en la familia aristocrática de los Sergios. Ya en esa época, y posiblemente a raíz de las reformas militares de Mario, habíase insinuado un alejamiento que se acentuaba cada vez más, entre la gente distinguida y el servicio de las armas. Los jóvenes miembros de la *nobilitas* optaban ahora por el Foro y la demagogia urbana, siendo accidental, no esencial, su actividad guerrera. Los honores se ganaban en los comicios y el mando militar venía por añadidura. Apenas vestían la toga viril, aquéllos se ponían a las órdenes de algún político de fama, en cuyo comercio aprendían las artimañas indispensables para el éxito y frecuentaban las escuelas de retórica, donde se enseñaban los argumentos especiosos que habrían de esgrimirse en los litigios, para defender cualquier causa. Elegir, para llegar a la cuestura, el exclusivo camino de las armas revelaba ya por entonces un ánimo esforzado y la persistencia de la virtud antigua. Era el camino difícil, el del sacrificio y el del honor.

Es incalculable el valor de esta hipótesis para comprender la formación espiritual de un Catilina, porque ilumina con una luz nueva toda su actuación posterior. Ella explicaría las fuentes del estilo político del futuro caudillo, que desentona violentamente con la doblez y la indecisión de sus contemporáneos; pero que habría armonizado con el ambiente de las rudas luchas de tres siglos antes alrededor del Aventino, en los tiempos heroicos de la política romana. Es muy probable que desde sus primeros años y entre los cuatro muros de la mansión familiar, haya acogido en su espíritu ese germen de inadaptación que hace a los grandes reformadores, en quienes suele no haber otra cosa que conservadores anacrónicos. Cuando la época misma es revolucionaria y echa por tierra todos los principios

tradicionales, cualquiera que se aferre violentamente a algunos de éstos, puede aparecer como un anarquista. La contemplación de las estatuas de los abuelos en el atrio y la meditación de sus hechos; la vida "austera y grave", apenas turbada por el rumor periódico de las pendencias callejeras en ocasiones electorales, que se filtraba, como un pavor pasajero, hasta el seno del inviolable recinto; las palabras del padre, venerado como un dios y en las cuales resonaría, sin duda, una reprobación interminable por la corrupción de las costumbres, que permitían el éxito de advenedizos como Mario, favoritos de la soldadesca y el populacho, cuyos torpes instintos adulaban, y la insolencia de los libertos enriquecidos, que imponían su ley a los magistrados; toda esa rebeldía de la Roma antigua que no se resignaba a morir, fue acaso el óleo en que se impregnó el espíritu del adolescente Catilina y que alimentaría la hoguera futura.

Pero en los tiempos críticos reina ante todo una gran confusión, que muchas veces les impide advertir, a los mismos actores del drama, el sentido de las transformaciones sufridas. Su origen, su educación, su temperamento tenían que llevarlo naturalmente a nuestro héroe a adoptar el partido de la resistencia a todo trance contra el desborde popular, el partido del Senado, el de Sila. Y en él actuó con el ímpetu de que era capaz, hasta que los acontecimientos le hicieron comprender que el Senado no era el antiguo; que su partido no era ya el intérprete de la Roma inmortal; que esa tradición se había perdido, y que era menester buscarla por caminos nuevos.

Capítulo II: *La revolución democrática*

"Nam pro pudore, pro abstinentia, pro virtute, audacia, largitio, avaritia vigebant" [2].

RESUMEN: Regreso de Mario — Livio Druso — Guerra social: sus resultados — Invasión de Mitrídates — Lucio Cornelio Sila: primera restauración — Cinna — Muerte de Mario — Actitud de Catilina.

Tenía catorce años Lucio Sergio cuando la condenación injusta de Publio Rutilio Rufo por los tribunales de capitalistas dio la medida de la corrupción de éstos y señaló el principio de la crisis en que habría de sucumbir el sistema. Es de imaginar la indignación que se apoderó de los conservadores ante dicho atropello, tanto más ruidosa cuanto que mediaba la circunstancia de ser la víctima uno de los pocos hombres puros que quedaban en sus filas: su defensa comunicaba a todos, por consiguiente, la ilusión de la honradez colectiva desarmada ante la canalla. Salvo aquellos resortes judiciales, el gobierno continuaba, sin embargo, en manos del partido senatorial. Pero por sus divisiones internas y su escaso prestigio popular, todos sentían ese dominio como provisional, no obstante hallarse en ascenso la estrella militar de Lucio Cornelio Sila, aristócrata *outré* y rival de Mario, en virtud de una reciente y breve campaña victoriosa contra Mitrídates.

2 Salustio, CONJ. CAT., III.

Mario acababa de regresar de su viaje por Oriente; había edificado una casa en el Palatino, y constituía para el núcleo gobernante una perpetua amenaza. A fin de reconquistar el favor popular, proseguía en sus imprecaciones contra los nobles. Su odio invencible hacia éstos exaltábase más por los hábitos alcohólicos que había adquirido durante la obligada molicie. Italia, trabajada por una sorda fermentación interna, era una presa segura para cualquier propaganda opositora; la concesión de la ciudadanía a los itálicos no admitía nuevas dilaciones. En tales circunstancias y teniendo ya diecisiete años Catilina, surgió en las filas del partido conservador un reformista audaz que se propuso encarar decididamente la solución de los problemas planteados.

Este hombre de Estado, cuya trayectoria breve, luminosa y trágica recuerda la de Tiberio Graco, fue Livio Druso, elegido tribuno del pueblo para el año 91 a. J. C. Druso advierte claramente la corrupción de Roma en todas sus esferas; conoce las causas y trata de suprimirlas. De origen patricio, su ideal político es el antiguo equilibrio republicano. Pero comprende que la función moderadora del Senado —dividido ahora y sometido al vaivén de los intereses financieros— no podrá mantenerse frente a la plebe de la Urbe, y que es necesario restaurar la sociedad romana, dándole nuevamente, con la incorporación de los itálicos a la ciudadanía, una base rural, única manera posible de limitar el poder de los capitalistas y los demagogos. Esta moción lo convierte en el campeón de los municipios peninsulares, cuyo clamor llega hasta Roma y se estrella contra los muros del recinto senatorial. Como complemento de la expresada reforma, el poder judicial debía volver al Senado; pero éste admitiría en su seno a trescientos miembros nuevos, elegidos en la clase de los comerciantes y capitalistas.

La operación de Druso tendía, como se ve, a restablecer la unión de la nobleza histórica renovada, con el pueblo igualmente renovado, reanimando así el antiguo espíritu, junto con los elementos esenciales de la

vieja economía, en cuanto ésta fuese compatible con la época. Operación realizable y la única que aconsejaban las circunstancias. Pero la confusión reinante era tal, que no dejaba lugar para la reflexión serena. Cegados por sus intereses inmediatos, tanto una gran parte del Senado como la totalidad de los capitalistas se opusieron a la reforma. Los primeros temían a los itálicos; los segundos, a la pérdida de sus facultades judiciales. El tribuno fue asesinado, como los Gracos, como Saturnino y Glaucia. Y este crimen dio la señal para la insurrección de los municipios itálicos, que amenazó por un instante con la caída del poder de Roma y provocó la unión de todos los partidos en su defensa.

¿Tomó parte Catilina en la guerra social? Seguramente que sí. Había llegado ya a la edad de servir, y no parece posible que su esfuerzo permaneciera ajeno a las exigencias de esa lucha encarnizada. Guerra de exterminio para cuya terminación feliz Roma tuvo que echar mano de todos sus recursos militares y desplegar todas las artes de una consumada política; rojo crisol del que habría de surgir compacta, unificada, la nación italiana.

Desde las primeras batallas, hubieron de comprender los gobernantes de la urbe imperial que la fuerza sola no decidiría el desenlace en su favor. Frente a ellos se alzaba, bajo la insignia itálica, una confederación de pueblos con sus autoridades constituidas, con sus cónsules, su Senado y sus asambleas, y que reivindicaba con firmeza su derecho a los beneficios de la ciudadanía, como justa compensación del tributo de sangre prestado a los ejércitos de la República. Tardíamente, tuvieron que resignarse a poner en práctica las ideas de Livio Druso, reconociendo aquel derecho, en primer término, a los pueblos que aún no habían tomado las armas; luego, a los que las depusieran en un plazo determinado. Transcurrido un largo período de incertidumbre, en que las armas romanas fueron muchas veces derrotadas, sobrevino una serie de victorias, que rubricaron aquella política condescendiente.

Lucio Cornelio Sila fue el héroe de esa guerra, en la cual el vencedor de los cimbrios desempeñó un papel mediocre. Aunque nada dice la historia, lo más probable es que Catilina haya militado en las filas de las legiones silanas. Habría unido así su destino, desde su iniciación en las armas, al del futuro dictador.

No fue la concesión de la ciudadanía a los itálicos el único fruto de la guerra social. Aprovechando la "unión sagrada" en la lucha contra la insurrección, el partido senatorial, por medio de la ley Plaucia, se apresuró a suprimir, el mismo año 89, los tribunales de caballeros. Con esta reforma parecía definitivamente realizado lo esencial de los proyectos de Livio Druso. Pero con la diferencia apreciable de que esos actos habían sido ahora dictados bajo la presión del peligro o de intereses particulares inmediatos, y no por una concepción superior de bien público. Se trataba simplemente de un zarpazo de la fracción oligárquica del Senado, el cual permanecía inmutable en su composición y en sus hábitos. Por lo demás, la ley anterior, del mismo Plaucio, otorgando la ciudadanía, había tomado precauciones para que la influencia de los nuevos ciudadanos en los comicios fuese casi nula. De las treinta y cinco tribus o distritos electorales existentes, aquéllos debían ser distribuidos solamente en ocho, con lo cual el predominio urbano quedaba asegurado.

Guerra del 88

Mitrídates

A estos motivos de encono y malestar social se agregaron los hechos de Asia para desencadenar la terrible crisis económica y política del año 88.

Mitrídates había aprovechado la guerra itálica, que distraía la atención y las fuerzas de Roma, para reanudar sus tentativas de expansión. Después de derrotar a Manlio Aquilio, general enviado por el Senado, y a su aliado el rey de Bitinia, encuentra el camino expedito y se vuelca sobre la provincia asiática, fuente de enormes rentas para los capitalistas y el Estado romano. A fin de popularizar su causa, le imprime el carácter de una verdadera revolución contra la plutocracia imperialista; provoca así la insurrección de los pueblos

sometidos y una sangrienta matanza de los italianos instalados en todas las grandes y pequeñas ciudades. Más de cien mil de éstos, sin excluir mujeres y niños, son asesinados en un día. El contagio de la insurrección se propaga a Grecia, ante la cual el monarca del Ponto aparece como el campeón del helenismo. El pueblo de Atenas se rebela contra la dominación romana y Mitrídates manda en su auxilio a su general Arquelao, con una flota poderosa y un ejército. Roma tiene que afrontar, pues, el alzamiento en masa de sus dominios, cuando no ha logrado todavía completamente la pacificación de la península. Y como consecuencia inmediata, la penuria económica resultante del cese de los cuantiosos impuestos asiáticos y de la bancarrota de las empresas comerciales vinculadas a las regiones rebeldes. Las arcas del erario están exhaustas; se retrae el numerario; cunde el pánico entre los particulares, y se crean así las condiciones más favorables para la agitación política, fomentada por los negociantes arruinados y despojados de sus atribuciones judiciales y por los nuevos ciudadanos, defraudados en sus aspiraciones. La ciudad se convierte en campo de continuas batallas entre los partidos, y las autoridades se ven obligadas a ímprobos esfuerzos para mantener el orden.

Lucio Cornelio Sila, cónsul en ejercicio, es encargado por el Senado de dirigir la campaña contra Mitrídates. Esta designación impopular, agregada a las otras causas de descontento público, ofrece al partido democrático, cuya cabeza visible es ahora el tribuno Publio Sulpicio Rufo, político profundamente corrompido, la ocasión de un golpe de mano. El argumento de esta revolución, fomentada por Mario y por los negociantes, que ven tras ella la oportunidad de reconquistar las antiguas prerrogativas, es la igualdad para los itálicos. Sulpicio hace votar por la fuerza una ley, ordenando que éstos se distribuyan proporcionalmente entre las treinta y cinco tribus, con lo cual queda asegurado su predominio numérico. E inmediatamente, otra, adjudicándole a Cayo Mario la dirección de la guerra de Oriente. Muchos historiadores ven en esta última decisión una simple maniobra de los capitalistas para

asegurarse un general adicto; pero no fue ajena a ella, seguramente, la experiencia amarga que el pueblo romano había adquirido de los generales del Senado y el recuerdo, avivado por el pánico, de las gloriosas campañas del viejo ídolo, que había salvado otra vez a la patria de un peligro mayor.

Después del golpe de Sulpicio, los acontecimientos se precipitaron. Sila desobedeció la orden de entregar sus legiones a Mario y desde el campamento de Nola marchó sobre Roma y ocupó la ciudad. Hizo anular las leyes de Sulpicio, quien fue muerto cuando huía; castigó a los principales aliados de aquél —con exclusión de Mario, que pudo alcanzar las costas de África—; convocó a nuevas elecciones consulares, y una vez restablecido el orden legal, partió al encuentro de Mitrídates.

Pero los conservadores habían caído en el más absoluto descrédito y esta restauración, lograda por las armas, debía ser efímera. Apenas embarcado Sila en Brindis, uno de los cónsules electos, Lucio Cornelio Cinna, enarboló nuevamente la insignia sulpiciana, reproduciendo las leyes anuladas. El Senado otorgó facultades extraordinarias al otro cónsul, Octavio, para reprimir a su colega, quien tuvo que huir de la ciudad y fue destituido de su cargo. No duró mucho la resistencia senatorial. Mario acababa de regresar de su breve destierro, desembarcando con un ejército de númidas en Etruria, y unidas sus fuerzas a las del cónsul depuesto y con el auspicio de toda la población, se apoderó otra vez de Roma. Así se inauguró un nuevo período democrático que se prolongaría durante cuatro años y cuyo comienzo se caracterizó por una cruel persecución de los adversarios políticos, muchos de los cuales fueron asesinados por orden del viejo caudillo, siéndoles confiscados sus bienes. Cayo Mario murió en el 86, pocos meses después de su triunfo y su venganza, a los 70 años de edad.

Catilina es ya en esta época un hombre de veinte años, y seguramente con tres de servicio militar activo, en

los que ha madurado precozmente su espíritu y su cuerpo. Ha sentido la tensión del peligro, el olor de la sangre, la embriaguez de la lucha; ha conocido, en la familiaridad del campamento, los más diversos tipos humanos; ha vivido intensamente, es un soldado. Es un soldado: es decir, un hombre consubstancializado con su oficio y que posee las virtudes y las limitaciones que éste comunica a quienes lo ejercen, magnificadas en nuestro héroe por la violencia de su temperamento. Valiente, con temeridad; fiel a la consigna, pero exigente en sus órdenes; duro para la fatiga, con ostentación orgullosa de su energía; entusiasta de la guerra, hasta rechazar como indigno cualquier escrúpulo contrario al empleo sin tasa del hierro; despreciador de la vida ajena como de la propia. Y al mismo tiempo, rígido en sus juicios, que asumen con delectación la dogmática severidad de los reglamentos y que extreman su rigor cuando se trata de vilipendiar a los políticos de la Urbe, intrigantes y enredadores como comadres y cuyos manejos subvierten el orden de la República, que él supone inmutable y sagrado como el de las legiones.

Con lo dicho acerca de su probable educación familiar, no es difícil imaginar los sentimientos que le habrá inspirado la revolución de Sulpicio, la vuelta de Mario, el Senado ensangrentado y humillado, la ciudad a merced de los advenedizos y de las turbas italianas. Se ignora su actuación en estos acontecimientos; pero es indudable que los vivió y que contribuyeron a la formación de su mentalidad, como asimismo, que su situación natural estaba en las legiones de Sila, a quien habrá seguramente seguido en la primera restauración efímera, como lo siguió en la segunda. Incapaz todavía de comprender el sentido profundo de la revolución que se iniciaba, su credo político consistiría en profesar ardientemente la necesidad de imponer, por las armas, el equilibrio antiguo: credo de soldados, que exagera la eficacia de sus argumentos profesionales.

¿Acompañó al Epafrodita en su campaña de Grecia? ¿Estuvo en Queronea, en Atenas, en Dárdanos?... Toda esta parte de su vida se ignora. Pero si estuvo,

como es posible, cabe presumir que la proximidad de aquella cultura refinada no suscitó en él los entusiasmos de letrado que llevaron a un Sila a posesionarse de los tesoros encerrados en la biblioteca de Atelicón de Teyo. No era Catilina hombre de emocionarse ante los encantos del enemigo. Lo habrán dejado sin cuidado los manuscritos de Aristóteles y Teofrasto conquistados como trofeos de victoria y las disquisiciones de los filósofos prisioneros, a quienes escucharía con desprecio irónico. Si algo se incorporó a su espíritu, lo fue seguramente en virtud de la receptividad extraordinaria de los hombres de acción, que aprenden sin saber cómo, por una especie de instinto, en la conversación, en el contacto con otros hombres, todo lo que ha de serles útil para el cumplimiento de su destino.

Capítulo III: *Demagogia y emigrados*

"As indeed is usual when a man, how much more when a Nation of men, is hurled suddenly beyond the limits" [3].

RESUMEN: La inmigración conservadora — El gobierno de los demócratas: sus vicios de origen, su debilidad — Causas del éxito de Sila — Iniciación de la dictadura — Entusiasmo del joven Catilina.

Mientras Sila prosigue con éxito la guerra contra Mitrídates y domina Macedonia y Asia, el partido democrático, triunfante en Roma, se impone asimismo en el resto de las provincias. La muerte de Mario ha señalado el fin de la política persecutoria, que ya no tiene, por otra parte, ningún objeto. La oposición ha desaparecido con la huida de los jefes conservadores. Refugiados junto a Sila o en las provincias de régimen más tolerante, estos emigrados ilustres conspiran y se agitan, soñando con la reconquista de sus antiguos fueros por el filo de la espada y con la reintegración con creces del producto de las confiscaciones. El ostracismo encona en ellos el odio característico de las aristocracias desalojadas, cuyo primer ingrediente es la sublevación de la vanidad herida. Para tales "emigrados", voluntarios o forzosos, la idea de patria, inseparable de la de privilegio, pierde en efecto su sentido, desde el momento que deja de vincularse a las prerrogativas de que

3 Carlyle, FRENCH REVOLUTION, III, I, 1.

antes gozaban. Están siempre dispuestos, por consiguiente, a contraer cualquier alianza, aun la del enemigo tradicional, contra los presuntos usurpadores de la autoridad en su propio país, al que desprecian en la medida que éste los aborrece; y la costumbre anterior del éxito, la arraigada convicción de ser los mejores y la obligada molicie del destierro, los dota de la sagacidad necesaria para utilizar todas las ocasiones, y de un providencialismo *sui generis,* que mantiene viva en ellos la esperanza en una salvación eventual.

Tal fue el estado de espíritu que dominó a los conservadores derrotados durante el auge de la democracia, lo que por sí solo bastaría para explicarnos el desborde de pasiones que acompañó a la restauración de su poderío. El partido democrático, mientras tanto, con el auspicio de la opinión pública, de los itálicos y de gran parte de los caballeros, gobernaba bajo la amenaza de esa emigración rencorosa, que tenía la mirada puesta en la vuelta de Sila. De ahí que sus principales esfuerzos se dirigieran a anular el poder de éste, con cuyo objeto se despachó, rumbo a Macedonia, un cuerpo de ejército a las órdenes de Flaco y Fimbria. Estas legiones gubernamentales tenían la misión de quitar a Sila la dirección de la guerra contra Mitrídates, privándolo así del mando militar que lo hacía peligroso; misión que le habría correspondido a Mario, de seguir viviendo, pero que en manos subalternas, hubo de fracasar. Sabido es que al poco tiempo dichas tropas defeccionaron, uniéndose a las del futuro dictador.

Pero el gobierno de la democracia era débil en su constitución y en su acción. Durante los cuatro años que duró la ausencia de Sila, fue incapaz de consolidarse mediante una política coordinada, limitándose a la demagogia como método y al usufructo de las magistraturas como única finalidad. En esto venían a parar las alharacas de sus caudillos, cuyo prestigio —muerto el glorioso Mario— era puramente negativo, pues se fundaba solamente en el desprestigio de sus adversarios. Ni Cinna, ni Carbón, ni Escipión, indigno nieto

de sus abuelos, ni el mismo Sertorio, ni Fimbria, ni Flaco, ni Mario el joven, demasiado inexperto, se mostraron a la altura de las circunstancias, en esos momentos en que debía decidirse la suerte futura de la República.

Viciada la democracia en su origen por la alianza eventual y, por supuesto, condicionada, con los negociantes desposeídos de sus funciones judiciales —es decir, con una de las facciones de la oligarquía financiera— no comprendió que su misión consistía en el aplastamiento completo de ésta, y que sólo así podría convertirse en el instrumento de la regeneración romana. No realizó la revolución necesaria, que ella sola estaba en condiciones de realizar; sus jefes desoyeron el clamor que resonaba desde los tiempos de los Graco. En vez de construir el futuro, siguió siendo disolvente y opositora desde el gobierno.

Ya hemos visto la contradicción íntima a que respondía la acción de este partido. Usado por la clase financiera para debilitar al Estado tradicional, su origen popular lo llevaba a volverse contra las propias manos que lo habían suscitado y a favorecer las aspiraciones de las masas, contrarias a las de dicha clase. Con Saturnino, con Sulpicio habíase manifestado claramente esta tendencia, y ahora la muchedumbre de los nuevos ciudadanos, la burguesía itálica incorporada a la nación romana, el proletariado rural, esperaban leyes que remediaran su situación angustiosa, poniendo coto al desenfreno de los especuladores. El político que hubiera encarado resueltamente el problema, habría sido aclamado como un salvador por las innumerables víctimas de la crisis que extenuaba las fuerzas del pueblo. Para ello era preciso atropellar la constitución vigente, anárquica ahora —desde que faltaba la acción moderadora de un Senado acatado y respetable—, y, como tal, instrumento flexible en las manos de los capitalistas, hábiles para el soborno.

Pero los políticos de la democracia no reformaron la constitución. Gobernaron con la misma de la oligarquía, limitándose a violarla en lo que no atacara fundamentalmente los intereses de ésta, y a repartirse

los puestos, seguros de que su poder tenía una base suficiente con la adhesión del populacho urbano y el temor general a la vuelta de los conservadores. Creyeron que esos sentimientos públicos serían permanentes, y acamparon confiados sobre la arena movediza. Durante los cuatro años de su predominio, dos leyes solamente votaron en beneficio de las masas: una sobre colonización de Capua y otra, propuesta por Flaco, estableciendo una reducción general de las deudas a la tercera parte de la suma originaria y que sólo sirvió para enajenarles la voluntad de los capitalistas aliados, siendo nulos, por lo demás, sus efectos en una época de completa restricción de pagos. El cansancio y la desilusión hicieron el resto. De modo que, cuando Sila estuvo próximo, la opinión pública vacilaba, especialmente en los medios rurales e itálicos ilusionados por sus promesas, y apenas si pugnaba por resistir una camarilla reducida de políticos profesionales, demasiado comprometidos para intentar una reconciliación, encabezando legiones ya ganadas por el prestigio del enemigo.

La debilidad, la incoherencia de sus actos; la contradicción entre los fines proclamados y los medios utilizados; la calidad subalterna de sus jefes, hábiles para reclutar pandillas electorales, pero sin visión de estadistas, eran males internos demasiado graves para permitirle a la democracia romana resistir con éxito el ataque de las legiones de Sila, aguerridas en la lucha con el extranjero y habituadas al triunfo y a las generosas recompensas que lo acompañaban. Aquélla era un escandaloso desorden, en el que se perdían las mejores intenciones de bien público y no alcanzaban a hacerse oír las aspiraciones legítimas de la población rural, que esperaba las prometidas reformas. Enredados en sus propias intrigas, los políticos del partido reducían toda su acción a la repartija de los cargos electivos, lo que significaba su sujeción a la potencia financiera, dispensadora de salarios y figuración, a cambio de la impunidad para sus manejos. Frente a ese conglomerado, el

ejército de Oriente resultaba invencible, la única fuerza ordenada en medio de la anarquía general.

Ya hemos visto que las reformas de Mario, al profesionalizar el ejercicio de las armas, admitiendo en las legiones a la población sin arraigo, habían transformado el espíritu de éstas. Cada vez más desvinculadas de la vida civil, predominaba ahora en ellas el espíritu de cuerpo, que se traducía en la adhesión disciplinaria incondicional por el jefe, cuando las llevaba a la victoria y sabía estimularlas y premiarlas con un reparto equitativo del botín. ¡Bien lejos estuvo el viejo caudillo demócrata de prever que su reforma aprovecharía, pocos años más tarde, al más odiado de sus rivales!... Sila había sabido administrar el entusiasmo y la codicia de sus soldados, suscitando en ellos una lealtad rayana con el fanatismo. Tenía, pues, el triunfo asegurado; tanto más asegurado cuanto que —no obstante la blandura de las condiciones que había impuesto en la paz con Mitrídates y que sus adversarios le reprochaban con fingida indignación— había logrado arrebatar al partido democrático la bandera del patriotismo y el honor del nombre romano. Él había sido —no Flaco, ni Fimbria— el vencedor del coloso asiático. ¡Él, Sila, un aristócrata, un senatorial! Por singular paradoja y en virtud de una de esas ráfagas de olvido total que suelen aquejar a los pueblos, el núcleo oligárquico que había traicionado con Yugurta y había gustado también, en tren de "negociaciones diplomáticas", el oro del rey del Ponto, quedaba ungido depositario exclusivo de la virtud cívica y guerrera, mientras los amigos de Mario eran declarados enemigos públicos y perseguidos como traidores.

La resistencia de los demócratas debía ser fácilmente vencida por las legiones de Sila, constantemente acrecentadas por los tránsfugas de aquel partido —uno de los cuales fue Cneo Pompeyo—, y así ocurrió. El león y la raposa que, al decir de Carbón, alojaba en su alma el antiguo lugarteniente de Mario, tuvieron ocasión de desplegar por primera vez todas sus artes. En el curso de la lucha empleó alternativamente la fuerza y la astucia, esgrimió el temor, la persuasión y el soborno, pro-

digó el oro y el hierro. ¿Quién se resistiría ante esa multiplicidad de argumentos? Los demócratas carecían de unos y otros. Y los que no se sometieron fueron ejecutados sin compasión. La represión contra los samnitas, que se negaron a deponer las armas, fue entre todas la más terrible. Seis mil de ellos, prisioneros, fueron pasados a cuchillo, sus poblaciones destruidas, sus tierras confiscadas y repartidas entre la soldadesca victoriosa. De modo que cuando el general reclamó la dictadura, ésta le fue conferida sin oposición de ninguna especie. Antes de cumplirse un año de su desembarco en Brindis, era así dueño absoluto de Roma.

¡Con qué exaltación, con qué generosidad, con qué fervor del ánimo acompañó Catilina a su jefe victorioso en la marcha sobre la ciudad anarquizada! Es preciso haber sido joven y haber vivido circunstancias análogas para comprender el desinterés y la pureza que hay en el entusiasmo juvenil por los caudillos que encarnan eventualmente una esperanza colectiva. Nuestro héroe tenía entonces veinticuatro años, edad en que todavía, salvo excepciones monstruosas, permanece despierta la capacidad de inflamarse por las causas nobles y en que la necesidad de acción no se deja trabar por ningún cálculo egoísta. Sin la experiencia de los entretelones políticos, había sufrido seguramente ante el espectáculo de la anarquía que despedazaba a Roma, y su sangre, su educación, su temperamento militar se habían sublevado contra la demagogia inferior y las intrigas de los explotadores del populacho, fueran ellos nobles o plebeyos. Sentía profundamente la necesidad de imponer un orden en ese caos. ¡Y era su jefe quien asumía la tarea! ¿Cómo no iba a seguir hasta el fin del mundo, en una especie de trance místico, al glorioso general cuyo caballo blanco sólo conocía el camino del triunfo, al caudillo afortunado, que vencería en esta ocasión, como había vencido siempre? Sila tenía ganado de esta suerte el corazón de sus legionarios, a quienes repartía en abundancia el oro obtenido en el pillaje y las contribuciones forzosas arrancadas a las poblaciones invadidas.

Todas las riquezas de los templos griegos habían venido a parar en rudas manos habituadas al hierro. Catilina no estaba en condiciones de juzgar la profunda corrupción que ello implicaba; sólo veía el aspecto amable. No era un filósofo, ni un moralista, sino un joven soldado.

Capítulo IV: *Sila "Félix" esperanza frustrada*

"At nunc desertis cessant sacraria lucis:
aurum omnes victa jam pietate colunt.
Auro pulsa fides, auro venalia jura,
aurum lex sequitur, mox sine lege pudor" [4].

RESUMEN: Lucio Cornelio Sila: sus antecedentes e inclinaciones — La revolución necesaria — La operación del dictador — Los conservadores restaurados en el poder — Constitución silana — Resultados — Decepción de Catilina — Muerte del dictador.

Lejos estaba Sila de merecer el entusiasmo con que confiaban en su acción sus legionarios y la población de Roma, harta de discordias. Se presentaba como el salvador de la patria; pero su actuación probaría que no estaba a la altura de la misión que le reservaba el destino. Ni su temperamento, ni su educación, ni sus vinculaciones lo predisponían a ella y fue incapaz de sobreponerse, durante su dictadura, a los imperativos de la sangre y del ambiente. Era un sensual. Hasta los cincuenta años, edad en que fue designado para dirigir la expedición contra Mitrídates, había llevado una vida disoluta, en compañía de cortesanas, de actores y de la *jeunesse dorée* de la época, que lo contaba entre sus miembros más conspicuos. Esas costumbres eran las corrientes en la clase social a la que pertenecía Lucio Cornelio, quien en nuestros días habría sido considerado

4 Propercio, ELEG. III, XIII, 46-50.

como un *clubman* divertido, con ribetes de *dilettante* artístico. Sus ojos azules, con reflejos crueles, y su tez de blancura marmórea, propensa al rubor, hacían de él un hombre de éxito entre las mujeres; y no entre ellas solamente, si ha de creerse la historia de Metrovio, que Plutarco trasmite. "*Muy dado a amores y disoluto en cuanto a placeres*", las batallas en campo de plumas ocuparon las más largas horas de su juventud y de su madurez y no cesaron hasta la hora de su muerte. No le fueron infructuosas. Esa conducta, en la cual normalmente se disipan los patrimonios, acrecentó el suyo, que no era cuantioso; una cortesana llamada Nicópolis lo nombró su heredero, dejándole una verdadera fortuna. Por lo que toca a su actuación pública, su nacimiento y el hecho de ser yerno de Metelo, predisponíanlo naturalmente a los honores. Fue así cuestor y legado de Mario en la campaña contra Yugurta, donde obtuvo por astucia la prisión de éste; luego tribuno, edil, pretor, a fuerza de soborno de los electores. La campaña para reponer a Ariobarzanes en el trono, dirigida en realidad contra Mitrídates, y la guerra social que vino luego, afirmaron su prestigio militar. Se mostró en ellas al mismo tiempo hábil como general y como caudillo; el aristócrata disoluto y escéptico se transfiguraba en la guerra, movido por un sentimiento de orgullo, y reaparecían en él la vocación y la aptitud hereditarias para el mando. Fue este sentimiento, sin duda, el que inspiró su acción política cuando tuvo accidentalmente la fuerza en sus manos, y ello explica el sentido de su dictadura. En la revolución que removía a las bajas capas sociales de la república y en la anarquía consiguiente, sólo vio la exclusión de un grupo de hombres a quienes consideraba como los gobernantes naturales, y el ataque personal contra él mismo, contra Sila "Felix" o el afortunado, que por tantos conceptos se consideraba mejor que los otros, por sus batallas ganadas, por su nacimiento, por sus gustos refinados, flor de civilización, por su conocimiento de las letras griegas ¡y hasta por sus amores!... Este sentimiento de clase coincidía con el de los conservadores expatriados que, por lo demás, constituían el núcleo de sus amigos íntimos de toda la vida; de sus

camaradas de orgías y comilonas, que ahora encuadraban sus legiones y se atribuían el triunfo inminente. Sila no tenía hasta entonces otro partido que el de su propia venganza y el establecimiento del orden en la República. Las circunstancias le proporcionaban un elenco cuyas tendencias profundas coincidían con las que a él lo animaban. Su prurito de cultura lo predisponía, tal vez con exceso, a inclinarse ante el prestigio de las togas y a creer que los políticos profesionales poseían para el ejercicio del gobierno ciertos secretos mágicos de que él, simple militar, aunque letrado, carecía. El partido marianista estaba aplastado, acéfalo, disperso. El vencedor de Mitrídates fue incapaz de advertir que ese partido no era sino el pueblo romano, con su obscuro anhelo de renovación y de justicia, traicionado por sus jefes, y su odio a éstos lo llevó a poner su espada al servicio de sus adversarios, que sólo representaban sus propios apetitos. Sin proponérselo acaso, el que quería hacerlo todo por sí mismo, el que se erigía en juez supremo de la vida y el honor de sus compatriotas, resultó el general de un partido, menos aún, de una camarilla odiada y desplazada. Y con el pretexto de crear un orden nuevo, impuso por la fuerza el estatuto de la oligarquía.

Una revolución era necesaria en Roma, esa revolución que latía en el seno del partido popular y que había abortado antes de consumarse. Ninguna sociedad puede subsistir cuando las virtudes sociales se han agotado y sólo se debaten, en el escenario público, intereses subalternos. No era el estado que atravesaba la República una simple crisis de autoridad, sino de todos los valores. Ya hemos señalado en páginas anteriores la causa de esta crisis, consistente en la suplantación del antiguo patriciado campesino y guerrero por una nueva clase dirigente: por una oligarquía mercantil, que había absorbido al grueso de los descendientes degenerados de aquél y que imponía su nueva ley —la ley corruptora del oro— a la sociedad entera. El terreno de cultivo del poder financiero había sido el desorden político, con el debilitamiento consiguiente del Estado y su consiguiente en-

deudamiento a los fuertes intereses particulares en juego. Por eso la clase mercantil había estimulado y favorecido la democracia y la corrupción del pueblo, el cual, no obstante sentir confusamente la sujeción en que se encontraba, nada podía hacer sino levantar demagogos venales, que lo traicionaban en seguida para servir al verdadero soberano.

Pero esas situaciones tienen que ser necesariamente efímeras. El interés divide a los hombres, y es tendencia natural de las oligarquías la de despedazarse en facciones. El dinero es enemigo del dinero, engendra odio; sólo el amor unifica. La anarquía política provocada por el capitalismo para medrar a expensas del bien común, abre el campo a la lucha de los intereses antagónicos y con recíprocos fines de exterminio dentro de la misma clase gobernante y se vuelve a la larga contra ésta. La demagogia venal tampoco puede perdurar: fatiga a los pueblos, crea la incertidumbre del porvenir, la inestabilidad del presente, la desconfianza en los negocios, las crisis financieras. Y así, llega un momento en que todos, por distintos motivos, piden la misma cosa. Los oligarcas para defender sus inversiones y sus privilegios en peligro, las masas para realizar sus esperanzas de bienestar y de paz, claman por un gobierno fuerte, y este anhelo común se traduce en convulsiones, cuyo resultado final es la dictadura. Tal era el estado de Roma cuando Sila asumió el mando supremo.

Los vicios de un pueblo son los de su clase dirigente. La responsabilidad de un proceso de corrupción corresponde siempre a quienes, por su situación privilegiada, imponen las normas que rigen luego la conducta del mayor número. Roma no escapaba a esta regla, según hemos visto. Las circunstancias le determinaban, al hombre designado por el destino, cuál era la tarea que debía realizar, consistente en someter a los culpables a las exigencias del bien común, privándolos de sus irritantes privilegios, y en efectuar una nueva refundición del pueblo, suscitando en éste las virtudes extinguidas y ordenándolo nuevamente, de acuerdo con las jerarquías le-

gítimas de la moral y la competencia. Nunca es tan honda la podredumbre de una sociedad, que no queden reservas utilizables, como para cambiar totalmente sus cuerpos directivos, y esto era lo que exigía imperiosamente la salud romana.

Sila ignoró el problema o procedió como si lo ignorara. Esgrimiendo contra los jefes demócratas el mismo equívoco que éstos habían utilizado contra la nobleza tradicional, juzgó la situación de Roma como un dilema entre patriciado y demagogia, y optó por el primer término. Escamoteaba así el dilema real, causa única del malestar que agitaba a la sociedad: el dilema planteado entre los intereses de la oligarquía financiera, que dominaba por el soborno todos los resortes del Estado, y las necesidades angustiosas de las masas campesinas, de la burguesía rural, víctima de los usureros y especuladores, y del proletariado urbano. Lo que urgía resolver era la situación de estas clases, que constituían el cuerpo de la nación. No se trataba de una cuestión de partido, sino de una cuestión social. Los políticos de la democracia eran ciertamente culpables y merecían su desgracia; pero su culpa consistía, sobre todo, en haber continuado sometidos a los intereses de la oligarquía, como agentes subalternos de ésta, defraudando así las aspiraciones de sus electores por groseros apetitos personales. Había, no obstante, en esa subordinación, cierta inestabilidad, cierto carácter efímero, que daban lugar a la esperanza, ya que la índole de la democracia tendría que prevalecer, en cualquier momento, sobre las intrigas y las traiciones de sus jefes eventuales. Al ser substituidos éstos por los hombres del partido conservador, empeoraba, hasta hacerse causa perdida, la situación de las clases populares. Porque el partido conservador constituía ahora la facción más homogénea de la oligarquía financiera, y su única razón de ser consistía en el dominio por sus miembros de los resortes del Estado. A la voluntad de rapiña de la totalidad de los oligarcas, unía un espíritu de casta que lo hacía considerarse con derecho indiscutible al gobierno de la República: herencia de los tiempos del viejo patriciado, en que ese derecho,

religiosamente reconocido, se justificaba por el constante sacrificio en aras del bien común. Con la operación de Sila se reforzaba el gobierno de los cuantiosos intereses mercantiles, y se estabilizaba la oligarquía; la oligarquía que no había dejado de gobernar subrepticiamente durante el auge de sus presuntos adversarios, explotando el desorden y obstaculizando, mediante dádivas, las reformas de fondo implicadas en el programa democrático y que habrían significado una reducción, siquiera mínima, de precios y dividendos.

El cáncer de la democracia romana había consistido en la explotación del pueblo por los intereses financieros, a favor de la anarquía y el soborno. Sila hizo innecesarios la anarquía y el soborno, porque puso al servicio de aquellos intereses su espada victoriosa. Persiguió a los agentes a sueldo y a los coimeros; pero les dio una policía y una constitución adecuada a los sobornadores. Todo bajo pretexto de restaurar el orden y devolver al pueblo romano sus gobernantes naturales. Las reformas que impuso durante los cuatro años de su dictadura aparecen dictadas por el pensamiento central de volver a la constitución anterior a los Graco: es decir, a la constitución del patriciado, precisamente cuando éste había dejado de existir como tal y no era ya más que una pandilla de traficantes, usureros y concusionarios. La supresión del orden ecuestre y la reforma del Senado, incorporando a su seno trescientos nuevos miembros de la clase comercial, tienden a hacer de la oligarquía un bloque homogéneo e indestructible, al cual el nuevo estatuto otorga todos los poderes. Desde entonces no habrá más gobierno que el de los nobles y los ricos, no ya divididos, sino solidarios. El Senado gozará del poder *"absoluto, indiviso y perpetuo"* en materia de legislación, administración y justicia. El tribunado del pueblo quedará, si no suprimido, privado de sus antiguas prerrogativas, y el pueblo mismo relegado a una soberanía puramente nominal. El pueblo, *"voilà l'ennemi!..."*. Sila y sus amigos profesan que toda corrupción viene de allí y que los males de Roma han consistido exclusivamente en la subversión introducida por los Graco y por Mario. Ellos, en cambio, son los inmaculados, los

patriotas, los puros, que vuelven a sacrificarse nuevamente en el desempeño de las magistraturas curules. ¡Historia antigua, actual, eterna!...

¿Cuántos viejos romanos no se habrán estremecido de espanto ante el signo fatídico que saludó el advenimiento de la dictadura de Sila? Al mismo tiempo del golpe de Estado, se incendió misteriosamente el templo más venerado de Roma, el de Júpiter Capitolino, cuyos cinco siglos parecían desafiar la eternidad. Era un presagio funesto. Diríase que el dios quería anunciar con lenguas de fuego las calamidades que se abatirían sobre la República. Pero los nuevos dueños de la situación, a fuer de cultos, no creían ya en los dioses, y los auspicios eran para ellos, o bien una farsa útil en ciertas circunstancias difíciles, o apenas una rutina formalista que se celebraba con la sonrisa en los labios. Ni la voz de las alturas, ni las consideraciones humanas hicieron vacilar la voluntad del dictador en el logro de sus propósitos. Había resuelto acabar con la democracia y lo conseguiría, aunque fuese necesario pasar a cuchillo a la mitad de Roma. Todos los que habían aparecido complicados en los gobiernos anteriores fueron asesinados, confiscados sus bienes, proscriptos y alejados a perpetuidad de las funciones públicas sus hijos y sus nietos. Las ejecuciones se contaron por millares, orgía de sangre que no se había visto en la Urbe, ni volvería a verse. Una simple orden verbal del dictador bastaba para despojar a cualquiera de la vida y de los bienes, que luego se remataban a vil precio en subasta pública entre los sicarios de aquél. Se formó así alrededor de Sila una corte de delatores y aprovechadores que hicieron gigantescas fortunas con el producto de las confiscaciones y que se convertirían en los más firmes puntales del régimen. No dejaba de responder esta política a fines razonables. El dictador aspiraba a la permanencia de su obra. Trató por consiguiente de cimentarla en una masa compacta de intereses nuevos y cómplices. En el mismo propósito se inspiraron las asignaciones de tierras a 120.000 soldados, que se distribuyeron en colonias militares, y la emancipación y concesión de la ciudadanía

romana a 12.000 esclavos selectos que habían pertenecido a los proscriptos. La estabilidad de la oligarquía hacía indispensable la existencia de esta guardia pretoriana, dispuesta a dar su vida por el nuevo orden de cosas.

Tal fue la operación de Sila. No puede negarse que impuso el orden en Roma. Pero se trataba de un orden policial, efímero por naturaleza y que sólo subsistiría mientras durase la represión. El rostro de la anarquía se ocultaba aún. Pero su causa originaria, lejos de desaparecer, habíase agravado con la restauración por la fuerza de la oligarquía gobernante. Los nobles y los ricos habían dado, en efecto, el ejemplo del liberalismo, del desprecio por los valores heredados; habían provocado, con su culto desenfrenado por la riqueza, el olvido de las jerarquías naturales, haciendo del oro —siempre al alcance del más desaprensivo, del más audaz— la nobleza única; habían desatado la ola de sensualidad que abatía las viejas virtudes romanas. Podían contarse con los dedos de una mano los aristócratas que habían permanecido ajenos a la corrupción general de la casta. Los usufructuarios vitalicios, inamovibles y dinásticos de la constitución silana eran ahora un puñado insolente de usureros y traficantes, a los que se agregaban los nuevos ricos, aprovechadores de las matanzas y las confiscaciones. Con un desconocimiento absoluto del cambio ocurrido en las relaciones sociales, el dictador aristócrata había devuelto a sus iguales los privilegios que sus antepasados habían conquistado siglos antes con la espada, sirviendo a la República, sin comprender que dichos privilegios no se justificarían con nuevos servicios, sino que se degradarían en nuevas especulaciones y negociados.

Así el que pudo ser caudillo y benefactor del pueblo —como lo sería César más tarde— optó por ser el hombre providencial de la facción más corrompida entre las que dividían a Roma, de la facción que encarnaba toda la podredumbre del sistema. En el clamor de intereses y esperanzas contradictorias que saludaron su advenimiento; en el coro jubiloso de todas las clases que,

hartas de discordias civiles, lo acogían como a un salvador, sólo escuchó la voz rencorosa de los oligarcas, que invocaban la tradición, el derecho y la limpieza de sangre para cohonestar sus ilegítimas ambiciones, e hizo callar por el terror las otras. Las campiñas improductivas; la clase media rural agobiada por las hipotecas, diezmada por el hambre; el populacho de la Urbe, constantemente acrecentado por los desocupados de toda Italia, nada dictaron a su espíritu. Otro era el lenguaje que él comprendía. El gobierno debía ser patrimonio de los cultos, de los que sabían griego, aunque comúnmente lo utilizaran para pactar con los reyes bárbaros el precio del honor nacional; de los que por tradición conocían el uso de las formas gubernativas y de las leyes, aunque esta ciencia sólo la empleasen para violarlas en provecho propio; de los que habían tenido un abuelo en las guerras púnicas, aunque el nieto sólo fuese ducho en las artes cartaginesas del tráfico y la usura. ¿El pueblo?... Estaba profundamente corrompido, según la autorizada opinión de los "puros", que habían vivido comprando sus sufragios. Estaba corrompido —por el *marianismo*, desde luego— y era ignorante: había, pues, que regenerarlo y educarlo a fuerza de hambre y policía. Con este espíritu y merced a la invocación del orden eterno, del patriotismo, de la tradición y del honor romano, se afianzó un régimen totalmente opuesto a la verdadera tradición de Roma; adquirió estatuto legal la misma oligarquía mercantil que dominaba desde la época de Cayo Graco, con distinto lenguaje y algo modificada en su composición, pero obediente al mismo principio informante: el del interés. El dominio que en tiempos de la democracia habíase mantenido en virtud de componendas con los poderes establecidos, existía ahora *de jure*, por la presencia de un Senado omnipotente formado de acuerdo con aquel principio. Y la consecuencia de esta política fue la agravación del problema social con la desaparición, por agotamiento económico, de la clase media, que hasta entonces había constituido la gran reserva, el nervio de la República. La oligarquía reinó sobre un populacho servil de proletarios y esclavos.

Nada nos dice la historia sobre la actitud de Catilina ante las consecuencias de la reacción silana. Se sabe solamente que luchó por la imposición del orden y que fue autor de algunas ejecuciones capitales, lo cual no ha de reprochársele con exceso, si se considera que en esos tiempos rudos no era habitual la economía de sangre y dolor humanos. La dulcificación de las costumbres es obra del cristianismo, y César fue en tal sentido un precursor, un cristiano preevangélico. Lo que no puede aceptarse por inverosímil son determinados crímenes privados que se le atribuyen a nuestro héroe en esta época de su vida y cuyo carácter horrendo habría hecho imposible el prestigio que tuvo más tarde su presunto autor en los medios más selectos de la sociedad romana: así el asesinato de su propio hermano y del hijo de Aurelia Orestilia, que deben considerarse como calumnias imputables a la pasión política, cuyos excesos ya conocemos. El mismo Salustio no los da, por otra parte, como seguros, aunque parece haberse preocupado de recolectar todas las abundantes patrañas que suelen cargarse en la cuenta de un hombre odiado y desgraciado. Maliciosamente, en forma dubitativa, las repite, dando la impresión de que las acepta como verdaderas y presionando en esta forma el ánimo del lector: *"se afirma, se asegura"* (*"pro certo dicitur"*)... Frente a la actitud indecisa del calumniador, está el hecho indudable de que Catilina ingresó al poco tiempo en la carrera de los honores, lo que prueba que sus costumbres no desentonarían demasiado con las corrientes. La corrupción pública no llegaba hasta el extremo de honrar a los parricidas.

Ya hemos explicado las causas probables de la adhesión de Catilina al dictador, que surgía como vencedor de la anarquía y constructor de un orden nuevo. El espíritu ardiente del joven aristócrata lo habrá llevado naturalmente a manifestar esa adhesión en sus formas extremas. No es difícil que haya recibido ventajas inmediatas de su actuación, y que haya gozado de ellas con la tranquilidad de conciencia del soldado habituado a cobrar su parte del botín. Era el precio reglamentario de la colaboración, el gaje del triunfo. Pero, ¿quedó satisfecho?

Corresponde a la historia suplir, mediante hipótesis razonables, las lagunas de la información heredada. Cuando nuestro héroe actúa más tarde en primera fila de la escena política, sus enemigos, objeto de su abominación, son los rezagos del silanismo refugiados en el Senado, y sus aliados presuntos, las víctimas de la dictadura. Es indudable que en el espacio comprendido entre ambos períodos adquirió conciencia política y vio claramente que había colaborado de buena fe en una obra cuyas consecuencias eran funestas para la República. ¿En qué momento se efectuó esta evolución en su espíritu? ¿Durante la dictadura, o después? Imposible imaginarlo con exactitud. Pero si se tiene en cuenta que Catilina era un violento, parece más razonable atribuir escasa duración a sus raptos de entusiasmo. Pasado el primer tiempo de lucha encarnizada y jubilosa, no es difícil que haya advertido en seguida la ninguna semejanza entre el ideal que había movido su brazo y la realidad resultante. Estaba en la edad del aprendizaje intenso, de la máxima actividad mental, en que se forma el espíritu y todo se acumula como experiencia irrefutable. ¿Qué vio?... La revolución, *su* revolución, sólo aprovechaba a una camarilla de hombres gastados, que habían sido arrojados ya del gobierno por sus culpas y que volvían ahora redimidos, no por su esfuerzo, sino por el esfuerzo ajeno: por el esfuerzo de los hombres limpios como el mismo Catilina, que habían entregado a la causa todo el vigor y el fervor de su juventud. Para éstos, como único saldo, el sometimiento a la camarilla que en su fuero interno despreciaban, o la exclusión a perpetuidad de la vida pública. Los jóvenes eran un enemigo de quien había que cuidarse; por lo pronto, la nueva constitución fijaba en treinta años el límite de edad para aspirar a la magistratura más subalterna... Ésa era la obra del dictador, y no es aventurado atribuir a nuestro héroe la conciencia inmediata del fracaso y, tal vez, el presentimiento de su propio destino de rebelde.

A los cuatro años de su dictadura, Sila resignó el mando y se retiró con honores de salvador de la patria, votados

por los usufructuarios de su restauración. Éstos se excedieron en los homenajes tributados a su héroe, tanto más cuanto que tenían conciencia del gratuito favor recibido y encontraban en dichos actos ostentosos un motivo de propaganda, consistente en aparecer bajo el reflejo de las virtudes que a aquél le adjudicaban. Al tributar su adhesión al valeroso, al implacable, al fuerte, los traficantes y politicastros timoratos y vacilantes, que lo negarían meses después, participaban de la ilusión de creerse un poco héroes ellos también y, sobre todo, de que lo creyese la multitud. El dictador se retiró a la vida privada para entregarse nuevamente a los placeres de que lo había alejado en parte la actuación pública, y acaso sintiendo oscuramente que su obra sería frágil. No había sido tan culpable como mediocre. El gran Sila no tenía otra grandeza que su voluntad de hierro y su arrojo. Por lo demás, era un hombre común, sin la visión de águila de los verdaderos conductores de pueblos, que ven los acontecimientos como al vuelo, en sus causas y sus consecuencias, y que no se dejan aprisionar por la red de las preocupaciones, de las pasiones, de los errores corrientes.

Poco tiempo después moría en su retiro, siendo objeto de grandiosos funerales, que parecieron el entierro del orden efímero que había fundado. *"Las mujeres de Roma* —escribe Mommsen— *llevaron luto durante todo un año"*.

Capítulo V: *El gobierno de la restauración*

"Ita bonum publicum, ut in plerisque negotiis solet, privata gratia devictum" [5].

RESUMEN: La nueva oligarquía — Resurgimiento del partido democrático — Insurrección de Lépido — César: su estreno político — Mitrídates — Errores de la política democrática: la alianza con el enemigo — Quinto Sertorio — Actitud de César.

La situación de los partidos bajo el régimen de la restauración, una vez desaparecida de la escena la figura de Sila, presenta cierta complejidad. Ya la política de Roma no obedece rigurosamente al dualismo de los partidos conservador y popular, como ocurría desde los tiempos de Catón el Mayor y los Escipiones. La dictadura había producido una gran conmoción en el espíritu público. Se había perdido la fe en la organización tradicional del Estado, que desde el golpe de mano de aquél quedaba a merced de cualquier general victorioso que quisiera emularlo. Las llamadas instituciones libres no conocen término medio entre la virginidad y la prostitución. Cuando desaparece ese elemento moral que es el consenso universal sobre su inviolabilidad, cuando se les ha puesto una vez la mano encima, el hecho tiende matemáticamente a reproducirse y las relaciones sociales, antes fundadas en la virtud cívica, se

5 Salustio, BEL. IUG., XV.

traducen en la primacía del más fuerte. Era en vano, pues, que la oligarquía, dueña por obra de Sila de los resortes del gobierno, afectara un escrupuloso legalismo para conservarlo. Ella misma sabía que el espíritu legalitario estaba muerto y que la aplicación de los preceptos contenidos en la constitución nueva dependía, en última instancia, de la buena voluntad de los generales. En adular a éstos consistió, desde entonces, el capítulo principal de su política.

La oligarquía era la legalidad, el armazón del Estado, el orden social. No constituía propiamente un partido. En su seno se combatían facciones diversas, como la minoría ranciamente aristocrática, que aspiraba a la totalidad del gobierno, y la conciliadora, compuesta en su mayoría por los "hombres nuevos" provenientes del antiguo orden ecuestre. Su instrumento de gobierno era la corrupción, de los notables o el populacho. El sentimiento que unía a sus miembros, la complicidad en el interés común. No constituía un partido, porque este elemento del interés, y por añadidura satisfecho, no basta para dar vida a un movimiento de opinión. Se necesita la existencia de otro, de orden moral o pasional, de una mística, una esperanza, un rencor. El legalismo de que blasonaban los *optimates* en sus discursos, el culto por las libertades republicanas heredadas de los mayores, denunciaban claramente a los ojos de todos una defensa exclusiva de los propios e irritantes privilegios y carecían, por consiguiente, de la virtud de provocar entusiasmo. El lenguaje de los Coriolanos y de los Fabricios no cohonestaba la rapacidad de los procedimientos habituales.

Deudora exclusiva de Sila, esa camarilla senatorial había empezado a renegar de éste al poco tiempo de su muerte, por elemental prurito de habilidad y adaptación al espíritu de los tiempos. Para ponerse a tono con la reacción pública, pretendía atribuir a sus propias virtudes la situación de privilegio en que se encontraba y que era obra de la espada y la voluntad del extinto dictador. Así fue eliminando poco a poco de sus filas, como a réprobos, a aquellos hombres que se habían com-

prometido demasiado durante la dictadura, y sobre todo a los oficiales y soldados que habían servido a sus órdenes. No obstante sus servicios, éstos habían perdido toda influencia política y la oligarquía los excluía sistemáticamente de los cargos públicos. Conducta que, como era natural, provocaba en ellos un gran resentimiento, traducido en odio frenético contra los usufructuarios desagradecidos del esfuerzo ajeno.

Pero al margen de esas divergencias internas, la reacción pública se polarizaba poco a poco alrededor de las aspiraciones del antiguo partido popular, desorganizado por la persecución, sin jefes, sin orientación definida, salvo su oposición absoluta a los nuevos dueños del poder, y que, no obstante, resurgió inmediatamente como una amenaza para éstos y como la encarnación viva de todas las aspiraciones confusas de mejoramiento que latían en el seno de las diversas clases romanas. Había sido vano el empeño de Sila y sus seides en mostrar a los caudillos de la democracia como una cuadrilla de bandoleros sanguinarios y rapaces; inútil y contraproducente el propósito de hacerlos aborrecibles eternamente en la memoria del pueblo. Rápidamente había juzgado éste la autoridad moral de sus nuevos mentores, y pasado el primer instante de confusión, volvía a aferrarse con mayor ahínco a la vieja esperanza. Porque el partido popular no había sido más que eso: una esperanza; y debía continuar en pie mientras no fuese substituida por otra nueva, ya que los pueblos no pueden vivir sin esperar. La nueva clase gobernante, absorbida por las exigencias de los intereses particulares, vuelta de espaldas al pueblo, al que consideraba solamente como materia de soborno, era incapaz de dar de sí una mística y no le ofrecía otra perspectiva que la continuidad de la opresión. Ni siquiera había sabido distraerlo con una política decisiva en el orden exterior, porque temía el engrandecimiento de algún caudillo militar, y así nuevamente permitía que Mitrídates, irritado por la no ratificación del tratado de Dárdanos, se armara ostensiblemente contra la República... ¿Cómo, ante ese espectáculo lastimoso, no resurgiría el recuerdo nostálgico del viejo Mario, que tenía tan vivo el sentimiento del honor

romano y que por dos veces había salvado a la patria? ¿Cómo no añorar los tiempos en que las asambleas populares, reunidas en el Campo de Marte, resolvían las situaciones de peligro en el sentido de la grandeza y de la gloria?

Nadie recordaba ya los errores, ni aun los delitos en que habían incurrido los antiguos caudillos del partido. Ni eran siquiera materia de discusión, porque, en el peor de los casos, habían sido ya suficientemente purgados. El *marianismo* se sentía purificado por la persecución sufrida y constituía un movimiento místico en que la vieja esperanza se tonificaba con el sentimiento del desquite y la convicción de constituir una fuerza incontrastable, dueña del futuro inmediato. Convicción contagiosa que era ya la mitad del triunfo y que sumó a sus filas todos los descontentos dispersos y las ambiciones apresuradas.

No tardó mucho en producirse el primer estallido de este estado de espíritu. Apenas muerto Sila, uno de los cónsules electos para el año 78 y, por consiguiente, de rancia procedencia oligárquica, llamado Marco Emilio Lépido, decidió hacerse intérprete de las aspiraciones populares y propuso abiertamente el restablecimiento de la anona, la amnistía de los desterrados y la restitución de las tierras a las ciudades itálicas despojadas por el dictador. Tal fue la agitación provocada en toda Italia por esta audaz propuesta, que el Senado, sin fuerzas para resistir, tuvo que acceder a las distribuciones de trigo, después de alejar con un pretexto al cónsul de la Urbe. Lépido reunió en Etruria un ejército para marchar sobre Roma, al mismo tiempo que Marco Junio Bruto reclutaba otro en el valle del Po. La insurrección fue vencida por acción del cónsul Cátulo y de Pompeyo. Pero la importancia que asumió y los personajes que en ella participaron dan una idea de la situación política en que se encontraba la república apenas terminada la dictadura.

En esos momentos agitados volvió a Roma un joven de veintitrés años, que ya había dado que hablar durante

la dictadura de Sila, por haberse resistido a una orden de éste, en el sentido de repudiar a su mujer, hija de Cinna. Cayo Julio César era sobrino de Mario, y esta circunstancia, unida al prestigio que le había ganado aquella acción, hizo que se volvieran hacia él las miradas de todos los que añoraban la época del anciano caudillo. Cuenta Suetonio que fue hablado para que participase en la insurrección de Lépido; pero que rehusó comprometerse, juzgando que el momento era prematuro para actuar, o acaso con el propósito de retardar la propia definición hasta tener un conocimiento exacto de la situación política. Se anunciaba ya en él, como se ve, en plena juventud, la equilibrada prudencia que caracterizaría toda su actuación futura y que no excluía la suprema audacia en las circunstancias decisivas: síntesis feliz de cualidades generalmente contradictorias que constituye la esencia de su genio. De inteligencia dúctil y agudísima, enriquecida por la frecuentación asidua de los filósofos y los oradores; dotado de una subyugadora elocuencia natural y de condiciones de simpatía en que la afabilidad del trato colaboraba con la gallardía de la apostura, no tardó en orientarse y buscar el éxito por el único camino que la camarilla gobernante, una vez abolida la potestad tribunicia, había dejado abierto a las ambiciones juveniles. Sin declararse francamente demócrata, acusó públicamente de corrupción a Cornelio Dolabela y a Cayo Antonio Ibrida, dos de los personajes más influyentes del régimen, lo cual le daba una oportunidad inmejorable para minar los cimientos de éste.

Pero no obstante la elocuencia del acusador, ambos fueron absueltos. Otros problemas distraían entonces la atención romana. Mitrídates se armaba en Oriente y ayudaba contra Roma a los piratas cretenses y asiáticos que infestaban el Mediterráneo, al mismo tiempo que Quinto Sertorio, antiguo caudillo de la democracia mariánista, había sublevado contra la metrópoli a las tribus ibéricas y amenazaba con la formación de un Estado independiente y enemigo, que ya tenía sus magistrados y su Senado y que había infligido derrotas a las legiones leales al mando de Metelo. La oportunidad no era fa-

vorable para la agitación política, que podía considerarse como complicidad con la traición, y así lo comprendió César en vista del resultado de sus campañas, por lo que decidió imponerse un retiro hasta que las circunstancias cambiasen. Hizo un viaje de estudio a Rodas, para perfeccionarse en la elocuencia en la escuela del célebre retórico Apolonio Malón, durante cuya travesía fue aprisionado por los piratas, librándose a cambio de un crecido rescate.

Si ha de buscarse una explicación al hecho de que la oligarquía, huérfana de apoyo popular, pudiese resistir la oposición tenaz de que era objeto, no ha de encontrarse sino en los errores provenientes de la ofuscación de sus adversarios. El partido popular atraía todas las esperanzas y los anhelos dispersos del pueblo romano; constituía realmente un estado místico de las masas, que implicaba la negación del régimen existente. Pero carecía de un jefe responsable, y esa misma sensación de su enorme fuerza latente perjudicaba en vez de favorecer su acción, pues estimulaba las tentativas audaces e inorgánicas como la de Lépido, destinadas a fracasar por su propia insensatez. No paraba en esto solamente la incapacidad de los caudillejos, herederos circunstanciales e indignos del gran animador del partido, sino que cegados por la ambición, el odio y la sed de venganza, habían llegado a identificar en una sola causa el triunfo de sus pasiones personales con la suerte de Roma, de tal modo que se consideraban autorizados a cualquier maniobra, siempre que tuviese por resultado satisfacerlas. Este estado de espíritu los llevaba directamente a traicionar a la patria, cometiendo el mismo crimen de los oligarcas anteriormente desterrados, en nombre de otros principios. Y así ocurrió. Al mismo tiempo que muchos antiguos demócratas, de los que más habían sufrido con la persecución silana —lo que explica su actitud, sin justificarla—, se enrolaban en el ejército de Mitrídates, que les prometía restablecerlos en el gobierno, Quinto Sertorio iniciaba, desde España, un entendimiento para una acción concordante con el enemigo tradicional del pueblo romano y recibía de él buques

y dinero. Con lo cual la bandera del patriotismo y del honor guerrero pasaba automáticamente a manos de sus adversarios y el gobierno se fortalecía con el aporte accidental de una gran masa de opinión patriótica, que se resistía a jugar el destino común en partida tan arriesgada. La crisis del año 77 se tradujo, pues, en el abatimiento del marianismo, cuyos hombres responsables no podían solidarizarse con los aventureros ofuscados y los traidores, y ello explica el viaje de César. La sagacidad de éste debió adivinar que el abatimiento sería pasajero, ya que la subsistencia del espíritu que animaba a la democracia estaba asegurada por el mantenimiento de su causa originaria, que era el gobierno oligárquico.

Capítulo VI: *Pompeyo, Craso, César*

"...*concussa fides, et multis utile bellum*" [6].

RESUMEN: Pompeyo en España — Mitrídates invade la Bitinia — Sublevación de los esclavos: Espartaco — Publio Licinio Craso — Consulado de Pompeyo y Craso — Restablecimiento de la antigua constitución — Proceso de Venes — Actuación de Catilina — Pompeyo obtiene el comando de Oriente.

Fortalecido exteriormente con tales errores, el Senado tuvo, no obstante, que transigir, conforme a la debilidad intrínseca del régimen, con la joven ambición de Pompeyo. Este general de treinta años era célebre ya por sus campañas victoriosas en Sicilia y África contra los restos rebeldes del marianismo, por cuya razón había merecido la privanza del dictador; y acababa de contribuir al aplastamiento de la insurrección de Lépido. Pero una vez vencida ésta, no licenció sus legiones y se puso a intrigar activamente para ser nombrado jefe de la expedición que debía enviarse a España, contra Sertorio. Según las reglas de promoción jerárquica establecidas por la constitución vigente, la pretensión era exagerada; el atrevido postulante no había desempeñado aún ninguna magistratura y ese comando exigía por lo menos un pretor. Consiguió su propósito, sin embargo. El Gobierno no estaba en condiciones de afrontar ningún conflicto con los árbitros de la fuerza armada y evitaba

6 Lucano, PHARS. I, 182-3.

provocarlos: tanto más cuando, como en este caso, los antecedentes del candidato parecían asegurar su lealtad al régimen. Pompeyo partió, pues, en auxilio de Metelo.

Al poco tiempo, estalló nuevamente, en el otro extremo del mundo romano, el latente conflicto asiático. De acuerdo con Sertorio, Mitrídates invadió la Bitinia, que había sido legada a Roma por testamento de su rey Nicomedes. Esta invasión se desencadenaba con los mismos caracteres revolucionarios que había presentado la anterior —como una insurrección del proletariado asiático contra sus dominadores—, y se veía ahora favorecida por la invocación de las reivindicaciones democráticas, enarboladas por los tránsfugas al servicio del enemigo. El Senado tuvo que abandonar la política de dilaciones en que se había arrastrado el problema de Oriente, retardando la aceptación de la herencia de Bitinia y despachando con promesas a las sucesivas embajadas, y envió un ejército al mando de Lucio Lúculo. César se encontraba en Rodas. Ante el grave peligro que amenazaba a sus compatriotas de Asia, el joven sobrino de Mario abandonó sus libros y, sobreponiéndose al extravío de sus correligionarios demócratas, se puso al servicio de la causa nacional. Juntó precipitadamente algunas milicias y desembarcó con ellas en la Caria, donde contribuyó a sofocar la insurrección que allí se iniciaba contra la dominación romana.

En el año 74 nuevas calamidades se abaten sobre Roma. Se inicia en el Sur de la península una sublevación general de los esclavos del campo, acaudillados por un hombre de genio, Espartaco. Y Marco Antonio, enviado en una expedición contra los piratas de Creta, es derrotado por éstos, desapareciendo así la resistencia romana en el Mediterráneo. Circunstancia que aprovecha Mitrídates, aliado de los cretenses, para recomenzar la guerra marítima, aislando a la metrópoli de sus provincias asiáticas y africanas, que eran, a la vez, sus centros de abastecimiento.

La primera consecuencia de esos desastres fue una

gran carestía de víveres. La agitación política encuentra fácil ambiente para cundir y estalla un motín en la ciudad contra el Senado, al que se culpa de todo lo que ocurre. Consecuente con su táctica habitual de ir a la zaga de los acontecimientos, éste, que nada había previsto, se ve obligado a ceder a la presión pública y ordena la adquisición de trigo en Sicilia para distribuirlo gratuitamente entre el populacho, con lo cual consigue aplacar a los insurrectos.

Pero la oposición contra el gobierno continúa, tanto más fuerte cuanto más se muestra éste débil e incapaz. La rebelión de los esclavos llena toda la península y Espartaco vence, uno tras otro, a los dos cónsules, que sólo han podido oponerle tropas bisoñas, ya que el grueso del ejército se encuentra repartido entre España y el Oriente. Un general de Sila, Publio Licinio Craso, considerado como uno de los hombres más ricos de Roma, es nombrado pretor para el año 71 y encargado de la guerra. De rancio abolengo aristocrático y dotado de excelentes prendas de inteligencia y voluntad, Craso habíase enriquecido con las proscripciones de la dictadura y con sucesivas especulaciones; pero su ambición no se limitaba a la posesión de bienes materiales, sino que aspiraba a emular el prestigio militar de su rival Pompeyo y al dominio del Estado. Después de una lucha encarnizada, y apresurada ex profeso para no dar tiempo a que aquél, vencedor ya de la insurrección española, viniera a quitarle la gloria de acabar con los rebeldes, Craso venció a Espartaco. Y las legiones de Pompeyo sólo colaboraron en la destrucción de un puñado de fugitivos, en número de cinco mil, restos de la última batalla.

La vuelta de Pompeyo victorioso debía mostrar claramente la debilidad intrínseca de la oligarquía gobernante, incapaz de oponerse, con sus argumentos legalitarios, a ninguna ambición que tuviera a su servicio una fuerza efectiva. Sin la solidez de un partido —porque carecía de otro propósito que no fuese el usufructo

del poder—; mera coalición de intereses a menudo antagónicos, era por sí misma anárquica: la cohesión fundada en aquel propósito sólo se sobreponía a sus intereses en los momentos de pánico. Resultaba tan evidente dicha inferioridad, manifestada en una política negativa y vacilante, que los mismos ambiciosos de su seno comprendieron pronto la imposibilidad de fundar un éxito durable en ese conglomerado sin alma y se inclinaron a favorecer las aspiraciones de la oposición, cada vez más fuerte y segura de su triunfo. El partido popular se restablecía poco a poco de la crisis del año 78 y purgado de aventureros y traidores, enarbolaba nuevamente su programa reivindicatorio de las instituciones democráticas abolidas por el dictador. César, ya de vuelta, empezaba a gozar de su prestigio de sobrino de Mario, realzado por su propio seducción personal, y había obtenido su primer triunfo con la elección para el tribunado militar. Consciente de esta situación política, Pompeyo —que había experimentado en carne propia, por la falta de auxilio durante su reciente campaña, la ineptitud del gobierno —se decidió a pedir el consulado con el apoyo y el programa del partido popular. Es de imaginar el revuelo que esta resolución produjo en Roma. ¡Pompeyo, el antiguo favorito de Sila, demócrata! Pero, a pesar de tales antecedentes, la democracia acogió con los brazos abiertos al nuevo adepto, ya que ella misma tenía mucho que hacerse perdonar. El primer paso dado por el general victorioso significaba una amnistía recíproca, un total olvido del pasado.

La pretensión de Pompeyo al consulado constituía una violación flagrante del *cursus honorum* establecido por la constitución. El candidato no había ocupado ninguna magistratura, no era siquiera senador. Previendo la resistencia que ello provocaría, olvidó maliciosamente licenciar sus legiones, mientras no tuviese su elección segura, a pesar de todos los obstáculos. Sabía la influencia decisiva del argumento, desde el ejemplo de Sila. Pero había de por medio la ambición de Craso, también victorioso de la insurrección

de Espartaco, con su ejército acampado a las puertas de Roma y decidido igualmente a no licenciarlo mientras no hiciese lo mismo su rival... ¿Qué ocurriría? El Senado agotó su capacidad de intriga para oponer ambición a ambición, a fin de anularlas mutuamente, según una política que le era habitual. Al cabo, el estado de opinión pública prevaleció sobre el ánimo de los pretendientes y llegaron a un entendimiento. Separados, habrían podido sucumbir; aliados, eran invencibles. Craso adhirió, como Pompeyo, al programa democrático, y mediante la popularidad del uno y el dinero y la influencia senatorial del otro, ambos conquistaron el consulado para el año 70. César se lanzó con decisión a la propaganda y pronunció fogosas arengas durante la agitación electoral.

Por singular paradoja, la realización del programa mínimo de la democracia romana, consistente en la anulación de las reformas constitucionales introducidas por la dictadura, debía ser obra de dos hombres de tradición opuesta al marianismo, durante el histórico consulado de Pompeyo y Craso. En ese año, en efecto, se aprobó, por moción del primero o de agentes suyos, el restablecimiento del poder tribunicio, el restablecimiento a medias de los antiguos tribunales ecuestres, aunque aumentados con un tercio de senadores, el restablecimiento de la censura, la amnistía para los sobrevivientes de las guerras civiles y el arrendamiento de las rentas; con lo que se satisfacían antiguas aspiraciones del partido popular y se restablecía casi por completo la constitución de Cayo Graco. Pero si bien estas medidas debilitaban más aún a la clase senatorial, que debió aceptarlas, no por ello dejó ésta de tener en sus manos la mayoría de los resortes públicos y administrativos. Además de conservarse intacta la composición del Senado, sus miembros contaban con dinero abundante para corromper oportunamente a las cambiantes multitudes electorales de la Urbe, cuando había fuertes intereses en juego y se obtenía la prescindencia del dictador eventual de la opinión pública.

Es característico de esta época de la política romana el auge de los clubes o comités políticos, especializados en la industria venal del sufragio y, por consiguiente, instrumentos de gobierno indispensables para la oligarquía, huérfana de entusiasmo, pero dueña de los medios financieros. Ni siquiera la democracia, cuyo programa suscitaba la simpatía de las masas populares, podía prescindir de esos empresarios. Y solamente el prestigio de Pompeyo, ayudado por los caudales de Craso, lograba prevalecer sobre la sabia organización del soborno instituida por la camarilla gubernamental. Así se votaron las reformas del año 70.

La actitud de Pompeyo en estas circunstancias define su carácter. Dueño de la fuerza armada, sólo la utiliza para imponer una violación de la ley en provecho propio, después de lo cual licencia a sus legiones y se somete. No advierte la necesidad del cambio profundo que la situación aconseja y cuya condición es el abatimiento completo de la oligarquía, mediante la ruptura de la legalidad favorable a ésta, que impedía la realización de otras reformas de mayor importancia práctica. Ninguna medida le inspira la situación de los campesinos itálicos, la corrupción de las costumbres, el desenfreno de la usura, ni el cáncer social que significaba la multitud famélica del Foro, a la que, como el resto de los políticos, considera simple elemento electoral, sobornable por la puja de la anona. No hay en él —gran soldado, por otra parte— el temperamento del reformador social o del político idealista. En realidad, el orden policial y la apariencia de jerarquía legítima implicada en el predominio del Senado lo satisfacen, mientras no se opongan a su ambición. Es un conservador, un hombre de orden. Pero al mismo tiempo, aspira a ocupar las primeras posiciones en el Estado y su anhelo de popularidad lo lleva a hacer suyo el programa de la democracia, en tanto que no signifique una revolución en el orden de cosas establecido. Las reformas que impone no tienen otro alcance que el de actitudes demagógicas tendientes a afirmar su propio prestigio; y las

impone dentro de la legalidad, a cuyo mantenimiento se aferra como miembro nato de la clase gobernante. Por lo demás, nada hace contra los privilegios conquistados por ésta durante la dictadura, nada que pueda implicar trastornos económicos o cambio del personal político, como la devolución de los bienes confiscados a los hijos de los proscriptos y la derogación de la ley que les impedía el acceso a las magistraturas. Político profesional, hábil para navegar entre dos aguas, sólo guían sus actos, como ocurre con Craso, el interés y la ambición personal. Y los senadores más sagaces adivinan, desde el primer momento, que no obstante sus alardes de independencia, está destinado a ser, como lo será más tarde, el defensor obstinado de la oligarquía.

Pero a pesar de estas limitaciones de su jefe accidental, con las que debió contemporizar la exquisita prudencia de César, el partido democrático, tonificado por sus triunfos, prosiguió activamente su campaña contra el régimen, aprovechando todas las oportunidades que se le presentaban. El punto más débil de sus adversarios era la venalidad, y, en este sentido, se dirigió principalmente la propaganda. Los primeros censores elegidos bajo la influencia de Pompeyo, después del restablecimiento de dicha magistratura, habían eliminado del Senado a algunos amigos de Sila, entre ellos Cayo Ibrida, acusado antes sin éxito por César. El proceso de Verres ofreció en seguida un nuevo motivo de agitación. Este miembro conspicuo del partido conservador había cometido toda clase de depredaciones durante su gobierno en Sicilia, según la costumbre arraigada en la impunidad que implicaba la composición de los tribunales encargados de juzgar a los magistrados. Marco Tulio Cicerón, joven abogado de Arpinio que había alcanzado renombre durante la dictadura por el proceso de Sexto Roscio, tuvo a su cargo la acusación. Durante un tiempo consiguió el Senado dilatar la vista de la causa. Pero fue tal la presión de la opinión pública, hábilmente dirigida por los jefes de la oposición, que no sólo debió aquél seguir el proceso, sino que mostró claramente que no

se atrevería a beneficiar al acusado con una absolución escandalosa. Antes de arrostrar la indignación que estallaba en las calles, prefirió sacrificarlo. De tal modo que, convencido de su destino de chivo emisario expiador de todas las culpas de su clase, Verres se apresuró a expatriarse voluntariamente, sin esperar la segura condena. El alegato de Cicerón fue una obra maestra de crítica social, que ponía al desnudo toda la corrupción del sistema.

Pompeyo había abandonado el consulado con su prestigio muy disminuido y poseído de una aspiración que constituía en él una idea fija: suplantar a Lúculo en el mando del ejército de Oriente. Pero el momento no era oportuno. Lúculo se había mostrado como un gran general. Había invadido el Ponto, conquistado la Armenia y proseguía su avance victorioso. Por otra parte Craso, siempre receloso del engrandecimiento de su aliado político, se oponía ahora a sus proyectos. Esta lucha interna paralizó algo la acción del partido. Fue aprovechada, no obstante, por César para aumentar su prestigio personal, obscurecido por la proximidad de tan prominentes figuras. Elegido cuestor para el año 68, tuvo el coraje de levantar en el Foro, con motivo de los funerales de la viuda de Mario y entre el clamor conmovido de la muchedumbre, el busto del antiguo vencedor de los cimbrios y teutones, cuyo recuerdo estaba proscripto bajo las penas más severas por las leyes aún no abolidas de la dictadura. El origen silano de Pompeyo y Craso había vedado hasta ese momento intentar la rehabilitación del héroe del partido. Con aquel acto, que ninguno de sus rivales se atrevería a objetar, el joven caudillo recuperaba una fuerza de orden moral: restablecía la mística de la democracia, restituyéndole, mediante el orgullo de su tradición, su verdadero sentido, olvidado más de la cuenta por las alianzas circunstanciales y las exigencias de la acción inmediata.

Entre la terminación de la dictadura y la condena de Verres han pasado diez años tumultuosos de guerra

interna y externa, con las consiguientes angustias económicas, y de transformaciones institucionales y políticas. Durante ese tiempo, el gran Pompeyo ha añadido a su prestigio militar bien ganado la aureola de su consulado reciente; y aunque hostilizado, al término de éste, por las ambiciones rivales de la suya, sabe que su estrella, momentáneamente obscurecida, no ha cerrado su ciclo y espera agregar nuevos laureles a su gloria y dar mayor extensión a su poder. Tiene ya cuarenta años y la ardorosa petulancia juvenil del lugarteniente de Sila se ha convertido, por congelación, en egoísmo y cálculo del consular, que conoce la voluptuosidad del mando y el halago del éxito. César también se ha transformado. Al doblar el cabo de la treintena, el rumbo de su ambición se ha definido; sabe ya, pues lo dirá pronto, que es mejor ser el primero de una aldehuela que el segundo en Roma; lleva sobre su corazón la sombra de la estatua de Alejandro, cuya vista le provocó una de esas crisis juveniles de lágrimas en que se definen los altos destinos, y su prudencia innata, servida por las más fuertes dotes de la inteligencia y del carácter, se ha afinado con una larga experiencia de hombres y situaciones y se ha enriquecido con el estudio constante de las ciencias humanas y divinas. Craso, por su parte, ha aumentado sus caudales y tiene por deudores a los principales personajes de la Urbe, con lo cual se satisface su avaricia, pero no su ambición de gloria. Quiere el proconsulado, el mando de grandes ejércitos, el triunfo.

Mientras tanto, ¿qué ha hecho Catilina? La historia nos ha conservado pocos datos de esta época de su vida, en la que su destino parece desarrollarse según las reglas comunes a los demás personajes de su clase. Sabemos que combatió en la guerra de Macedonia a las órdenes de Marco Lúculo, desempeñando allí seguramente las magistraturas inferiores. Sabemos también que fue propretor en África durante el año 67. De acuerdo con las leyes, formaría parte del Senado a partir del desempeño de la cuestura, es decir, después de haber cumplido los treinta y tres años. A los

cuarenta, se encuentra en condiciones de aspirar al consulado. ¿Qué participación tuvo en las revueltas internas de Roma después de la dictadura? ¿Permaneció en su patria, o viajó por las metrópolis de Oriente, según el itinerario obligado de los aristócratas que aspiraban a asimilarse el zumo de las viejas culturas?... Nada sabemos de todo esto. La versión inmortalizada por sus enemigos sólo nos habla de su vida crapulosa. Pero no puede disimular un hecho que constituye la clave de su personalidad y que compensa la falta de noticias ciertas y las calumnias: su influencia sobre la juventud, de la que es caudillo indudable. Cuando aparece en el primer plano de la política de Roma, Catilina es jefe de un partido que no responde a ninguna de las directivas tradicionales, aunque contrae accidentalmente alianzas con los demócratas. La formación de un nuevo estado de conciencia es obra lenta y difícil. Resulta lógico, por consiguiente, suponer que la concepción del ideal y la prédica llenaron la mayor parte de esos años en que la vida de nuestro héroe no logra surgir a la superficie de la historia.

La derrota de Lúculo, ocurrida el año 67, provoca una nueva crisis, que señalaría el resurgimiento de Pompeyo con el logro de su obstinado propósito: el comando de Oriente. Los piratas han vuelto a adueñarse del mar, cerrando las rutas comerciales; sube el precio del trigo, el hambre amenaza a Roma y la multitud se amotina en las calles. El partido democrático acusa de estos males, no sin razón, al Senado, culpable de no haber proporcionado fuerzas ni recursos a los combatientes, y todas las miradas se dirigen hacia el vencedor de Sertorio, considerado, en virtud de una hábil propaganda, como el presunto salvador de la patria. No obstante los esfuerzos en contrario de la oligarquía, siempre temerosa del engrandecimiento de las figuras militares, peligrosas para el orden republicano, monarcas en potencia, el pueblo impone su elección. En medio de grandes tumultos, provocados por la obstrucción senatorial, que llega hasta el atentado

contra la vida del tribuno proponente, se vota la ley Gabinia y más tarde la ley Manilia. Por ellas se conceden a Pompeyo poderes extraordinarios, como no los ha tenido hasta entonces ningún general. Su autoridad, en lo referente a la prosecución de la guerra, será superior a la del mismo Senado. La experiencia de Lúculo ha sido aprovechada: en lo sucesivo, el jefe del ejército no dependerá de aquel cuerpo para obtener recursos. Pompeyo podrá tomar arbitrariamente de todas las provincias soldados, buques y dinero, sin excluir la misma Italia, que hasta entonces no había caído bajo los poderes del proconsulado militar. Y así armado, parte a la guerra. ¿Qué ocurrirá cuando vuelva victorioso, cubierto de gloria, con sus arcas llenas de oro y al mando de un ejército adicto y entusiasta?...

Capítulo VII: *Interregno*

"Superbia, invidia ed avarizia sono
le tre faville che hanno i cori accesi" [7].

RESUMEN: Pompeyo, dictador de la opinión pública — Actitud de Craso y César — La oligarquía, dueña de los comicios — Ideas políticas: Liberalismo, democracia, radicalismo democrático — Catilina y su partido.

De las perturbaciones del año 67 había surgido, sólidamente asentado en el entusiasmo popular y en la fuerza material que le daba el mando del ejército de Oriente, el prestigio de Pompeyo, ídolo del día. Era, sin duda, el dueño de la situación, y a su alrededor debía girar la política de las facciones enemigas. Su designación podía considerarse como un triunfo de la democracia, pues se había realizado contra la oposición, decidida o solapada, de los elementos senatoriales. Pero ante el hecho consumado, la actitud de éstos sufrió una profunda transformación. Conscientes de la imposibilidad de anular al general, trataron de atraerlo a su partido, mediante el halago sistemático de su conocida vanidad. Confiaban en sus antecedentes de legalismo y de indecisión: cualidades que hacían de él un mal menor para la causa oligárquica y útil, por consiguiente, para oponerlo a las ambiciones más peligrosas de Craso y de César. De este último,

[7] Dante, INF. VI, 74-5.

sobre todo, que no ocultaba su tradición marianista y que, a diferencia de Pompeyo, llevaría hasta las últimas consecuencias las reivindicaciones del partido, inclusive —pensaban con terror los senadores— en el capítulo referente a la devolución de los bienes confiscados a los proscriptos de la dictadura.

Si bien, para permanecer dentro de la corriente del entusiasmo público, los jefes de la democracia invocaban también el nombre de Pompeyo, como la gloria y el honor de su partido, no es menos cierto que debían mirar con recelo el engrandecimiento de un rival que nunca les pertenecería completamente. Sobre coincidir en el juicio que él les merecía con los miembros del Senado, sabían que su prestigio constituía un grave obstáculo para el éxito de las propias ambiciones, más definidas. De ahí que sus esfuerzos tendieran subrepticiamente a equilibrar su poder, sin dejar por ello de alabar sus méritos.

Colocado en esta situación envidiable, Pompeyo emprende su campaña de Oriente, sin pronunciarse por ninguno de los bandos que luchan en Roma; su política es ahora puramente personal. Además del poder efectivo de sus ejércitos, goza de una enorme popularidad, a la cual nadie osa oponerse. Sabe que Roma es, sobre todo, pompeyana. Y, por consiguiente, la voluntad presunta del ídolo del día, invocada por unos o por otros, es la que dicta la ley.

Para comprender la política del momento y, sobre todo, la actitud probable de César y Craso en circunstancias de la conjuración catilinaria, es necesario tener en cuenta esa situación especial, derivada de la popularidad del gran capitán. La democracia estaba aparentemente victoriosa, a partir del restablecimiento de las facultades tribunicias y la supresión de los tribunales senatoriales, además de las otras conquistas ya mencionadas; y acababa de afirmar un nuevo triunfo con las leyes Gabinia y Manilia. Pero estaba victoriosa con Pompeyo, por obra suya. Ahora bien, conocidos los antecedentes del general, era lógico suponer que

los progresos del partido no traspasarían el límite, ya alcanzado, de su propia ambición. Ni su origen, ni su pasado, ni su miopía política, ni su sospechoso silencio, lo señalaban como el candidato llamado a aplastar a la oligarquía. El partido estaba victorioso; pero entregado de antemano por su glorioso portaestandarte. Se temía que éste, ante las tentativas futuras de los herederos del marianismo, pusiera su prestigio y su espada de antiguo soldado de Sila al servicio del orden establecido, que satisfacía a su temperamento y su mentalidad.

Craso y César se encontraban en una situación extremadamente difícil. O bien debían resignarse a un papel subordinado de segundones de Pompeyo, sacrificando así las posibilidades de la democracia, sus planes políticos y sus respectivas ambiciones; o bien debían tratar de llevarlas adelante, adquiriendo ellos mismos el control de las masas y el poder militar. Para esto, resultaba indispensable proceder con suma prudencia. Debían evitar, sobre todo, un rompimiento ostensible con Pompeyo, que habría significado precipitar su adhesión al régimen. Porque, ¿cuál sería el poder efectivo de la democracia sin su principal caudillo, sin el jefe victorioso que entusiasmaba a las muchedumbres de Roma, que había dado a éstas sus últimos triunfos políticos y que ahora, en una extraordinaria campaña militar, extendía los confines del imperio, según la expresión ciceroniana, hasta los confines del infinito: *non terrae, sed coeli regionibus*?... Contra el peligro de su vuelta, que significaría el fortalecimiento del orden legal, era necesario prevenirse. El ambiente de conspiración que hubo durante su ausencia no tiene otro significado que el natural anhelo de la oposición por aprovecharla, llegando a la consumación de los hechos, es decir, a la instauración de un nuevo orden, antes de que Pompeyo tuviese oportunidad de intervenir.

Esta época de Roma fue seguramente, como todas las épocas críticas, una época de gran confusión inte-

lectual. El estado de anarquía social y política respondió, sobre todo, al influjo disolvente de la anarquía que reinaba en los cerebros. Hay momentos en que nadie se entiende, porque los problemas reales se esconden maliciosamente bajo la hojarasca oratoria y los directores de la opinión pública, en virtud de un acuerdo tácito, se traban en luchas sobre palabras, escondiendo al pueblo el único propósito que los guía y que es el usufructo del poder. Este fenómeno caracteriza especialmente a los Estados oligárquicos, en que la acción de los elencos políticos tiende a coincidir con los intereses de la clase dominante y a profesionalizarse en su servicio, por ser éste el camino más corto para el éxito. No importa cuáles sean los argumentos de la propaganda. Según soplen los vientos, se apelará a la soberanía popular, a la patria, al orden, a la honradez, a la libertad; pero la esencia de esa política será un crudo utilitarismo, en que no resultarán imposibles, sino corrientes, las componendas entre los adversarios más enconados, para repartirse las gangas del poder, a espaldas de la multitud, soberana irrisoria, burlada por sus favoritos. El testimonio de Salustio nos confirma que tal era la situación de Roma y que *"la simulación del bien público"* encubría los propósitos puramente personales de los aspirantes al gobierno.

Pompeyo y Craso, no obstante sus altas cualidades, eran políticos utilitarios, cuyas actitudes demagógicas no tendían más que al propio éxito. Tanto el uno como el otro carecían de ideal político y debían oponerse a toda reforma que no les fuese indispensable para aquel fin. En realidad eran conservadores satisfechos, el uno de su gloria, el otro de sus caudales. César, en cambio, poseía el sentido de la transformación que necesitaba la República, veía lejos en el porvenir; pero debía desenvolverse dentro de las circunstancias y aprovechar de la anarquía, que él no había creado, para obtener el control de la situación. Ninguno de ellos confiesa en este momento objetivos políticos definidos. La lucha está planteada sobre la mayor o menor extensión de la autoridad del Senado, que los populares, dueños eventuales de los comicios,

aspiran a restringir todo lo posible. Pero nadie, ni el mismo César, se atreve a traer todavía al debate los problemas de fondo, como la reforma agraria y la restricción de las deudas, que implicarían la destrucción del poder oligárquico, limitándose a propuestas de efecto, como la rehabilitación de los proscriptos, y a ataques contra las personas del partido contrario. No ha llegado para César el momento de romper ostensiblemente con Pompeyo, que ya mira con malos ojos el resurgimiento de la mística *marianista,* según lo hace sospechar su silencio de esfinge. Ni de perder el auxilio indispensable de los caudales de Craso, con quien igualmente es necesario contemporizar. En estas condiciones, la política debía tomar un cariz personalista, utilitario y negativo: mero problema de predominio de este o aquel caudillo en el Estado, con olvido de las exigencias reales del bien público.

Al estudiar la situación de Roma durante la ausencia de Pompeyo, se advierte que la actitud interesada de éste era la causa principal del confusionismo reinante. Cabeza visible de la democracia, ídolo del pueblo, tenía condenado a su partido a una inmovilidad contraria a su esencia. So pena de contrariar al general, la democracia debía permanecer satisfecha en la contemplación de su gloria y en el goce de las falaces conquistas institucionales que había obtenido bajo su jefatura y para su éxito exclusivo. No tardó en comprobarse el carácter ilusorio de esa soberanía popular. En cuanto partió Pompeyo para la guerra mitridática, *"la influencia del pueblo disminuyó y creció la de un pequeño número* —según palabras de Salustio—. *Magistrados, gobiernos, todos los honores eran para ellos; inviolables, llenos de ventajas, pasaban su vida sin alarma, y por el terror de las condenaciones, impedían a los otros ciudadanos agitar al pueblo".* Este resurgimiento de los conservadores se debió, sin duda, a la conciencia que adquirieron sus jefes acerca del estado en que se encontraba el partido popular, trabado por su problema interno; lo cual les permitió desplazar toda su capacidad de intriga, denunciando a Craso y César como rivales encubiertos del ídolo, y

todos sus medios de soborno, comprando los votos en los comicios. No es difícil que el mismo Pompeyo estimulara esta operación desde su campamento lejano. Fue en vano que César hiciera dictar una ley contra la corrupción electoral por medio del tribuno Calpurnio y que persiguiera con acusaciones a los antiguos silanistas. El partido conservador impuso sus candidatos en todas las ocasiones y las sanciones que imponía el texto de la ley expresada sólo se aplicaron a los enemigos del Senado. Alejado el prestigio popular de Pompeyo y el temor de la dictadura militar, que eran las fuerzas de la democracia, la oligarquía restableció su ley del soborno dentro de las mismas instituciones que habían significado el triunfo popular.

Pompeyo era un liberal típico. Aceptaba y propiciaba las reformas favorables a la masa de la población y que reanudaban la tradición republicana, rota por el silanismo. Esto no contradecía sus convicciones y convenía a sus intereses. Pero detenía el afán reformista apenas amenazaba destruir las libertades privilegiadas en lo económico, que constituían el fundamento del orden oligárquico. César, en cambio, era un demócrata y aspiraba a llevar la democracia hasta su última consecuencia, consistente en el aplastamiento de la clase privilegiada, mediante la creación de un poder personal que asumiera la soberanía del pueblo, apoyado en éste. Para el primero tenía más valor la conservación del régimen republicano que el principio de la soberanía popular. Para el segundo, al contrario. Sabía que la perfección del régimen republicano requiere la existencia de una clase gobernante consubstancializada con el bien público, de una verdadera aristocracia; y que cuando no hay tal, sino una oligarquía, las libertades se traducen en libertad de rapiña y explotación, se vuelven contra el pueblo, quien debe buscar un protector en el poder personal del caudillo, del dictador que erija.

Los principios del liberalismo —libertad, igualdad política—, que habían animado las primeras luchas de

la democracia romana contra el patriciado y en cuya virtud se había producido el acceso de los ricos al primer plano social, tuvieron nueva aplicación en la tarea de abatir las restricciones incorporadas por Sila a la constitución. Era natural, pues, que Pompeyo, César y Craso combatieran juntos. Tanto más cuanto que el segundo, demasiado imbuido de aristotelismo y de "régimen mixto", no advirtió seguramente en un principio cuál sería el resultado último de su acción. Pero la unión sólo debía durar hasta el momento en que el desarrollo natural de la democracia pusiera en peligro los intereses liberales: los intereses del régimen republicano y de su oligarquía dirigente. Ésta ha aceptado el liberalismo; ha cedido en lo político, a cambio de que se respeten sus privilegios (libertades) en lo económico. Ya en la época de referencia no se encontraba en el Senado sino un grupo muy reducido que suspirara por la vuelta a las antiguas restricciones; la mayoría se había adaptado al poder tribunicio y al sufragio universal, contra los cuales praticaba un *modus vivendi* a base de fraude, intimidación y soborno. El liberalismo, llegado al límite de sus aspiraciones, conservador de hecho, debía en este punto convertirse en el más eficaz aliado de la oligarquía, trocada a su vez en liberal principista. El orden establecido, esencialmente antipopular, se vivifica por un momento con el prestigio que le presta el origen y el vocabulario populares del liberalismo y ambos forman cuerpo contra las tendencias de la democracia, acusadas alternativamente de anárquicas, disolventes, antipatrióticas, dictatoriales, etcétera. Ésta, al cabo, arrojado el lastre del liberalismo, adquiere conciencia de su misión y se hace radical. Se hace radical con Catilina, a quien le cabe el honor de haber comprendido, acaso antes que César, la necesidad del cesarismo revolucionario.

Capítulo VIII: *Las tentativas legalitarias*

"...Insidias facere, ut si hostes sint omnibus omnes" [8].

RESUMEN: Influencia de Catilina sobre la juventud — Su programa — Situación política — La fórmula revolucionaria — Conspiración del año 65: coalición de las fuerzas opositoras — Fracaso de la tentativa — César edil — Rehabilitación de Mario — Proyecto de expedición a Egipto — Candidatura de Catilina — Elección de Cicerón — Moción de Rulo — Catilina y César.

En esos momentos de crisis económica y moral, de miseria y desorientación; en esos momentos obscuros en que el confusionismo deliberado de los políticos profesionales se confabulaba para ocultar las verdaderas causas del malestar social y encandilaba al pueblo con remedios ilusorios, y en que el mismo César debía contemporizar con los intereses creados de su partido, limitándose a una acción puramente demagógica y negativa, la aparición de Lucio Sergio Catilina produjo, sin duda, el mismo efecto de una ráfaga que aventa la niebla. No se había oído una voz más clara en Roma desde los tiempos de los Graco y que pareciera, como la de éstos, surgir de la entraña de esa pululante muchedumbre de Italia, que hasta entonces había sufrido en silencio el régimen de rapiña impuesto por los políticos de la Urbe en beneficio de los explotadores del

[8] Lucilio, fragmento.

trabajo rural. La propaganda se redujo en los primeros tiempos al círculo de los amigos íntimos del noble senador, que se fue ampliando gradualmente con el aporte de nuevos elementos, atraídos por su seducción personal y el calor persuasivo de su palabra. Fueron los jóvenes, como era de esperarse, los más sensibles a su influjo, por la generosidad natural del temperamento juvenil y por la falta de intereses creados con el régimen, y esta circunstancia originó su fama de corruptor, cuya inconsistencia se verá más adelante. Lo que parece indudable es la oportunidad de la prédica de Catilina, en momentos en que aquéllos sentían obscuramente el papel subordinado de comparsas a que los condenaba el funcionamiento rutinario de la máquina política, en manos de un núcleo reducido de profesionales de los dos partidos turnantes, empeñados en hacer prevalecer a toda costa la ley de la antigüedad y de los compromisos recíprocos sobre cualquier otra consideración de talento o eficacia. Un régimen en que las ambiciones legítimas, fundadas en cualidades sobresalientes, no tienen esperanzas de surgir sino a costa de claudicaciones y bajezas, es un régimen sofocante y que estimula la rebeldía natural de la juventud. Catilina indicaba la causa del mal y el camino de la liberación, y esto explica sobradamente su éxito, sin necesidad de recurrir a historias de proxenetas y gladiadores.

Pero no era tanto la esperanza del triunfo personal lo que estimulaba esa adhesión, cuanto el haber descubierto, en las palabras del caudillo, la empresa destinada a la generación que abría los ojos a la vida política: la reconstrucción de Italia. Las guerras civiles y las maniobras de los especuladores habían llevado al último extremo la penuria de las masas rurales, cuyos intereses no encontraban abogados en los dirigentes de la Urbe, por carecer aquéllas de influencia electoral apreciable. La política agraria de los primeros caudillos de la democracia no tenía ya objeto, desde que el trabajo del campo había cesado de ser productivo, parte por la especulación sobre los frutos, parte por las crecidas hipotecas que pesaban sobre las tierras; y era

continuo el éxodo de los pobladores de la campaña, desposeídos por sus acreedores, hacia la ciudad, donde constituían un elemento de perturbación. Según el derecho hipotecario antiguo, al vencimiento de la hipoteca, cualquiera fuese su monto, el deudor moroso podía ser arrojado de su tierra. Como no había límite del interés, rara vez el producto de las cosechas alcanzaba para liberar al deudor, y de este modo se consumaba constantemente el traspaso de los bienes gravados a manos de las grandes empresas hipotecarias, quedando reducidos a la servidumbre los antiguos dueños. La situación de los pequeños y aun grandes propietarios rurales, que habían tenido forzosamente que endeudarse durante las crisis provocadas por la guerra, era así desesperada y debía aprovechar naturalmente a los dueños del poder financiero. Al mismo tiempo, las masas proletarizadas y hambrientas de resultas de esas maniobras clamaban por un alivio de su situación, por pan y alojamiento a costa del Estado. Estos problemas exigían una solución inmediata. Pero ni los políticos de la oligarquía usufructuaria, que congregaba a los grandes acreedores y capitalistas, los remediarían en contra de sus intereses, ni los políticos de la democracia se atreverían a comprometerse en un juego peligroso, que podría hacerles perder las crecidas subvenciones con que contaban para la propaganda y los comicios.

Catilina lanzó la fórmula revolucionaria: *"Abolición de las deudas"*. Y un solo clamor le hizo eco en toda Italia. Con esa fórmula decidió presentar su candidatura al consulado para el año 64. Contaba para ello con su partido de jóvenes; con los antiguos legionarios de Sila, que habían perdido o estaban a punto de perder, en las garras de los usureros, sus posesiones de las colonias militares, y con el concurso eventual de grandes masas de opinión. Pero la oligarquía se apresuró a esgrimir contra él una querella por concusión referente al gobierno de África y su nombre fue borrado por el Senado de la lista de candidatos, en la que legalmente no podía figurar nadie que tuviese un proceso pendiente.

Los dueños de la situación comprendieron inmediatamente el peligro que significaba la aparición del nuevo caudillo en la escena política: de ahí su precipitación por anularlo. Catilina era dueño de una fuerza que hasta entonces nadie se había atrevido a usar y que residía en su falta de vinculaciones con los intereses del régimen, lo cual permitíale denunciar claramente sus lacras. Igualmente ajeno a los dos grandes partidos que dividían a la opinión, su palabra y su actuación no debían sujetarse a las consideraciones oportunistas que trababan a los caudillos de la democracia. De ésta lo alejaba su procedencia silanista; de los conservadores, herederos de la dictadura, la experiencia que había adquirido en su frecuentación, relativa a sus hábitos rapaces, a su falta de sentido del bien público, a su cobardía, a su mezquindad. El antiguo soldado de Sila habíase rehusado a entrar en la camarilla usufructuaria del régimen, respondiendo con un gesto de repudio a la desconfianza que aquélla mostraba por las figuras comprometedoras de quienes les habían devuelto el gobierno con su esfuerzo desinteresado, y se había resistido igualmente a secundar el cambio de frente oportunista de un Pompeyo o de un Craso. Su carrera política se desenvolvió, seguramente, dentro de esa independencia, favorable al éxito cuando se cuenta con amistades y con clientela y se tiene el cuidado de esconder las intenciones y de aprovechar todas las oportunidades. Así había llegado al Senado y al umbral de la más alta magistratura. Durante el desempeño de los cargos inferiores, su inteligencia eximia, reconocida por sus peores adversarios, había analizado uno a uno los males de la República y había concebido igualmente los remedios. Sabía que era necesaria una revolución, no una substitución de partidos, ya que tanto los conservadores como los populares eran ruedas del mismo sistema. Y se propuso ser el caudillo de esa revolución.

La democracia, momentáneamente abatida, según se ha visto, por su conflicto interno y por la política moderada a que la obligaba el fantasma de Pompeyo, sintió como un espolazo la prédica de Catilina, que

hacía revivir el recuerdo glorioso de los Graco y de Mario y despertaba en sus entrañas el instinto olvidado. ¡Allí estaba su programa, allí el triunfo!... César fue seguramente el primero en comprender que la situación había cambiado y que esa aparición hacía imposible la continuación de la política negativa en que estaba empeñado su partido. Las masas de Roma no reaccionarían eternamente ante las vagas fórmulas demagógicas con que se las había entretenido hasta entonces. Había que darle a la acción un sentido concreto. Y no podía ser otro que el indicado por la propaganda catilinaria. Roto por ésta el pacto tácito que vedaba a la propaganda política la consideración de ciertos problemas, el instinto vital de la democracia tenía que sobreponerse a los cálculos oportunistas. A riesgo de ser copada por Catilina, debía seguirlo. Oponerse a él, habría sido desnaturalizarse, conspirar contra la propia tradición, contra la propia esencia. Esta convicción y el deseo de aprovechar los nuevos aportes de opinión para realizar el esfuerzo supremo contra el peligro de Pompeyo, inspiraron, sin duda, la alianza de todas las fuerzas opositoras en la conspiración del año 65.

En el mes de junio de ese año empezó Catilina, ayudado eficazmente por Cneo Pisón, a hablar a sus amigos de un plan revolucionario que tendría realización el primero de enero del año siguiente, día en que los cónsules designados debían iniciar su mandato. Estos cónsules, Lucio Aurelio Cota y Lucio Manlio Torcuato, habían sido elegidos en virtud de una de las maniobras en que era maestro el partido conservador, el cual, para imponer a sus candidatos, no había trepidado en anular, con el pretexto de corrupción electoral penada por la ley Calpurnia, otra elección anterior ganada por sus adversarios. La ley mencionada sólo se aplicaba a los enemigos del Senado.

El plan de los conjurados, que contaba con el auspicio de César y de Craso, consistía en asaltar ese día la Curia con las armas en la mano e imponer por la fuerza a los cónsules electos en la primera elección y

que estaban asimismo al corriente del plan, Publio Austronio y Publio Sila. Después de lo cual, Craso sería elevado a la dictadura constituyente para aplicar el programa catilinario y César sería nombrado jefe de la caballería, cargo que significaba la lugartenencia del dictador. Cota y Torcuato debían ser muertos en el acto, como también algunos senadores que podían significar un peligro grave para el éxito de la tentativa.

Catilina se había preocupado de respetar todos los preceptos: se trataba de dar un golpe "legalitario", que no chocara con los escrúpulos constitucionales de la opinión romana. La imposición a mano armada de los cónsules electos contaba en su favor con el argumento del respeto a la voluntad de los comicios, burlada por la maniobra oligárquica que había decretado su nulidad. La implantación de la dictadura *constituendae causa* era asimismo legal y jusificada por el estado general de los negocios en Roma. El propósito de elevar a la dictadura a Craso, no obstante ser éste un segundón en política, se debía a que las leyes romanas exigían para ese cargo la jerarquía consular y César no había llegado aún en el *cursus honorum* más que a la cuestura. Catilina había sido pretor y propretor. Pero estaba, según hemos visto, acusado de concusión y esperaría seguramente el resultado de su proceso, favorable, desde luego, si el golpe triunfaba.

Fácilmente se advierte que este triunfo habría beneficiado en primer término a los jefes demócratas. Con la dictadura y el poder militar consiguiente habrían obtenido lo que anhelaban: una fuerza suficiente para equilibrar la de Pompeyo. Esta perspectiva fue, sin duda, la que decidió a Craso a intervenir en un plan cuya finalidad visible no podía halagarlo, ya que él era el primer acreedor de Roma. El proyecto fracasó a última hora por indecisión de algunos de los conjurados, postergándose hasta el 5 de febrero, en que tampoco pudo consumarse. Se habían transparentado los propósitos de sus autores y el gobierno estaba sobre aviso. Aunque los cónsules propusieron algunas medidas enérgicas de represión, éstas fracasaron por el veto

de los tribunos, ganados a la causa revolucionaria, y por la influencia de Craso, quien se empeñó igualmente en el envío de Cneo Pisón, con poderes pretorianos, a la España citerior. Este último era enemigo de Pompeyo y, por consiguiente, aliado natural del que aspiraba a suplantarlo en el poder y merecedor de su ayuda incondicional.

Durante todo el año 64 se acentuó la agitación democrática. La alianza secreta entre el partido popular y Catilina se mantuvo, como lo demuestra el hecho de no haber presentado éste su candidatura consular para el año siguiente, a fin de no obstaculizar la elección de Lucio César, pariente e instrumento político del futuro conquistador de las Galias. Julio César, por su parte, obtuvo el mismo año la edilidad curul, cuyo fastuoso desempeño acrecentaría notablemente su prestigio entre las masas. Dio grandes fiestas populares y prosiguió en su propaganda tendiente a rehabilitar el recuerdo de Mario, cuya fuerza moral juzgaba inapreciable para tonificar el ánimo de su partido. A tal efecto hizo levantar a su costa, frente a la Curia, la estatua y las insignias de los triunfos obtenidos por el gran caudillo en la guerra contra los bárbaros. El Senado se escandalizó y desató una campaña de calumnias contra el joven demagogo; pero no se atrevió a derribar los trofeos, que habían sido arrasados por Sila bajo severas penas, aún vigentes, contra quienes intentaran restablecerlos.

Siempre con el propósito de obtener el poder militar que ambicionaban sus jefes, además de los recursos de una región rica, la democracia intentó igualmente el año 64 llevar la guerra a Egipto. El general de esta expedición sería César, según una versión; Craso, según otra, más probable, por la mayor jerarquía de éste. La tentativa fracasó por la oposición del Senado. César, entonces presidente del tribunal en lo criminal, se desquitó con una enérgica persecución contra los antiguos seides de Sila, Balieno, Luscio y otros fueron condenados. Catilina, en cambio, absuelto. Resultado

que, sin duda, estaba convenido de antemano entre el acusado y el juez. No es difícil, en efecto, que el proceso haya sido promovido por el mismo Catilina, para verse libre de imputaciones que obstaculizarían sus planes políticos. La propaganda de los últimos tiempos, especialmente la de César, había formado una sólida conciencia pública contraria al recuerdo de Sila y que se enternecía con la memoria de su ilustre adversario. Lo que no ofrece dudas es que el proceso no enfrió las relaciones de César y Catilina. El primero sostuvo al segundo con sus votos y con su dinero y el de Craso para las elecciones consulares del año siguiente.

Catilina no hacía secreto de sus propósitos en las conversaciones que sostenía continuamente con sus amigos. El primer punto de su programa consistía en la abolición de las deudas; el segundo, en una reanudación del sistema de las proscripciones aplicado a los plutócratas más culpables. Anunciaba así claramente el carácter revolucionario de su candidatura, cuya finalidad consistía en el aplastamiento de la oligarquía senatorial. Es probable que el propósito de erección de una dictadura constituyente continuara en pie. Para prevenir la reacción armada de los desalojados del poder, Cneo Pisón se levantaría inmediatamente en España, Publio Sicio en Mauritania y al norte los galos traspadanos, aliados tradicionales de la democracia y clientes de Craso. Seguramente se contaba con César para el comando de las legiones que inmediatamente se formarían.

Los oligarcas habían caído en el mayor de los desprestigios. Incapaces de imponer por sí mismos una candidatura frente a la de Catilina y aprovechando la división latente en las filas populares, buscaron un entendimiento con la facción moderada de este partido y proclamaron a Marco Tulio Cicerón, detrás de cuyo nombre se volcó el pánico de los que tenían intereses materiales que defender y de sus clientelas. El candidato era un *hombre nuevo*, un latino de Arpinio, con recientes derechos a la ciudadanía, y los aristócratas tenían que sobreponerse, para aceptarlo,

a sus más arraigados prejuicios; pero ante el peligro, dice Salustio, *"la envidia y la soberbia callaron"*. Habíase hecho célebre en la corriente democrática, persiguiendo a los personajes más corrompidos del Senado; era el acusador victorioso de Verres. Sin embargo, las modalidades de su temperamento y su condición de abogado, que lo mantenía al servicio de los intereses financieros, lo inclinaban a una política conciliadora con los hombres de la oligarquía. Poseía, pues, todas las condiciones del personaje de transacción. Los pompeyanos debían votarlo en su mayor parte y esto constituía una garantía segura de éxito.

Como era de esperarse, esa maniobra derrotó nuevamente a Catilina. Al mismo tiempo, se recibió en Roma la noticia de que Cneo Pisón, con quien se contaba, había sido asesinado por caballeros españoles instigados, según se murmuraba, por Pompeyo. El fracaso de Catilina significaba, asimismo, el fracaso de las ambiciones de Craso y César frente al dueño del poder militar.

Sin embargo, éstos no cejarían en el propósito de adquirir el control del Estado, como lo demostró la moción de ley agraria presentada por el tribuno Publio Servilio Rulo el 10 de diciembre del 63, día de la asunción de sus cargos por los tribunos del pueblo. Se trataba de fundar en Italia nuevas colonias agrícolas, según un plan complicado de financiación. Pero la substancia del asunto residía en la creación de un colegio de *decemviros* para ponerlo en práctica, quienes permanecerían en sus cargos durante cinco años, tendrían jurisdicción e *imperium* especial y, por las formas de elección que la ley establecía, debían reclutarse necesariamente en las filas de la democracia. Las facultades que se les adjudicaban los convertirían necesariamente en una fuerza suficiente para balancear el poder de Pompeyo, desde que intervendrían en la recaudación de las contribuciones y el botín de las provincias que se encontraban bajo el mando de éste y tendrían a su disposición un ejército. La oratoria de Cicerón triunfó sobre

el proyecto. No hubo necesidad de veto, pues Rulo retiró su moción antes de que fuese rechazada.

En esta época, inmediatamente posterior al fracaso de la segunda tentativa catilinaria, hay un cambio evidente en las relaciones de Catilina con César. La situación política de este último ha mejorado y las circunstancias lo convencen de la necesidad de moderarse. Su popularidad entre las masas ha ido en aumento; posee ya el control de su partido; no teme tanto hacer una figura secundaria. Ha sentido el sabor del fracaso y se inclina a una política más prudente. Conoce la popularidad de Pompeyo y no se empeña a estrellarse contra ella; pero también sabe la fragilidad de ese prestigio enorme y se resigna a esperar que se deshaga solo. Ya es un político completo. Ya ha aprendido el valor del tiempo. Seguirá, pues, probablemente con simpatía, la acción de Catilina, pero sin complicarse en ella hasta el extremo de comprometer su propio futuro, que vislumbra ahora claramente.

Capítulo IX: *La elocuencia al servicio del dinero*

"Scilicet ingenuas didicisse fideliter artes,
emollit mores, nec sinit esse feros" [9].

RESUMEN: Carácter de Cicerón — Los abogados y la política — Los hombres de letras y la política.

Ya está en el consulado el burgués de Arpinio a quien las circunstancias deparan una actuación tan afortunada, y a su alrededor se agrupan todos los intereses vinculados con la permanencia del régimen. Mientras la propaganda revolucionaria agita las calles y los campos de Italia, él encara la situación como un pleito entre la república y la anarquía y prepara todos sus argumentos retóricos para arrojarlos a la cabeza de Catilina, cuando llegue el momento. La oligarquía le ha encomendado su defensa. No dejará mal a su cliente.

La versión tradicional sobre la conjuración catilinaria —versión que huele a pedantería de gabinete, humedad, polilla y reuma— se empeña en mostrar a Cicerón como un ejemplo de patriotismo y de valor moral. Es el salvador de la patria, el héroe cívico por excelencia. Pero esa versión ¿es aceptable? La moral del político, del hombre de Estado, supone convicciones sobre la finalidad del gobierno, sobre el bien público, y una acción adecuada a las mismas. Podrán disimularse cuando las circunstancias lo requieran, pero deben necesariamente

9 Ovidio, Ep. Pont., II, IX, 47-8.

existir. En el caso de Cicerón no se encuentra nada parecido; toda su actuación sinuosa, contradictoria y vacilante, parece conducida por un mero propósito de figuración personal. Tanto cuando acusa en Verres los vicios de la oligarquía, como cuando defiende a ésta contra Catilina, es nada más que el abogado, fiel a los intereses particulares que se ha comprometido a patrocinar. Y así, en todo el curso de su larga biografía. Inicia su actuación con el proceso de Sexto Roscio, como opositor *consentido* de la sanguinaria dictadura, que no toleraba ninguna oposición verdadera, lo cual significa que se había asegurado previamente el beneplácito del amo de Roma. Poco más tarde se convierte en el apologista e instrumento de la política de Pompeyo, quien subvenciona los gastos de su edilidad rural. Amigo de Catilina, está a punto de defenderlo en su proceso administrativo para conseguir su ayuda en las elecciones, según lo confiesa en carta a Atico, no llegando, probablemente, a consumar este proyecto porque el retiro de la acusación que Clodio mantenía contra aquél hizo innecesaria la defensa; lo que no le impide entrar inmediatamente en tratos con el Senado y sostenerlo, como veremos, contra la insurrección. Cuando la vuelta de Pompeyo —y seguramente por error de cálculo—, se declara contra éste, para volver a elogiarlo —acaso por el mismo motivo— durante la segunda guerra civil, en que sigue la suerte de los republicanos después de Farsalia. A pesar de haberlo combatido a César, obtiene su perdón, y lo exalta luego, con olvido de toda mesura, desde la tribuna de las arengas y en el Foro; ello no obsta para que apruebe el asesinato de su amigo y protector, después de los idus de marzo. Las circunstancias de su muerte, que emocionan a sus apologistas, son más desgraciadas que heroicas. No hay en ella el menor asomo de sacrificio por el ideal republicano, desde que toda opción era ya imposible. Habiéndose pronunciado por Octavio contra Antonio, fue incluido en las listas comunes de proscripción después del entendimiento de ambos. Quedó así desamparado, sin que su flexibilidad, ni sus argumentos, ni su estilo, le sirvieran de

nada frente a la nueva escuela política. ¡Había cesado el prestigio de las togas!

Al servicio de todas las causas que defendió puso su maravillosa elocuencia. Pero su moral fue siempre la del abogado, que se preocupa de servir al cliente más que de la verdad; que busca el argumento de efecto, más que el justo; que lo subordina todo a los intereses accidentales de las personas o banderías que tiene bajo su patrocinio. ¿Cuáles eran sus inclinaciones reales, sus simpatías y antipatías? Cuando las posee, el abogado, para no traicionar su misión, debe disimularlas. Su misión consiste en alquilar su corazón y su inteligencia a quien los solicite, haciéndoles vestir el ropaje de la situación, alquilado también en la utilería de los sofismas y de la retórica. El mismo Cicerón, en una confesión que sería cínica si no fuese ingenua —verdadero grito del alma—, ha escrito en este sentido su propia lápida en una de sus oraciones: "*Os engañáis* —dice— *si creéis encontrar en nuestros discursos la expresión de nuestras opiniones personales; son el lenguaje de la causa y de las circunstancias, no el del hombre y el orador*". ¿Quién de sus enemigos habría sabido hacerle mejor justicia al insuperable maestro de la palabra?

Toda su política está regida por sus aspiraciones e intereses profesionales. Carecía de la vocación por el gobierno, del culto absorbente y exclusivo por la cosa pública. Su vanidad lo empujaba a los éxitos del Foro; las tendencias profundas de su temperamento a la vida contemplativa, al encierro en su biblioteca y a la frecuentación eventual de círculos selectos, capaces de disertar sobre las reglas de la retórica y las opiniones de los filósofos. Pero era hijo de una familia obscura y los méritos intelectuales no eran aún suficientes en Roma para conceder personalidad; para un Cicerón, el acceso a los círculos refinados exigía, como condición indispensable, el desempeño de los cargos curules. Obligado por las circunstancias, se dedicó así a la política, con el mismo espíritu que el abogado de nuestros días, cuando pretende los cargos electivos para dar lustre a su bufete

y obtener representaciones de empresas poderosas. La elección de partido fue, como era natural, resultado del cálculo. El camino de la notoriedad estaba entonces en la democracia, en la oposición. Dentro de sus filas se inició, pues, el joven *arribista,* hasta que su personalidad hubo adquirido volumen suficiente para merecer el interés de la oligarquía. Y apenas le abrió ésta un resquicio, se precipitó por él, justificando con argumentos brillantes, que nunca le faltaron, su cambio de frente. En realidad, allí estaba la meta oculta de sus aspiraciones, desde que era el partido de los intereses materiales, venero inapreciable de asuntos rendidores, y el de la sociedad refinada y fastuosa con que suspiraba el advenedizo provinciano. Para no disminuir ante los ojos de ésta, no había querido ser tribuno del pueblo: ahora tenía su recompensa. A partir de ese momento se convierte en el apologista del Senado —del Senado prevaricador, nido de traficantes y usureros envejecidos en las artes del lucro ilícito—, haciendo de su intangibilidad la condición indispensable de la salud pública y del mantenimiento de su poder la perfección de las libertades republicanas. El argumento, de corte acabadamente abogadil, en que funda su apología consiste en actualizar las glorias pretéritas, como si esa asamblea degenerada fuese la misma de los grandes días de la República. Identificado el esplendor de la patria con los privilegios del Senado, los enemigos de éste debían ser, por consiguiente anarquistas, ambiciosos sin escrúpulos, traidores y merecedores de la sanción capital. Bien sabía el acusador de Verres que eso no era verdad... ¡Pero qué *pathos*, qué arte, qué convicción pone al servicio de sus sofismas!

Con todo, era honrado. Mejor dicho, practicaba la moral profesional, y el resto en la medida no muy extensa en que resulta compatible con ella. Todo es relativo. Dentro del ambiente general de corrupción que se respiraba en Roma, hasta podría considerársele como un dechado. Tenía, por ejemplo, en alto grado la moralidad administrativa que le impidió enriquecerse con el desempeño ilegal de las magistraturas que ejerció. Le bastaba con los honorarios de sus defensas, que tradi-

cionalmente debían ser gratuitas, pero que él cobraba. En realidad, su pasión dominante no era el oro, sino la notoriedad, los honores, la "vida social" de los altos círculos, ilusiones que habrían alentado sus comienzos de obscuro burguesito provincial, sin urgencias materiales. Su familia gozaba de sólida posición económica. Nunca fue su problema el dinero, sino el linaje.

Si por hábito mental y adaptación moral Cicerón es un abogado, defensor de cualquier causa, su temperamento lo traiciona a menudo. El abogado nato es un hombre de acción, un hombre de lucha; él, en cambio, se inclina, según hemos dicho, a la vida contemplativa: es un abogado injertado en un hombre de letras. Mientras el primero se embriaga con el movimiento de la polémica y el choque de los acerados argumentos, la inteligencia del segundo, si bien adaptada a la situación, se detiene a menudo, quiebra el ritmo para deleitarse en el aliño de la propia retórica, como el guerrero que en mitad del combate se mirase al espejo en el bruñido escudo.

Naturaleza compleja, el gran orador une, al escepticismo moral que caracteriza a los pleitistas, la perversión de origen literario consistente en atribuir un excesivo valor a las condiciones intelectuales, a esa suma de valores naturales y adquiridos que constituyen lo que se llama hoy "cultura". Educado en las escuelas de retórica y las academias de Atenas, había recorrido asimismo, con fines de perfeccionamiento espiritual —como cualquier burgués rico de nuestros días, que viaja por las grandes capitales—, las ciudades del Asia Menor. Allí se había contagiado del espíritu reinante en la Grecia decadente, que consolaba sus desventuras políticas con el cultivo intensivo de los juegos de ingenio y que atribuía un valor supremo al arte de retorcer los argumentos y expresarlos en forma brillante. Perdida la tradición de la gran época clásica, de Platón y Aristóteles, caída en el escepticismo inherente a la diversidad de escuelas contradictorias y al abuso de la especulación intelectual, había derivado al culto inmoderado de la forma. Sus escuelas de retórica eran iglesias del sofisma donde se enseñaba a los fieles a demostrar, con ar-

gumentos de igual convicción, el pro y el contra de cualquier problema o pleito. El dominio de esas sutilezas constituía la sabiduría suprema, a la que todo lo demás estaba subordinado. Fácilmente se advierte que, transportada dicha sabiduría a la política, ésta se convertía en el arte de engañar brillantemente a los pueblos, por medio de gratos embustes. El bien común no tenía sentido, desde que se ignoraba qué era bueno y qué malo: lo esencial era dominar. Y este dominio por la inteligencia refinada tenía por lo menos la ventaja de dar a los cultos —es decir a los mejores, a los sabios— una posición de privilegio dentro del Estado.

Si bien Cicerón no adopta completamente estas máximas de decadencia y se aferra a Platón y Aristóteles, es innegable que se impregnó del intelectualismo vigente —decadente en sí mismo— y que en su fuero íntimo se inclinó a despreciar a la masa de sus rudos compatriotas. Las virtudes tradicionales de los romanos: el honor, el coraje, la religiosidad, la sobriedad, habían sido relegados por él a un plano secundario, al mismo tiempo que se complacía en el refinamiento intelectual de los aristócratas que, como él, se habían nutrido de letras griegas, de humanidades. El hombre de letras ve en ellos su *público* obligado, que sabrá apreciar al detalle sus facultades retóricas y aquilatar el arte con que coloca en el discurso las figuras aprendidas. Son sus pares en la cultura, los hombres en cuya sociedad podrá alternar y desempeñar el papel brillante que su vanidad le reclama. Si se piensa que gran parte de esos aristócratas refinados eran los herederos directos de los grandes soldados que habían hecho la gloria de Roma, se comprende fácilmente el celo que puso Cicerón al servicio del régimen que encarnaban. Verdad es que carecían de las antiguas virtudes, substituidas, casi en su totalidad, por los vicios opuestos. Pero poseían, a los ojos de aquél, un mérito que erróneamente, por mala conformación intelectual, consideraba equivalente, si no superior, y, en todo caso, más adecuado a los tiempos nuevos...

Esta alianza de la inteligencia advenediza con la plutocracia —pues no era otra cosa ya la antigua aristocracia romana— caracteriza a los regímenes oligárquicos. El dinero necesita cohonestar su predominio ilegítimo y se ampara en el aparato de la cultura. Es entonces cuando se exigen, para el desempeño de las magistraturas, ciertas cualidades que no son las más indicadas para el mando, sino las que convienen a los intereses de la clase dominante. Se dice, por ejemplo, que la *"verdadera democracia es el gobierno de los más ejercido por los mejores"*; pero se entiende por mejor no a aquel que posea las condiciones de voluntad, sana intención e inteligencia práctica que el mando exige, sino al dueño de un conjunto de nociones especulativas, de una "cultura general" que erróneamente se postula como indispensable. En los tiempos actuales, esa máxima significa implícitamente que el gobierno debe ser ejercido por abogados, es decir, por personas cuyos intereses profesionales los mantengan sujetos a la conservación de la plutocracia gobernante. Algo análogo ocurría en la época de Cicerón. Y así vemos cómo él mismo, en su segundo discurso contra la ley agraria de Rulo, emplea argumentos que fácilmente podrían ser reproducidos por un político de nuestros días. La "verdadera democracia" que allí postula no es otra cosa que la continuación del régimen oligárquico.

Al opinar así, Cicerón interpretaba las aspiraciones de sus "cultos" patronos. En éstos, el espíritu de sacrificio que había nutrido la grandeza romana se suplantaba por un mero afán de goce. Las máximas de Epicuro eran su ley. Los aristócratas no aspiraban a mandar ejércitos, sino a reunir caudales para construir sus villas llenas de fabulosas riquezas y marcharse al Asia. Eran humanitarios, refinados, pacifistas. Se acercaba el día en que, testimonio vivo de esa decadencia y escarnio del orgullo romano, el blando, el repelente Tibulo, cantaría su *"Quis fuit horrendos primus qui protulit enses?"*, que significaba renegar de toda la gloria antigua. Ya Cicerón se anticipaba a proclamar la primacía de la toga sobre la espada. Las nietas de los Claudios y de los

Dolabellas, por su parte, habían desertado de sus obligaciones de hogar: empezaban a alternar con los hombres, tenían salón abierto, eran amigas del arte. ¿Cómo no había de preferir el advenedizo de Arpinio el contacto de estos refinamientos al de la muchedumbre maloliente del Foro? Los prejuicios sociales se habían relajado, primero ante las consideraciones de fortuna, luego ante las de cultura. El acceso de los ricos a la alta sociedad y las alianzas con las familias patricias habían señalado una nueva época para la sociedad romana, que se convertía poco a poco en un centro brillante, abierto, comprensivo, flor suprema de civilización. Cicerón, que un siglo antes no habría podido atravesar el umbral de ninguna de aquellas orgullosas mansiones sino en el papel subordinado de cliente, era tratado como un igual por los nietos de los hombres que veneraba. ¿Cómo no había de estarles grato y poner a su servicio su maravillosa elocuencia, comprendida, aplaudida, admirada?

Pero esa civilización brillante no era más que el resplandor de un crepúsculo. Su trama estaba constituida por la corrupción moral, por la avaricia y la lujuria. Ya no "servía"; era una rémora y debía caer, como todos los privilegios no justificados. Es doloroso pensar que toda civilización entraña decadencia y que las flores más refinadas del espíritu sólo crecen sobre el lodazal tambaleante y fétido. Que un Cicerón, un advenedizo de moral acomodaticia, se convirtiese en el puntal más firme de la aristocracia romana, era el signo definitivo de la incapacidad y la decadencia moral de ésta. ¡Cómo se comprende la exclamación orgullosa de Catilina, cuando hace constar más tarde en el Senado que un Sergio era acusado de atentar contra la República y un Cicerón el llamado a defenderla!... Por su voz hablaría en ese momento la auténtica tradición de los creadores del vasto Imperio, que habían sojuzgado y esquilmado a las naciones bárbaras. Las cenizas de los Fabios y de los Valerios se conmovían seguramente en sus tumbas al ver que un retórico —un histrión— que no había hecho mayores méritos con la espada y que actuaba movido por el ánimo vil del arribista, evocaba sus manes para

sostener a sus herederos degenerados. ¡Qué vergüenza para éstos! Tenían que alquilar los servicios de un literato para simular impúdicamente con palabras las virtudes antiguas.

Capítulo X: *El águila de plata*

"Pellitur e medio sapientia, vi geritur res" [10].

RESUMEN: Preparativos de insurrección — Intranquilidad pública — La doctrina de la revolución: dictadura democrática — La insignia marianista — La tradición de la democracia.

Después del fracaso de su candidatura, Catilina ha aprendido definitivamente la ineficacia de los medios legales para obtener el consulado, frente a un adversario que tiene en sus manos todos los resortes de la legalidad, y se lanza activamente a la preparación de la guerra civil inevitable. Hace de Fiésola, en Etruria, su cuartel general, y allí Cayo Manlio, uno de sus viejos compañeros de armas, recluta milicias, formadas principalmente por los antiguos soldados de Sila, que habían recibido tierras en reparto y a quienes la situación agraria había reducido a la indigencia. Se dirige a la Transpadania, a Brucia, a Capua y arma sendos contingentes. Mientras tanto, no descuida la insurrección en la Urbe. Cuenta para ello con elementos probados de acción y también, flor de su ejército, con el valioso aporte de la mejor juventud de Roma, principalmente patricia, que lo aclama como jefe y conductor. El plan de los conjurados consiste en ganar en cualquier forma, por el número o por la fuerza, las elecciones del año siguiente. Saben que la

10 Ennio, ANN., VIII, 2.

oligarquía es dueña de los comicios, porque la ley Calpurnia sólo se aplica a los adversarios, mientras que aquélla practica impunemente todos los medios de la intimidación y el soborno. Y que, por consiguiente, aun en el supuesto caso de una victoria electoral, queda en manos del Senado el recurso usual de la anulación. En última instancia, habrá siempre necesidad de recurrir a la fuerza.

Los preparativos se hacen casi públicamente. Los propósitos de los conspiradores se adivinan. La ciudad se llena de rumores y esto produce, como es natural, un movimiento de retracción en los negocios. Entre los capitalistas hay pánico. Con el servilismo característico de la especie, adulan a Catilina, jefe presunto del movimiento, mientras acosan al gobierno con peticiones secretas para que se decida a aniquilarlo. La inquietud es mayor por la incertidumbre en que todos se encuentran sobre los detalles de la conjuración y los planes reales de sus dirigentes. Todo es materia de hipótesis, de conjeturas en que los datos confidenciales se deforman al pasar de boca en boca, de corrillo en corrillo. Muchos sienten ceder el suelo bajo sus pies y la cabeza insegura sobre los hombros. Las imaginaciones, acuciadas por el miedo, dan en pronosticar las peores catástrofes. Se recuerdan los tiempos de Cinna, de Sila: proscripciones, confiscaciones, matanzas.

Catilina, curado de maniobras oportunistas, ha fijado definitivamente su plan. Hasta entonces no veía claramente sino la finalidad renovadora del movimiento, el programa del partido, cuyo triunfo procuraba por todos los medios que le proporcionaban las circunstancias. De ahí su alianza con los demócratas, en las tentativas que hemos relatado. El fracaso de esta táctica le hace comprender su ineficacia y la necesidad de adoptar otra nueva. Como todos los apasionados, es un hombre de experiencias rápidas y de resoluciones definitivas. Carece de esa frialdad de juicio, de esa invulnerabilidad ante el fracaso, de esa obstinación impasible que se requiere para recomenzar con nuevos bríos una misma

empresa, que al fin se hará triunfar. El genio es una larga paciencia, sobre todo en política. Nuestro héroe no posee esas cualidades que caracterizan a un Julio César, por ejemplo; no es un genio, sino un talento fogoso. Pero como tal, es capaz de intuiciones infalibles sobre el rumbo de los acontecimientos, de una labor previa que servirá luego al genio auténtico para realizar su obra. El genio aprovecha las experiencias ajenas; se nutre de los fracasos anteriores; triunfa a expensas de los talentos infortunados, cuya misión consistió en arder y consumirse para iluminarle el camino.

De su experiencia legalitaria, Catilina ha sacado en consecuencia que la revolución no podrá realizarse por el proceso de las alianzas y las componendas. La conquista legal del consulado con el apoyo del partido democrático sólo sería posible mediante un compromiso con todos los intereses del régimen, es decir, sacrificando el programa revolucionario. Entre el régimen y el programa hay incompatibilidad absoluta, desde que el segundo supone la destrucción del primero. El caudillo ve el peligro que significaría un nuevo triunfo legalitario de la democracia dentro del sistema republicano, que es el sistema de la oligarquía. Sería tan estéril como el de Cinna y Carbón, desde que el equilibrio de poderes bastaría para impedir cualquier cambio fundamental contrario a los intereses financieros; éstos conservarían su predominio funesto dentro del Estado. Por consiguiente, hay que apartarse de la legalidad y acudir a los medios revolucionarios para quebrar el sistema, instituyendo un poder personal que organice nuevamente la República. Es necesaria la dictadura. Pero la dictadura antioligárquica: la dictadura del caudillo del pueblo contra sus explotadores, adueñados de los medios legales; la dictadura democrática. El procedimiento de Sila; pero para realizar los propósitos que entrevió y no realizó Mario.

Catilina intuye así la aspiración íntima de la democracia y su sentido absorbente. Comprende que su realización no podrá consistir en un equilibrio, en una conciliación con los derechos privilegiados de las minorías, contrarios a su propia esencia, sino que debe arrasar con

ellos, convirtiéndose en un absolutismo. Éste requiere su instrumento, el dictador. Sin la voluntad revolucionaria única y obstinada en el logro del bien general, la democracia no abandonará la etapa disolvente y anárquica, que sólo aprovecha a las maquinaciones de la oligarquía financiera. O se impone dictatorialmente, o deberá resignarse a soportar a un nuevo Sila; acaso el mismo Pompeyo...

El antiguo silanista está preparado por su educación, por su formación militar, para llegar a estas conclusiones extremas. Pero rechaza la tradición del partido que acogió su inexperta juventud, para buscar en el marianismo la voz de la auténtica romanidad. El vencedor de los bárbaros, el viejo caudillo que arrastró a la plebe de Italia, es ahora el numen inspirador de su pensamiento político. Así lo revela el lenguaje que emplea en sus discursos y los símbolos que levanta y venera.

¿Por qué conductos llegó a manos de Catilina un águila de plata que había servido de insignia a las legiones de Mario en la guerra contra los cimbrios? Ese emblema sagrado de la voluntad imperial de Roma era de uso general en los ejércitos de la República. Resulta, empero, muy significativo de los propósitos catilinarios el hecho de que el caudillo eligiese, para poner al frente de sus fuerzas revolucionarias, la misma insignia enarbolada antes, precisamente, por el jefe de la democracia, a quien había combatido y cuyo recuerdo estaba proscripto desde los tiempos del silanismo. No es difícil que el águila cayese en su poder en esa época, piadosamente recogida de entre los trofeos que Sila mandó destruir para borrar eternamente de la memoria del pueblo las glorias del viejo soldado. Lo cierto es que nuestro héroe hace de ella el símbolo de su causa; que le alza un santuario en el atrio de su casa familiar, según lo denuncia Cicerón con escándalo, y entre las imágenes de sus antepasados, y que morirá en Pistoya al pie del asta que la sostiene. Todo lo cual no puede ser caprichoso para el espíritu de un romano antiguo, sino deliberado

y religioso: el reconocimiento de un patronato espiritual. Catilina pretende continuar la obra que Mario dejó inconclusa y erigirse en cabeza del gran cuerpo acéfalo a que alude en uno de sus discursos: en nuevo jefe de la democracia, pero sin achaques seniles y con la experiencia histórica de una restauración de la oligarquía.

Capítulo XI: *Digresión sobre la ambición política*

"Máximo [corazón] *el de César, que no hallaba medio entre todo y nada"* [11].

RESUMEN: Catilina ambicioso — Definición de la ambición política — El espíritu oligárquico y la ambición — La vocación política — La vocación y el juicio moral — El fin y los medios.

No solamente conoce Catilina la fórmula del triunfo, sino que se siente destinado a ser él el triunfador. Desea con pasión exclusiva y ardiente el poder supremo. No reparará en medios para conseguirlo. Es un ambicioso. Pero ¿acaso esto implica necesariamente deshonor? ¿Es la ambición mala por sí misma? ¿No será, por ventura, el complemento necesario de toda vocación verdadera? Un temperamento orientado hacia determinado propósito por esa inclinación absorbente de la inteligencia y los afectos que tanto se asemeja a la fatalidad, se alimenta en el deseo continuo de alcanzarlo, vive en estado de ambición. Y cuando se trata de un temperamento heroico, pone en el logro de aquel fin todas las fuerzas del ánimo, de modo que su pasión puede resultar excesiva o desordenada para los tibios... ¿Es esto en sí vituperable? ¿No será, al contrario, un indicio de grandeza?

Como todas las pasiones, la ambición se define y califica por su objeto. Constituye en su esencia el deseo

11 Gracián, El Héroe, IV.

vehemente de adquirir un bien de cualquier naturaleza, de orden espiritual o material. Considerada en este sentido amplísimo, la ambición más alta correspondería al santo, que sólo ansía el Bien por excelencia: vocación cuyo precio es el renunciamiento a los bienes materiales o la subordinación absoluta de éstos a aquel fin supremo. La ambición más rastrera sería la que se satisface con poseer dichos bienes, ya para grosero halago de los sentidos, como en el sibarita, ya por perversa idolatría, como en el avaro. Este último, que ama el oro por el oro mismo y que suele practicar, en la tarea de acumularlo, una especie de ascetismo, constituye la caricatura diabólica del santo. Mejor dicho, su negación. Niega, por amor del oro, hasta sus propios apetitos carnales. Y afirma, en cambio, algo que no tiene valor por sí, que es un signo.

La naturaleza de la vocación califica y define al ambicioso. Y así será éste reprobable cuando persiga una finalidad egoísta. No, en cambio, cuando el cumplimiento de aquélla implique sacrificio y servicio. ¿Cómo habría de serlo el que ambicione la gloria, por ejemplo, acicate del héroe y del artista?

El espíritu moderno desdeña estas distinciones y fulmina bajo una misma excomunión a todos los ambiciosos. Aquél que por vanidad o egoísmo disfrazados de abnegación renuncia a servir a sus conciudadanos en el áspero ejercicio del mando es honrado como un benefactor; no quien aspira ardientemente a sacrificarse en el poder, por amor a su patria y a la gloria. Para el primero todos los homenajes; para el segundo, la universal reprobación. Pompeyo es un héroe cívico; Catilina y César, dos malvados. Esta moral corriente no es sino una máscara de la repulsión instintiva del temperamento burgués por toda grandeza. Porque si bien puede el ambicioso no ser un grande hombre, la recíproca no es exacta. Todo grande hombre con una vocación, con una misión que cumplir, es, necesariamente, un ambicioso.

Los dogmas vigentes desconocen la legitimidad de una vocación política exclusiva, porque la función pública se considera como usufructo, no como servicio.

Claro está que, para dicho criterio, la ambición de poder se confunde con la mezquina aspiración a una pitanza, que es, evidentemente, cosa inferior. Además, teóricamente, los cargos directivos pueden ser desempeñados por todo el mundo. El ambicioso político aparece como un usurpador de la parte de soberanía que corresponde a cada miembro de la comunidad, como un tirano en potencia.

Este pensamiento dominaba también en los últimos tiempos de la República romana, y ello explica en gran parte la tragedia de Catilina. El historiador Salustio, que si bien adulador de César, expresa en sus escritos los sentimientos de la oligarquía agonizante —revestidos de un ropaje formulista de puritanismo que no condice con sus procederes personales en el ejercicio rapaz de las magistraturas que desempeñó—, reprueba la sed de honores y poder, aunque le concede mayores excusas que a la sed de riquezas, "*por asemejarse más a la virtud*". Y añade: "*La gloria, los honores, el poder los buscan igualmente el hombre de bien y el malvado; sólo que el primero llega por el buen camino y el segundo, a falta de medios honorables, recurre a la astucia y a la intriga*". No hay en esta enunciación, como se ve, el reconocimiento de la existencia de vocaciones diversas, con la consiguiente diversidad de fines. Tanto vale para el autor el que aspira al poder por las ventajas rutinarias inherentes a su goce, como el que obedece al imperativo de una necesidad vital; únicamente se diferencian en los medios de alcanzarlo. Y al referirse, con reprobación, a los procedimientos vedados, pretende, sin duda, consolar la melancolía de sus inhábiles amigos senatoriales, endulzándoles el trago amargo de la derrota reciente. Porque ese pensamiento vale tanto como justificar la derrota sin gloria. Precisamente, lo que en política menos se puede justificar.

El reproche habitual contra los ambiciosos proviene de dicho desconocimiento de la vocación política, con todo lo que el término implica de apasionado, de irrevocable, de absorbente. Se nace político como se nace artista,

o sea dotado de un complejo de aptitudes intelectuales e inclinaciones afectivas que constituyen el carácter de tal y que determinan el deber consiguiente de servir la vocación o fracasar. Ella es legítima, porque las sociedades humanas necesitan gobierno y porque el ejercicio de éste exige condiciones especiales, ya que no consiste en la mera aplicación mecánica de recetas determinadas, sino que es un arte, es decir, incluye elementos de adivinación y de invención. Como el artista, el político pretende realizar un orden, y ésta es su justificación intelectual, así como su justificación moral reside en el anhelo de justicia que vivifica aquel concepto. El político nato piensa: orden, y siente: justicia. Lo cual no significa contradicción, sino complemento necesario, puesto que el orden es justo y la injusticia desordenada.

Pero la vocación política no es de índole contemplativa, sino práctica. El político no se satisface con imaginar un orden y desear una justicia. Necesita imperiosamente realizar ambos bienes, así como el artista necesita trasladar a la materia la forma preexistente en su espíritu. En esto consiste la labor creadora. Sólo que la materia sobre la cual actúa el político es la sociedad humana, son las ideas, los intereses, los apetitos, el amor y el odio de sus semejantes. Si el artista goza de una cierta autonomía con respecto a la ética, el político se mueve en pleno orden moral. Su finalidad específica es el bien común. Podrá equivocarse respecto a los medios, como el artista puede frustrar su obra. Pero si obedece a una vocación auténtica —es decir, si su ambición no es la máscara de una vanidad inferior o del afán de lucro—, no podrá apartarse de aquella finalidad, que constituye la tendencia natural, la pendiente de su espíritu.

Definida así la vocación política, se entiende que el poseído por ella deba ser necesariamente un ambicioso. Por lo menos una cosa ambicionará ardientemente, exclusivamente, con todas las fuerzas de su alma: el poder. Absoluto o limitado, único o compartido, su vocación lo exige de manera vital, para realizarse. Es decir, extremando el argumento, que la conquista del poder significará, para el político, la condición del cumplimiento

de un deber moral, del deber que su vocación le señala. Lo ambicionará, pues, como un instrumento; no por las satisfacciones que procura, sino por las posibilidades de realización que su posesión implica. Y cuando resulte compartido o limitado, lo querrá más amplio todavía, si así aumenta esas probabilidades. ¿Ambición enteramente pura, sin mezcla de elementos venales? No tanto. Eso sería lisa y llanamente la santidad, un don gratuito de la Providencia. El poder tiene demasiados halagos por sí mismo para dejar indiferente a una naturaleza carnal. El aura del respeto y la gratitud popular embriaga, el mando ensoberbece, los honores acarician. Sin embargo, el político de vocación gozará más todavía con la empresa de imprimir un orden en la difícil materia que obedece a la presión de su voluntad. Los artistas aman también la gloria. Pero sobre todo, la dura y sacrificada creación.

Catilina ambicionó el poder hasta dar por él su vida en Pistoya. Y esta ambición, que lo llevó a la insurrección armada, es lo que Salustio le reprocha en las líneas comentadas más arriba. Pero ¿puede compararse el caso de los tranquilos senadores, que se pasaban de unos a otros los pingües consulados y proconsulados para gozar de sus beneficios, con el del ardiente reformador, que aspiraba a un nuevo orden imperial? Éste era un político nato. Quiere decir que, para él, la posesión del poder no significaba una feliz contingencia, sino una necesidad vital. Había entrevisto una nueva justicia. Sentía el deber de realizarla. Este sentimiento suele ser de tal modo absorbente que lleva al sacrificio de muchos escrúpulos. Pero ¿es de reprochársele demasiado a quien empieza por sacrificar su propio reposo, sus bienes y arriesga la vida misma?

Llegamos aquí a un problema que ha provocado graves y apasionadas controversias. Es el que se plantea cuando la auténtica ambición política —que está, como hemos visto, en el orden del bien moral— tropieza con obstáculos que necesariamente tiene que vencer para realizar sus fines. ¿Debe sacrificarlo todo a estos fines? En el dilema entre la licitud y la eficacia de los medios

¿debe optar siempre por esta última? Hay que tener en cuenta que es la vocación misma la que está en juego, vocación que entraña —insistimos— el cumplimiento de un deber moral. ¿Debe utilizarse todo, hasta la misma iniquidad?... El político nato obra siempre resueltamente, aun con desgarramiento de sus fibras, en el sentido que le dicta su vocación imperiosa. Y Maquiavelo aprueba.

Pero la ley moral no admite excepciones. No pueden justificarse el crimen, la traición, el engaño. ¿Es decir, entonces, que el político que no quiera apartarse de ella deberá resignarse a fracasar? ¿O lo que es igual, deberá traicionar su vocación, su misión específica?

Hay aquí un falso problema, o mejor dicho, un problema mal enunciado. Se equivoca el príncipe cuando, con deliberado desconocimiento de las leyes morales, sólo piensa en la mera conquista o conservación del poder, que no es un fin en sí mismo y que no justifica los medios empleados para obtenerlo, puesto que su posesión tiene que justificarse mediante el ejercicio benéfico. Pero el político orientado hacia el bien común, ¿puede emplear todos los medios necesarios, aunque sean inicuos? Se equivocan también quienes imaginan este dilema y concluyen en la necesidad de sacrificar la vocación a la moral. En realidad, el político nato no siente esas dudas de gabinete. Y no por embotamiento del sentido moral, sino porque el dilema no existe, simplemente. Un medio *necesario* para obtener un fin benéfico no puede ser malo. Cuando el caso aparentemente ocurre, hay que presumir nuestra posibilidad de error en la calificación de los medios. Porque la supuesta injusticia suele ser nada más que la aplicación de una justicia sumaria y trascendente. Para el juicio vulgar, Augusto traicionó dos veces,

al tempo che tutto il ciel volle
ridur lo mondo a su modo sereno;

(*Par.* VI 15-6)

pero esos actos fueron tal vez la condición necesaria

de la *paz romana* bajo la cual quiso nacer el Redentor del mundo.

Ahora bien, ¿quién es árbitro de la necesidad de los medios sino el mismo político? Por más luminoso que sea el juicio y más potente la imaginación del historiador, no alcanzará nunca a reproducir las dudas de Julio César ante el Rubicon, de Napoleón el 18 brumario, de César Borgia en Sinigaglia, de Catilina al salir de Roma, ni mucho menos el cúmulo de circunstancias determinantes de esos actos decisivos. En realidad, el único apto para conocer y pesar todos los elementos de una situación determinada es el político que la domina. El único que sabe, por consiguiente, lo que se debe hacer, y lo ejecuta. Un juicio objetivo sobre sus actos sólo puede pronunciarse con criterio histórico, es decir, atendiendo a las consecuencias. Cuando éstas son benéficas, ¿nó habrá de inferirse la utilización de los medios necesarios para obtenerlas? ¿Necesarios y por lo tanto buenos, ya que metafísicamente el mal no puede engendrar el bien?

Ante la apariencia de una crueldad, de un engaño, de una traición cometida por alguno de esos grandes justicieros, debemos ponernos en guardia contra la falibilidad de nuestra opinión. Porque si tales actos han sido necesarios, seguramente implicarán, además, por sí mismos, la realización de una justicia que escapa a nuestro discernimiento, demasiado apegado a requisitos procesales. La presunción debe ser favorable, no contraria, al ejecutor que obró en el sentido indicado por su vocación. Y en esta materia sólo caben presunciones. Claro está que nos referimos a los actos específicamente políticos, no a las faltas o crímenes privados en que el político incurre como el resto de la humanidad.

El político obra bien cuando obra en el orden de su vocación y de la ambición consiguiente, porque aquélla es benéfica y ésta, sobre todo, anhelo de servir. Obra mal cuando prevarica, es decir, cuando se desvía de su vocación por satisfacer la vanidad o la sensualidad. Limitada al apetito de poder, la ambición política es una virtud que se acrecienta con el mayor ardor o vehemen-

cia puestos a su servicio. Los políticos fracasan más por falta que por exceso de ella. Así Pompeyo, que por no asumir, cuando pudo hacerlo, el poder supremo, prolongó estérilmente la anarquía romana. Careció de esa fuerza imperiosa del alma que lleva hasta al sacrificio de la propia reputación en aras de los intereses comunes. Era un vanidoso. Se vendía por el elogio interesado de los senadores a su fácil abnegación. Y un político no puede ser vanidoso sin riesgo de prevaricar. Debe obedecer a su ambición determinada, incorruptible. El vanidoso es un satisfecho. El político de estirpe, un insatisfecho. El vanidoso se ama a sí mismo más que a su deber. El político nato, al contrario, ardiendo en la ambición de mando, es un humilde servidor de su áspero destino.

El ambicioso y esforzado Catilina sucumbió en lo único disculpable a los individuos de su raza: la muerte. Pero aceptó su misión hasta el fin. Su misión, que consistió en señalar el rumbo de la unidad futura y en ser la estrella anunciadora del inminente astro imperial.

Capítulo XII: *Los conjurados y el delator*

"Debbono, indunque, non comunicare mai la cosa (nel maneggiare le congiure) se non necessitato e in sul fatto" [12].

RESUMEN: Ofensiva de la oposición democrática — César, jefe de partido — La conspiración se extiende — Fulvia y Quinto Curio — Los conjurados: Espíritu que los anima — Actividad de Catilina — El juramento.

Mientras Catilina prepara activamente sus elementos para la tentativa suprema, arrecian, durante los primeros tiempos del consulado de Cicerón, los ataques del partido democrático contra la oligarquía senatorial. Después del fracaso de la moción de Rulo, se presenta otra nueva, tendiente a rehabilitar a los hijos de los proscriptos por la dictadura, permitiéndoles el acceso a la carrera de los honores, que un decreto de Sila, aún vigente, les cerraba. Esta propuesta provoca una viva agitación, que cubre por algunos días los rumores revolucionarios; todos los esfuerzos de los conservadores se empeñan en hacerla abortar. No era la moción en sí misma la que originaba esta resistencia obstinada, sino sus consecuencias previsibles. Bajo su apariencia inofensiva, no significaba sino el primer paso de una reivindicación más substanciosa, que el programa democrático prometía: la devolución de los bienes confiscados. Era

12 Maquiavelo, Discursi su T.L., L. III, VI.

lógico que la rehabilitación moral trajera como corolario la reivindicación material, y de ahí el interés de los aprovechadores de las confiscaciones por impedirla. Poco les cuesta obtener el apoyo del cónsul, que ha sido alzado a la más alta magistratura precisamente para esos menesteres. Cicerón se opone a la moción, y ésta fracasa.

Es probable que César no haya tomado muy a pecho el hacerla triunfar. En primer término, para no malquistarse con Craso, adversario natural de un proyecto que amenazaba la integridad de su patrimonio; y luego porque la aprobación de dicha ley, sobre significar para él mismo un surgimiento de posibles competidores realzados por la persecución y el martirio, lo privaría de un argumento demagógico de primer orden para la propaganda. De todos modos, el episodio muestra el carácter de los problemas que se debatían en el "mundo oficial" de Roma durante el desarrollo clandestino de la conjuración catilinaria, así como el dominio de la situación y la voluntad de resistencia que había alcanzado la oligarquía conservadora, reforzada por su coalición con los pompeyanos.

¿Desde qué momento conoció Cicerón los detalles del plan revolucionario? No hay conspiración sin delator. En el descubrimiento de ésta parece haber desempeñado el papel decisivo una mujer de costumbres ligeras, llamada Fulvia, a quien el austero cónsul no desdeñaba frecuentar y que había recibido la confidencia de lo que se tramaba por boca de uno de sus amantes. Según la versión de Salustio, aquélla contó a *"numerosas personas"* lo que sabía, antes de la elección de Cicerón para el consulado, siendo ésta la causa de que aumentaran, frente al peligro, los votos del campeón del orden. Sea como fuere, lo cierto es que Cicerón la obligó más tarde, con promesas, dádivas o amenazas, a que le revelara el origen de sus informaciones, y supo que provenían de un joven llamado Quinto Curio, de pésima reputación por la magnitud de sus deudas y su vida crapulosa. No le fue difícil al cónsul obtener una entrevista secreta con éste y convencerlo, con argumentos fáciles de imaginar, para que ratificase sus datos y desempeñase en

adelante el cargo de agente confidencial. La entrevista con el cónsul parece haberle descubierto al indiscreto una vocación insospechada. Evidentemente, servía más para polizonte que para revolucionario. Y cumplió su cometido con tanta mayor conciencia cuanto que habrían desaparecido, o disminuido mucho, sus angustias económicas.

Por él, Cicerón aprendió los nombres de los conjurados y sus intenciones. Supo que figuraban entre ellos un buen número de senadores y caballeros y casi toda la juventud patricia, y que contaban con agentes decididos y eficaces en toda Italia. Se mantuvo al corriente de sus reuniones, como lo declara jactanciosamente en la primera catilinaria. Y esto le sirvió para obstaculizar sus planes y, sobre todo, para precaverse de la suerte que le tenían reservada a él mismo. Enterado de que se había decidido su muerte, el prudente cónsul se hizo acompañar noche y día por una guardia armada.

El más importante de los partidarios de Catilina era Publio Cornelio Léntulo, perteneciente por su origen a la más antigua nobleza romana. Había sido cónsul pocos años antes; pero por causas que se ignoran fue eliminado más tarde de la lista de senadores. La razón que se invocó en esa circunstancia —desórdenes de conducta— no es de creer al pie de la letra, ya que en el ambiente corrompido de Roma la moral sólo constituía un pretexto para castigar pecados políticos y sus reglas se aplicaban con rigor nada más que a los adversarios. Seguramente no sería un dechado; pero también es probable que no fuera peor que sus acusadores. No obstante su desventura, debía conservar prestigio sólido y abundante clientela, porque acababa de obtener la pretura de Roma. A la elección para este cargo, inferior a su jerarquía consular, habíase presentado con el único objeto de reingresar en la lista senatorial, y lo desempeñaba durante el tiempo de la conjuración. Se dice que aspiraba secretamente a convertirse en jefe supremo de ésta, asumiendo la dictadura, y que fundaba su esperanza en un oráculo sibilino según el cual tres Cornelios

obtendrían en Roma la soberanía y el imperio. Él se reservaba el tercer término, después de Cinna y de Sila. Era, sin duda ninguna, el de mayor relieve entre los conjurados. El de menos escrúpulos también, ya que no trepidaría, según veremos, en provocar, contra la opinión de Catilina, el levantamiento de los esclavos para conseguir sus propósitos. Pero sus defectos de carácter —la vanidad inflada, el cinismo y la molicie— lo hacían incapaz de mando, debiendo resignarse, con las reservas mentales del caso, a obedecer las indicaciones del caudillo natural de la revolución.

Formaban asimismo en la plana mayor de los conjurados Publio Antonio Peto y Publio Sila, aunque hay dudas respecto a este último, fundadas en el testimonio del mismo Cicerón, que lo defendería más tarde. Como se recordará, estos dos personajes habían sido electos cónsules tres años atrás, anulándose su elección mediante el pretexto de corrupción electoral, lo que dio motivo a la primera tentativa catilinaria.

Lucio Casio Longino había sido uno de los recientes competidores para el consulado, con Cicerón y Catilina. Según afirma el cónsul, este senador, de pesado aspecto e inteligencia tarda, era el encargado de poner fuego a la ciudad. Cuando el descubrimiento de la conjuración, pudo salvarse por la fuga. De Cayo Cethego, sólo se sabe, por el discurso de Catón, que era joven; tenía antecedentes facciosos, pues había participado en la insurrección de Lépido. Con el antiguo marianista Quinto Annio; con Lucio Calpurnio Pisón, tribuno del pueblo y nieto del Pisón cónsul en el año 110 y general de la guerra numídica; con Marco Porcio Lecca, de la familia de los Catones; con Quinto Curio, de infamante recuerdo, y con Lucio Vargunteyo que se ofreció para matar a Cicerón, tenemos la lista de los principales senadores comprometidos.

En el orden ecuestre se destacaban Fulvio Nobilior, de familia ilustre; Lucio Estatilio, descendiente del homónimo que comandaba la caballería en Cannas; Publio Gabino Capitón y Cayo Cornelio, acompañante de Vargunteyo en la tentativa de asesinar a Cicerón. A estas

listas, Salustio agrega los nombres de Septimio, Julio Cepario, Umbreno, Sicio, Fulvio, Vultureyo, Tarquicio, Manlio, Familio; y Cicerón los de Quinto Mario Chilo, Tongilio, Publicio, Cincio Munacio, Furio...

Entraban también en la conjuración *"muchas personas de las colonias y los municipios, las principales en sus respectivos países"* y la totalidad de los antiguos legionarios de Sila, empobrecidos por la situación desastrosa que la especulación había acarreado a la pequeña propiedad rural.

La coincidencia en un propósito común de tantos hombres ilustres, con tradición política diversa y que contaban con la simpatía no disimulada del partido más numeroso de Roma y de gran parte de la juventud, expresa la existencia de un estado revolucionario general contra un régimen corrompido y legitima la tentativa catilinaria, que aparece así como algo muy distinto del asalto frustrado de bandoleros abominado por la versión consular. Ya hemos visto lo que puede pensarse de los crímenes atribuidos a Catilina. En cuanto al resto de los conjurados, conviene subrayar que, no obstante las modalidades de la época, muy pocos de ellos son acusados de malas acciones: Léntulo, Antonio, Publio Sila y, desde luego, Curio el traidor; de los cuales, el segundo y el tercero, apenas de corrupción electoral, cargo dudoso y, en todo caso, no deshonroso, desde que el pecado era corriente... ¿No es lo más probable que gozaran de buena reputación, ya que de lo contrario, sus faltas habrían sido magnificadas y vociferadas en las catilinarias?

Hay, no obstante, una acusación que los engloba a todos, y es la de deudores morosos y entrampados, que corresponde, sin duda, a la realidad. Es natural que sean las víctimas de un sistema, no los usufructuarios del mismo, los que se decidan a una acción revolucionaria. Por otra parte, la caída catastrófica de las fortunas particulares, el empobrecimiento de la mayoría, indican siempre la existencia de vicios que hay que extirpar del organismo social. Ya hemos visto

cuál era la situación de Roma, carcomida por la usura, dueña de todos los resortes legales.

Pero el propio Salustio se traiciona con una frase referente a los jóvenes romanos: frase reveladora de que no todo era en ellos afán material de pillaje y ambición del poder por sus goces, sino que alentaban un ideal de llevarlos al sacrificio. *"Pudiendo vivir en el ocio y la magnificencia* –escribe– *prefirieron lo incierto a lo cierto y la guerra a la paz"*. ¿No es la definición misma del heroísmo desinteresado?...

Insensible al cansancio, al hambre, a la sed, ardiendo en la fiebre de la insurrección, Catilina se multiplica. Recorre los lugares de Italia en que se agrupan sus elementos, adquiere armas y las deposita en sitios estratégicos, convoca a reuniones nocturnas en las que explica a los conspiradores sus planes y tonifica periódicamente su entusiasmo; despliega, en fin, todas las artes del proselitismo individual y colectivo. Su actividad, su fe son contagiosas. El caudillo fascina literalmente a sus elementos, porque posee el don de adivinación psicológica que caracteriza a los caudillos y sabe tocar las fibras sensibles de cada cual: el patriotismo, el honor, la belicosidad, y también el odio, la vanidad, la codicia.

Son romanos. Es decir, hombres de ritos solemnes. El compromiso revolucionario tiene toda la gravedad de una iniciación religiosa. Salustio relata con escándalo la ceremonia de la libación circular, con vino mezclado a la sangre de un esclavo degollado al efecto. Si se piensa que en las civilizaciones paganas se inmolaron víctimas humanas hasta el tercer siglo de nuestra era, ya no nos parece el hecho tan atroz: había una creencia general en la virtud de la sangre para consagrar el juramento. Puede ser que se trate de una imputación calumniosa. No hay pruebas de ella. Pero aunque fuese cierta, no habría despertado, seguramente, en un romano de los tiempos heroicos, la reprobación que manifiesta el decadente y "humanitario" Salustio...

Capítulo XIII: *Los propósitos de Catilina*

"The people have no interest in disorder" [13].

"Pour la populace, ce n'est jamais par envie d'attaquer qu'elle se soulève, mais par impatience de souffrir" [14].

RESUMEN: Destrucción de la oligarquía; reconstrucción social; dictadura constituyente — La organización y la delación — Actitud de César — La oligarquía — La defensiva: ley Tulia — Nueva candidatura de Catilina — Maniobra de Cicerón: candidaturas de Silano y Murena — Catón — Primer incidente en el Senado — Postergación de los comicios — Estado de sitio — Posición de los contendientes.

¿Qué planes expone Catilina a sus fieles en las reuniones y conciliábulos que continuamente convoca? El historiador nos trasmite la parte negativa de su propaganda, así como el orador se especializa en el escalofriante relato de los recursos violentos que emplearía. Pero es fácil presumir el resto. El fin declarado de la revolución consiste en el aplastamiento de la oligarquía senatorial, constituida por la alianza de los patricios degenerados con los ricos. *"Desde que el gobierno y el poder han caído en manos de un pequeño grupo de hombres, los reyes, los tetrarcas, se han convertido en sus tributarios; los pueblos, las naciones les pagan impuestos; y nosotros, tantos como somos, llenos*

13 Edmund Burke, THOUGHTS.

14 Sully, MÉMOIRES, I, 13.

de coraje y de virtud, nobles o plebeyos, hemos quedado convertidos en un vil populacho, sin crédito, sin autoridad, a merced de aquellos a quienes haríamos temblar si la república fuese lo que debe ser". Los discursos que Salustio pone en boca de Catilina son evidentemente imaginarios; pero sin duda expresan con fidelidad las ideas manifestadas durante el curso de la conspiración. Sabemos que aquél tenía motivos para conocerlas, ya que en su juventud había cedido, como todos sus coetáneos, a la sugestión del caudillo y seguramente había escuchado con avidez sus palabras.

Después de señalar la corrupción de la oligarquía, Catilina se referiría a las posibilidades de éxito. El régimen estaba carcomido por sus propios vicios y tambaleante por la arremetida de los partidos populares. *"Nosotros tenemos la fuerza de la edad, el vigor del ánimo; en ellos, al contrario, cargados de años y de riquezas, todo ha envejecido".* ¿El remedio? Salustio y Cicerón lo callan. Pero no es creíble que el selecto concurso que rodeaba al propagandista creyese resolverlo todo con un programa puramente destructivo, a base de confiscaciones, incendios y asesinatos. Obtenido el poder, por vía legal o ilegal, se instauraría una dictadura constituyente; se dictarían decretos tendientes a disminuir la influencia abusiva de la finanza; se abolirían las deudas pendientes, o, más probablemente, se disminuirían al nivel de la baja sufrida por la propiedad raíz, con una quita general de los intereses usurarios; se fundarían nuevas colonias; se confiscarían las fortunas mal habidas, etcétera. En cuanto a las magistraturas, su reparto y la formación de un nuevo elenco político en substitución del derrocado, sería asimismo la consecuencia natural de la victoria.

Con mayor o menor crudeza, el programa que realizaría César más tarde.

Pero Curio vela. Lleva diariamente sus partes y recibe su paga. Buen polizonte de la oligarquía, Cicerón no pierde de vista los manejos de Catilina y se ocupa en desbaratar sus planes, con la fácil habilidad del juga-

dor inescrupuloso que está viendo en el espejo las cartas del adversario. La partida trabada justifica ciertamente todos los medios; está en juego el régimen de la República y no obstante la ventaja que lleva, el cónsul tiene que multiplicarse, como el caudillo, para seguir el ritmo violento que éste imprime a la acción.

Las milicias insurrectas se organizan en diversos puntos de Italia. Se acerca el día de las elecciones consulares y se da como cosa segura el estallido de la guerra civil. Corren por la ciudad rumores prematuros: que las colonias militares y los galos cisalpinos se han sublevado; que hay en tal o cual casa depósito de materias inflamables; que la legión, que la flota... Catilina tiene plena confianza en el éxito; sus jóvenes partidarios también, y ello los inclina a la indiscreción jactanciosa. ¿Cómo esa pandilla claudicante de ancianos temerosos que se refugia en el Senado podría resistir al ímpetu del entusiasmo, de la juventud? Así piensan, sin sospechar la enorme capacidad defensiva que suelen desplegar eventualmente los regímenes agonizantes. Se trata del lance supremo y no se descuidan los medios de triunfar. El crédito de Catilina y sus amigos se agota en cuantiosos empréstitos para la adquisición de armas y el sostenimiento de las milicias. El grueso de estas cantidades toma el camino de Fiésola, en Etruria, donde Cayo Manlio, antiguo general de Sila, comanda el núcleo más fuerte del ejército revolucionario.

Un continuo ir y venir de emisarios llevando instrucciones, partes y dinero une los diversos focos de la insurrección con el centro de operaciones. Catilina lo dirige todo, provee a todo y al mismo tiempo mantiene firme la moral de sus huestes. Esta actividad no le impide el desempeño de sus funciones públicas. Concurre a las sesiones del Senado, está al corriente de la marcha de los negocios internos y exteriores, mantiene seguramente con César vínculos de simpatía y acaso lo pone al corriente de sus planes y sus preparativos. El jefe democrático, ¿apoya esos planes?, ¿se opone a ellos?, ¿evita pronunciarse?... Conociendo el

modus operandi del futuro dictador, cabe suponer que secretamente los favorece, aunque sin comprometerse en su realización, para lo cual alegaría razones de táctica. Sabe ya que las circunstancias trabajan para él, que su triunfo es seguro; por lo tanto, no le conviene responsabilizarse más que de los éxitos. Si Catilina triunfa, él hará valer su apoyo moral o su neutralidad para sacar provecho de la victoria común contra la oligarquía. Si fracasa, quedará exento de culpa y se habrá eliminado un rival peligroso, cuyos elementos dispersos engrosarán a la larga las propias huestes. De todos modos, conviene a los intereses de César que se despeje cuanto antes la confusión que introduce en la política romana la acción revolucionaria de Catilina.

Cicerón, mientras tanto, vigila e intriga. No solamente se ocupa de poner en estado de defensa la ciudad y de formar milicias, reclutadas entre los jóvenes de la clase capitalista, para sostener el orden senatorial, sino que trata, asimismo, de minar la posición política de Catilina, privándolo de sus apoyos en el partido popular. Durante los meses que precedieron a las elecciones consulares, todas sus maniobras tienden a crear intereses opuestos entre aquél, por una parte, y, por la otra, César y Craso. Esta política se manifestará preferentemente en la proclamación de las candidaturas que ha de oponer a Catilina. Pero como el triunfo de éste continúa siendo posible, extrema los obstáculos legales para prevenir esa eventualidad. En el caso de una victoria electoral de Catilina, habrá que anularla, y para ello es necesario multiplicar los pretextos. Tal es el objeto de la ley Tulia, complementaria de la ley Calpurnia sobre corrupción electoral.

Al comienzo del año, un senado consulto había declarado pasibles de las penas de esta última ley a los candidatos que distribuyeran dinero entre los electores, se hicieran acompañar por gente a sueldo, dieran comidas públicas o espectáculos de gladiadores. Los culpables debían ser excluidos del Senado y de toda función pública y pagar una multa proporcional a su

fortuna. Cicerón hace votar este decreto por el pueblo, convirtiéndolo así en la ley que lleva su nombre; pero con el agregado de diez años de destierro a las penas que antes establecía. Lo que significaba, sin duda, una buena precaución para el futuro.

Dadas las condiciones en que funcionaba el sufragio universal en esa época de Roma y que se han explicado en un capítulo anterior, era indudable que el cumplimiento estricto de la ley habría significado la ruina y el destierro de todos los políticos, sin excluir, desde luego, al propio austero legislador. Pero su aplicación por el Senado aseguraba la impunidad a los candidatos de éste y el castigo seguro para sus enemigos.

Las elecciones, fijadas para el 20 de noviembre, se aproximan, y crece la agitación en la Urbe. Catilina es uno de los candidatos. La oligarquía senatorial, después de innumerables cabildeos, resuelve dar sus votos a Junio Silano y a Lucio Licinio Murena. Estas candidaturas, inspiradas por el cónsul, responden a la misma política de contemporización habitual en el Senado claudicante y que había dado origen, el año anterior, a la elección de aquél. Demasiado débil para imponer candidatos de sus propias filas, la camarilla dirigente se veía obligada a recurrir a figuras transaccionales, que contaran con el apoyo de alguno de los jefes de la oposición. Era el caso de los personajes proclamados; no obstante su origen, Craso y César les darían sus votos por razones personales. Julio Silano era marido de Servilia, hermana de Catón, madre de Bruto y, en ese momento, amante de César, sobre quien ejercía una gran influencia: según Suetonio, fue la mujer que más hondo penetró en su corazón. Aparte de estas razones afectivas, el joven jefe del partido demócrata —político ante todo— vería en el triunfo marital la probabilidad de compartir el poder del nuevo cónsul en la medida que compartía el tálamo. Lucio Licinio Murena, por su parte, estaba íntimamente ligado a Craso. Dadas las relaciones existentes entre éste y César, descontábase que se sostendrían recípro-

camente a sus amigos. Además de los mencionados, había un cuarto postulante: el jurisconsulto Servio Sulpicio, proclamado por la facción *ultra*, cuyo representante más conspicuo era Catón.

A despecho de las prescripciones legales, los competidores agrupan sus elementos y agotan las artes de la intriga y el soborno electoral. El Senado cierra los ojos ante las maniobras de sus protegidos, especialmente de Murena, que hace correr raudales de oro obtenido sospechosamente en Asia; pero se indigna contra Catilina y lo persigue encarnizadamente. Un día, éste es interpelado por Catón, entonces tribuno del pueblo, quien lo amenaza con un proceso. El fogoso caudillo, arrebatado por la cólera, se deja arrastrar a expresiones imprudentes: "*se quiere incendiar mi casa... pero ¡cuidado! Yo no apagaré el incendio con agua; lo ahogaré bajo ruinas*". Los ancianos senadores tiemblan en sus escaños; el pueblo exulta, al ver el terror de sus enemigos. Verdad es que Catón se indigna también contra Murena y lo amenaza igualmente; su facción lo acusará más tarde, por boca de Sulpicio, dando lugar a la célebre defensa de Cicerón. Pero contra Catilina están todos unidos en un bloque.

Recrudecen en Roma los rumores relativos a la conjuración. Presa de pánico, el Senado retarda los comicios hasta el 20 de noviembre. Se afirma que está por estallar la rebelión en Etruria; que al mismo tiempo habría disturbios en Roma; que la vida de los cónsules peligra. El legado que comanda la flota situada en la desembocadura del Tíber ha descubierto una conspiración organizada entre sus tripulantes. Se teme también un levantamiento de los esclavos...

La víspera del día señalado para la elección, Cicerón reunió al Senado y le dio cuenta de esas novedades, obtenidas por vía confidencial. El cónsul atribuyó a Catilina dichos preparativos y para probarlo citó un discurso pronunciado por éste ante sus partidarios y que estaba concebido en los siguientes términos: "*Los desgraciados no encontrarán mejor defensor que*

un hombre igualmente desgraciado. Los pobres y oprimidos no pueden conceder ninguna confianza a las palabras de los ricos y de los poderosos. Quienes quieran conservar lo que han perdido, lo que se les ha robado, consideren mis deudas, mi posición, mi desesperación. A los oprimidos y a los desgraciados les hace falta –no cabe duda– un jefe audaz y el más desgraciado de todos".

Catilina esperaba, sin duda, el ataque del cónsul y contestó con un violento discurso a modo de manifiesto político, en el que hacía el proceso del régimen. Ni la oposición, ni él eran culpables. *"La tiranía de algunos hombres, su avaricia, su inhumanidad, he aquí las verdaderas causas del malestar que domina la república".* Negó luego despreciativamente los proyectos de revolución que se le imputaban; pero afirmó su seguridad de triunfar y denunció sin eufemismos los vicios del Senado y los cónsules, terminando con las siguientes palabras: *"Dos cuerpos hay en la República: uno débil, con cabeza caduca; otro fuerte, sin cabeza. Pues bien, mientras yo viva, este último tendrá una cabeza".* Y se retiró del recinto, dejando a los senadores *"más espantados que indignados".*

La moción de Cicerón tendía a obtener un nuevo aplazamiento de los comicios y un senado-consulto que le otorgara poderes extraordinarios, como también a impresionar a la opinión pública con el anuncio de graves peligros, desacreditando a Catilina por el terror que inspiraría su nombre. En vista de las circunstancias, el Senado accedió a la postergación solicitada y decretó el estado de sitio, que concedía a los cónsules la facultad de reclutar soldados y enrolar a todos los hombres en situación de llevar armas en Roma y en Italia. Cicerón no se atrevió a usar en toda su extensión esas atribuciones, que sólo se justificaban por el peligro de graves calamidades públicas. Se limitó a un gran despliegue de fuerzas militares en los sitios estratégicos de la Urbe, con propósitos intimidatorios.

Tal es la situación de Roma en vísperas de los comi-

cios decisivos en que se jugará la suerte del régimen. De un lado, el gobierno senatorial y consular, dueño de la legalidad y de la fuerza militar y armado de poderes extraordinarios; pero presa del pánico e inseguro de sus propios elementos, ya que conoce su orfandad de prestigio en la plebe y en fuertes núcleos de las otras clases y desconfía de la lealtad de uno de los cónsules, Cayo Antonio, que había sido, en efecto, amigo y compañero de candidatura de Catilina. Frente a ellos, el núcleo catilinario, coherente y entusiasta, con un caudillo que goza de la simpatía no disimulada de las masas urbanas y un programa grato al pueblo. Verdad es que no contaría en los comicios con los votos de César y Craso. Pero, ¿hasta qué punto se podía confiar en las componendas de los jefes, y cuál sería la virtud de éstas para contrarrestar aquel entusiasmo? No cabe fundar pronósticos en los precedentes electorales, ya que el electorado se engrosa ahora con multitud de votantes venidos de todos los extremos de Italia y que no responden a César, ni a Craso, ni al Senado, sino a Catilina. El triunfo continúa siendo dudoso para la oligarquía, no obstante el concurso de los primeros. Y aun cuando se triunfe, ¿dicho concurso se mantendrá en el caso de una insurrección popular?... Está en la conciencia de todos que el acto electoral no significa más que un prólogo y que, cualquiera sea el resultado, es inevitable el estallido de la guerra civil.

La oligarquía no era más que una coalición de intereses financieros, sociales, políticos, cuya voluntad de resistencia se alimentaba en sentimientos puramente negativos: el terror de perder posiciones privilegiadas, el miedo físico a las represalias, el espíritu de rutina de sus clientelas. Ningún entusiasmo, ninguna mística la animaba, ya que el vocabulario republicano y liberal que oponía a las tentativas de renovación sonaba a hueco en los oídos del pueblo, por su ridículo contraste con la realidad angustiosa de la república. ¡Qué ganaba el campesino hambriento con oír de nuevo que era libre y que en los comicios podría decidir entre Cayo, Tulio o Lucio, si con ninguno de ellos

cambiaría su suerte, según se lo enseñaba una larga experiencia! Nada quería saber ahora de esas bellas palabras, y seguía detrás del jefe que les prometía el abatimiento de los usureros y de sus políticos a sueldo; la humillación del acreedor hipotecario que le consumía, en concepto de intereses, el producto íntegro de sus cosechas, vendidas también a precios de hambre a los hombres influyentes de la ciudad, y que lo obligaba a seguir endeudándose para comer, cada vez a precios más altos; la destrucción de un régimen de iniquidad, y la libertad efectiva del que puede disfrutar, sin zozobras, de pan y techo. Los únicos grupos en que tenía eco la propaganda oligárquica eran aquellos, muy reducidos, en los que perduraba el espíritu del silanismo y que se oponían a la revolución por prurito de "cultura", por solidaridad de clase. La invocación del orden asumía para éstos mayor valor que las declamaciones liberales. El miedo al caos les servía de mística. No podían imaginar una república gobernada por otros que no fuesen los eternos figurones consulares.

La revolución, con Catilina a su frente, dispuesto a jugar por última vez el lance de los comicios, tenía el sentido de la transformación necesaria y contaba con el aporte de la juventud y de los productores; llena de entusiasmo y de confianza en sus fuerzas, estaba segura del triunfo en cualquier terreno y dispuesta a luchar hasta el fin. El gobierno contaba con las ventajas de la posición y con la inercia. En medio de una y otro, los imponderables que deciden en última instancia, los factores imprevisibles, la voluntad de los dioses...

Capítulo XIV: *Una mística de la juventud*

"Non tamen adeo virtutum sterile saeclum ut non et bona exempla prodiderit" [15].

RESUMEN: Un problema de generaciones — Oligarquía y gerontocracia — Limitaciones de edad en la constitución — Juventud y ancianidad en las funciones de gobierno — Juventud y cesarismo.

Hay en el episodio catilinario un fermento, una razón de ser, que no han sido señalados ni advertidos por los historiadores y que lo caracterizan mejor que las aspiraciones socialistas formuladas por el caudillo. Es un movimiento de jóvenes. Más aún, es un movimiento que invoca una especie de mística de la juventud, según las palabras, sin duda auténticas, que los historiadores le atribuyen a Catilina. No importa que en su filas militen hombres de todas las edades, entre ellos los viejos soldados cuya actuación guerrera se había desarrollado veinte años atrás. El nervio del partido lo constituye la juventud, patricia o no, que rodea la figura del jefe: la juventud *"más brillante de Roma"*, según el mismo Cicerón no puede menos que reconocerlo. Y esos jóvenes invocan sus pocos años como un título para el gobierno, como el mejor argumento en favor de su causa: *"Nosotros tenemos la fuerza, el vigor del ánimo; en ellos, por el contrario, años y riquezas,*

15 Tácito, Hist., I, III.

todo ha envejecido". ¿Había, pues, en esa época de Roma, un problema de generaciones?

La oligarquía romana era, efectivamente, un régimen de ancianos. La restauración de Sila habíase definido como el establecimiento de una *gerontocracia*, dotada de un verdadero estatuto legal por las limitaciones de edad que formulaba la constitución nueva para el desempeño de las diversas magistraturas. Estas limitaciones habían existido en la legislación anterior; pero aparte de no sobrepasar el mínimo de la treintena, no habían sido nunca obstáculo para el surgimiento del verdadero mérito personal. Sila impuso una jerarquía rígida, según la cual nadie podría llegar al consulado antes de los cuarenta y tres años, ni a la pretura antes de los cuarenta, manteniendo para la magistratura inferior el límite que antes bastaba para las más altas, treinta años; es decir, la edad en que el gran Alejandro ya había conquistado el mundo y Escipión Africano obtenido sus mayores victorias. Como consecuencia de estos preceptos y de la tendencia que significaban, el Estado romano estaba constituido por valetudinarios llenos de achaques y de prudencia, circunstancia que explica por sí sola todas las fallas de que adolecía.

El hecho de poner trabas de edad para el desempeño de las magistraturas, aunque el límite no parezca demasiado alto, es la revelación de un espíritu de predominio de camarilla, indica una tendencia a excluir competidores; y si se tiene en cuenta que se trata de edades mínimas, cabe inferir que el término medio corriente sería mucho mayor. Así ocurría, efectivamente, en Roma, cuyo elenco político estaba integrado principalmente por sexagenarios. Aparte de las razones morales que se expondrán, esto obedecía a una razón histórica. Sila había llegado al poder rodeado por los personajes excluidos del mismo cinco años atrás, a raíz del advenimiento de la democracia, y que habían gobernado ya más de una década; el ostracismo había renovado en ellos el afán de mando, y era natural que, una vez restablecidos en su predominio anterior, tomaran sus precauciones para no perderlo nuevamente,

aunque su tiempo había pasado y era la hora en que debían suplantarlos sus hijos. De ahí las precauciones legislativas y la desconfianza por los jóvenes como razón de Estado. Sila, viejo él mismo, era el representante más conspicuo de ese espíritu, como lo demuestra su frase despectiva cuando le presentaron la cabeza ensangrentada del hijo de Mario: "*¡Éste quería manejar el timón antes de haber aprendido a empuñar el remo!...*".

Si recorremos el curso de la historia, podemos verificar, con ejemplos reiterados, que ese predominio de los ancianos en el manejo de la cosa pública no es privativo de la oligarquía romana, sino que caracteriza en general a los regímenes análogos. Gobiernos de usufructo, gobiernos en que prevalecen los intereses materiales sobre los espirituales y los privados sobre los públicos, gobiernos en que el consumo sobrepasa a la producción y se despilfarran las energías acumuladas, gobiernos moralmente corrompidos, corresponden al sistema senatorial, en el sentido lato del término. Se originan, por lo común, en la resistencia de una generación, educada en las artes de utilizar en provecho particular la influencia gubernativa, a abandonar el ejercicio del mando a las generaciones sobrevinientes, por el peligro que amenazaría a los intereses privados substituidos impúdicamente al interés general. Consecuencia de ese estado de espíritu usufructuario es un recelo general hacia los jóvenes, no comprometidos aún en el tejemaneje de los intereses creados y sospechosos siempre del idealismo reformista a que los predispone la generosidad que les es propia y la falta de ataduras. Las limitaciones de edad en la legislación y las más efectivas de la obstrucción sistemática a los hombres nuevos, vienen de ese recelo. Hay que dar tiempo a los jóvenes para que se corrompan: tal es la voz de orden. Cuando el roce de la vida y las exigencias del hogar, de la familia, de la materia los hayan obligado a transigir con el estado social que antes abominaban; cuandos los años y los desengaños hayan apagado sus fuerzas, sólo

entonces podrá permitírseles el acceso a la influencia y al poder. Salvo que den pruebas de someterse temprano... Porque en dichos regímenes, aunque por excepción, suelen prosperar algunos hombres físicamente jóvenes. Pero siempre que su compromiso prematuro con los intereses vigentes haya demostrado a los gerontes su falta de peligrosidad.

Ese predominio de los ancianos indica siempre un estado patológico de la sociedad. No es de orden natural, como que las cualidades negativas de prudencia y consejo que caracterizan a la vejez no son las únicas necesarias para el ejercicio del mando. Éste exige, ante todo, vigor físico, voluntad, coraje, espíritu de sacrificio, imaginación viva, optimismo creador, que son cualidades esencialmente juveniles, aunque por excepción pueda conservarlas algún anciano, y que definen la capacidad de acción. El gobierno es acción. Debe ser, desde luego, acción acertada, temperada por el criterio equilibrado que da la experiencia; pero acción siempre, en la medida que las circunstancias lo requieran, lo cual implica la percepción viva, inmediata, juvenil, de las circunstancias. De ahí que sea lícito afirmar que el gobierno es actividad de jóvenes y que hay una edad para el mando como hay una edad para el amor. Lo prueba el hecho innegable de que las épocas de esplendor, de crecimiento de las naciones fueron aquellas en que el ejercicio del gobierno correspondió a hombres en la plenitud de su vigor físico e intelectual, de los treinta a los cuarenta años. Así ocurrió en Roma, durante los mejores tiempos de la República. *"Para alcanzar los altos cargos del Estado necesitábase tener determinada edad* –escribe Rosenberg–; *pero este límite, según nuestro modo de ver actual, era extremadamente bajo. En el siglo II a. J. C., a los treinta y un años se podía ser juez supremo y gobernador de una provincia y a los treinta y cuatro presidente de la República. Estas bases, establecidas en la época de Catón para la formación de los gobernantes dieron excelentes resultados. Los presidentes, ministros y generales romanos, relativamente jóvenes, no habían sostenido exámenes, pero se habían educado en la escuela*

de la práctica. En conjunto, fueron excelentes gobernantes". Y Maquiavelo, comentando el mismo hecho, afirma en sus discursos sobre Tito Livio: "*Cuando un joven es de tanta virtud que se haya hecho conocer por alguna cosa notable, sería dañosísimo que la ciudad no se pudiera valer de él inmediatamente y tuviera que esperar que envejeciese en él la prontitud, el vigor del ánimo*"... Se refiere aquí al caso de Valerio Corvino, ¡cónsul a los veintitrés años!...

Sólo un ejemplo de gerontocracia benéfica nos presenta la antigüedad: el de Esparta. Pero ¿por qué? Porque es el único caso de una sociedad orientada hacia la función pública y de cuyas actividades estaba terminantemente excluido el lucro privado, fuente principal de la corrupción de los hombres. Los ancianos dorios, nutridos de filosofía pitagórica, que hasta los sesenta años hacían la guerra y se ejercitaban en el gimnasio, conservaban la juventud del alma, realzada por una serena sabiduría ajena a todo cálculo egoísta. Vivían para el Estado; no para su comodidad personal, ni para la prosperidad de sus hijos y sus nietos.

Se explica, según hemos dicho, la superioridad de la juventud en el gobierno, por las cualidades de espíritu que la caracterizan, en oposición a las de la vejez. Toda generalización, en materia psicológica, resulta aventurada; es, de cualquier modo, innegable que el curso de los años deja huellas en el carácter y la inteligencia, provocando cambios fundamentales. No siempre la decadencia de la carne origina la decadencia del espíritu; hay personas que conservan hasta el fin de su vida la juventud espiritual. Pero se trata de excepciones que sólo se dan en las más altas jerarquías de la moral y del talento. Lo normal es lo contrario. Cabe, por consiguiente, intentar —apoyados en el báculo de la Escuela— una enumeración de las cualidades comunes a la vejez, en su relación con las funciones directivas. Aristóteles, en su RETÓRICA, ha escrito al respecto un capítulo admirable, que resume toda la sabiduría antigua.

El ejercicio benéfico del mando exige, sin duda, determinadas condiciones intelectuales. Pero también, y acaso en primer término, virtudes morales. Sin una gran dosis de idealismo y espíritu de sacrificio, cualquier gobernante, por más talentoso que lo supongamos, puede ser fácilmente llevado a transformar el gobierno en mero instrumento de lucro personal, convirtiéndose en malhechor público. Ahora bien, ese idealismo, que implica voluntad de proceder con justicia, y ese espíritu de sacrificio, que supone un aprecio mayor por las recompensas morales (honor, reconocimiento de los conciudadanos), que por los materiales de la molicie y el provecho pecuniario, suelen encontrarse accidentalmente en los ancianos; pero son cualidades esencialmente juveniles, inherentes a la generosidad, a la frescura del ánimo. El curso de los años las embota, por lo común, hasta hacerlas desaparecer. Como también mata el coraje necesario para realizar el bien contra todos los obstáculos que generalmente se le oponen. "*Los ancianos* —dice Aristóteles— *son timoratos, y en ese aspecto, todo lo contrario de los jóvenes. Son fríos, mientras éstos llenos de fuego. Por consiguiente, la vejez se deja guiar por el miedo, que es una especie de enfriamiento*".

Los años apagan las pasiones. Pero no solamente las malas pasiones que pueden llevar a la intemperancia y el desenfreno, sino también las buenas, las nobles pasiones, que conducen hasta el sacrificio total por una causa. La sagrada embriaguez del entusiasmo, que hace a los héroes, es privilegio de la juventud, como igualmente los sentimientos altruistas, floración efímera del alma, que pocas veces resiste a las ráfagas heladas de la experiencia otoñal. El envejecimiento supone, casi siempre, la subordinación paulatina de los mejores impulsos, "locuras de juventud", a cálculos interesados; el triunfo lento del egoísmo.

En general, cabe afirmar sin vacilación que la vejez es más material que la juventud; que en ésta prevalece la tendencia al bien moral y es más frecuente el dominio de la carne por el espíritu, mientras en aquél-

lla prevalece el afán de tranquilidad y de lucro. Por lo que toca a las condiciones intelectuales, reciben la influencia de esos móviles morales. Al no sujetar sus planes a cálculos interesados, los jóvenes abarcan un mayor panorama, iluminado por la vivacidad de la imaginación. Las gafas seniles del interés deforman, en cambio, y restringen la visión, trabando la capacidad de obrar. Los jóvenes ven la meta y avanzan hacia ella con entusiasmo y coraje; los ancianos sólo ven los obstáculos, y de ahí que en todas las cuestiones se decidan al fin por las ventajas de la quietud, de la pasividad, aunque ésta implique la derrota y el deshonor.

Por eso los gobiernos de intereses materiales son gobiernos de ancianos, como los gobiernos de ancianos resultan, naturalmente, meras gerencias del provecho privado de los gerontes y de sus familias. El espíritu de lucro, de usufructo, busca la permanencia, el goce tranquilo, sin sobresaltos, de los bienes adquiridos, cosa adecuada al temperamento senil. Llegados al pináculo de sus aspiraciones, cualquier cambio les resultaría perjudicial. De ahí su incapacidad absoluta de grandeza; de ahí el horror por los jóvenes, sospechosos de querer trastornarlo todo, y la veneración por las cualidades negativas de experiencia, sensatez, reposo, que la ideología del sistema convierte en condiciones insubstituibles, únicas, para la realización del bien público. Cualquier tentativa renovadora resulta, para ese espíritu, una insania peligrosa, un atentado contra la patria, una expresión de sentimientos envidiosos y criminales. El estribillo de los oligarcas valetudinarios, envejecidos en el goce del usufructo "legal" y que se declaran, *argumentum auctoritatis*, la "gente decente" por antonomasia —gente decente y gente adinerada son sinónimos en el lenguaje de las oligarquías—, consiste en proclamar la corrupción de las nuevas generaciones. Lo cual suele ser cierto en parte, ya que la corrupción de arriba se trasmite a todo el organismo social; pero nunca tanto como para justificar la continuación del régimen. Porque si queda, en las épocas de corrupción general, alguna reserva de salud, es en la juventud donde hay que ir a buscarla.

Este juicio se refiere exclusivamente a los ancianos en la vida pública. Y no a casos individuales —caben muchas excepciones—, sino a casos colectivos. La ancianidad es venerable; no existiría moral social en un pueblo, si faltase el sentimiento de respeto por los ancianos, ni orden sin la fuerza moderadora de sus indicaciones y de su experiencia. Pero esto mismo señala los límites de su función. Las cualidades positivas de la ancianidad se convierten en vicios cuando quienes las poseen se aplican a la acción política: cuando abandonan el rincón del hogar o el estrado del consejo para debatirse en la plaza pública. Dejan entonces de ser respetables —exactamente como los *viejos verdes*— porque muestran a lo vivo el desequilibrio entre sus apetitos y su capacidad y porque desarrollan un acción desmoralizadora y maléfica.

El encastillamiento de una generación agotada en las posiciones gubernativas provoca siempre gran malestar social. Es éste un problema que no ha sido estudiado con la detención que merece. Aparte de los males que acarrea a la colectividad la perpetuación de un régimen de usufructo y de la reacción pública consiguiente, se produce una reacción suplementaria y enconada por parte de las generaciones postergadas, que pretenden, sin conseguirlo, realizar su destino político. La existencia de una oligarquía senil, compuesta por personajes de 60 a 70 años que detentan, sin eficacia y por mero espíritu de lucro, las situaciones de honor y responsabilidad, significa de hecho el sacrificio de las legítimas ambiciones de los hombres de 30 a 40 y los más jóvenes, que se encuentran precisamente en la edad de desarrollar el máximo de sus energías en beneficio común y que, dada la lentitud del mecanismo oligárquico, deben esperar todavía varios lustros, es decir, el agotamiento de esas energías, para substituir a aquéllos. Cuando la tarea que se debe realizar es urgente, cuando no hay tiempo que perder, el estado de desesperación que origina la expresada

anomalía es tierra inmejorable de cultivo para los propósitos violentos.

Quienes han pretendido explicar el curso de la historia como una sucesión de generaciones enemigas, generalizan demasiado el fenómeno. En realidad, esto no es lo normal. En las épocas florecientes prevalece el espíritu de continuidad, de colaboración. El encono, la pugna encarnizada sólo se producen en situaciones como la que hemos descripto. Por el predominio de la camarilla impuesta a raíz de la restauración silana y las limitaciones de su legislación, el acceso al poder estaba cerrado para los hombres jóvenes. A diferencia de las épocas anteriores, resultaba casi imposible la elevación rápida de ningún personaje, cualquiera fuese su mérito: la única excepción fue la de Pompeyo, que por la privanza del dictador había salido hecho de sus manos. Todos los demás hombres públicos debían esperar pacientemente su turno y el mismo César sólo llegó a las magistraturas una vez expirados los plazos legales. De que sentían trágicamente su postergación, son testimonio las lágrimas de éste ante la estatua de Alejandro. ¡Veían que se les iba la juventud sin haber realizado las grandes cosas con que soñaban!

Catilina comprendió la magnitud del problema, según lo indican las palabras que sus historiadores nos han trasmitido; y ello explica su prestigio entre los jóvenes. Prestigio que no sufría disminución ninguna por las exigencias de la acción violenta con peligro de la vida y que resultaría absurdo atribuir, como Cicerón lo pretende, a una especie de patronato en el vicio y la orgía, ya que entre el espíritu de goce y el de heroísmo hay contradicción absoluta.

Sin embargo, se comprende fácilmente la versión calumniosa por las características del temperamento oligárquico. Revistiendo los privilegios, para éste, una especie de carácter sagrado, quien los ataque se presume que obra movido por una perversa aberración. Y si amotina a la juventud contra los mismos, será un corruptor, el corruptor por excelencia, y habrán de atribuírsele los peores crímenes. Catilina no era, pro-

bablemente, un dechado de pureza —como tampoco ninguno de sus acusadores—; prestaba asidero a la calumnia y se la agotó para hundirlo.

Pero ¡qué emoción significaría, para los Cetegos, los Celios y los Dolabelas que siguieron sus banderas, la palabra del caudillo que les revelaba la posibilidad de realizar sus informuladas aspiraciones de grandeza!... ¡Cómo les resultaría amargo el sabor de la orgía en que, por decisión expresa de sus incapaces progenitores, consumían estérilmente su juventud! Ante ellos se abriría la perspectiva de revivir las olvidadas hazañas de los abuelos, cuyas estatuas guarnecían los atrios familiares, y en sus corazones se avivaría el fervor heredado, el fervor de los fundadores y los conquistadores. La auténtica tradición de Roma vibraba en el verbo del descendiente de los guerreros troyanos, en quien se reencarnaba el legendario patriarca de los Sergios, Sergeste, compañero de Eneas.

Hemos dicho que la situación de anarquía originada en los desmanes oligárquicos sólo puede liquidarse mediante la dictadura popular. Cualquier otro arbitrio resultaría ilusorio, desde el momento que las camarillas usurpadoras están siempre dispuestas a resistir por la fuerza de las armas, contra la cual no valen los pronunciamientos electorales, sino una fuerza mayor. Para evitar a Sila, es necesaria, en los trances críticos, la aparición de César. No hay cuadros formados, no hay una categoría dirigente que substituya a la clase caduca; es indispensable, por consiguiente, la voluntad férrea que consuma el aniquilamiento de ésta y organice los nuevos cuadros. En su acción revolucionaria, el poder cesáreo representará la voluntad del elemento fundamental de las sociedades, del *demos* fecundo, en cuyo seno se reclutará el nuevo personal directivo. No será, pues, opresor, sino libertador; o, mejor dicho, será opresor de una minoría para libertar a la masa del pueblo. La fuerza de que está armado la utilizará para reprimir la resistencia que, en defensa de sus privile-

gios, le opondrán los oligarcas, bajo la invocación mentirosa y confusionista de las "libertades republicanas".

Pero el cesarismo significa, en estos casos, algo más que la substitución de un orden inicuo por otro nuevo, más ajustado a la equidad. Significa también un rejuvenecimiento de las naciones, por el restablecimiento de la sucesión natural en el ejercicio del mando. Y, en consecuencia, una resurrección moral, por la exaltación de las virtudes heroicas, inherente al predominio de la juventud en el manejo de los negocios. El espíritu utilitario es reemplazado por el espíritu de justicia, el derrotismo sistemático por el sentimiento exacerbado del honor, el egoísmo faccioso por la generosa unidad en un propósito común, la anarquía por el orden, el Estado débil por el Estado que subordina los intereses particulares al interés de la colectividad. Tal era la aspiración de Lucio Sergio Catilina.

No la realizó. Ni tampoco su generación, que fue una generación sacrificada, aplastada entre dos épocas de la historia. La empresa de extirpar la oligarquía senatorial debía consumarla, veinte años más tarde, uno de sus contemporáneos, conservado joven por la virtud galvanizadora del genio. Pero César se apoyaría en una nueva promoción romana, en la que tenía la edad de sus hijos. La mayoría de los que acompañaron a Catilina habían perdido ya las energías juveniles, habían capitulado con el régimen, se había extinguido en ellos la sagrada insatisfacción antigua. Debían ser sus vástagos quienes volvieran por el honor del nombre romano, combatiendo bajo las banderas del futuro dictador.

Capítulo XV: *El "general togado"*

"...me, me togato duce et imperatore" [16].

RESUMEN: Mediocridad de la política ciceroniana — Realización de los comicios; derrota de Catilina — Intensificación de los preparativos — Inacción del cónsul — Nuevos decretos del Senado — Catilina acusado de "violencia" — Primera catilinaria — El caudillo sale de Roma.

Cicerón se envaneció toda su vida de su actuación en el consulado, que le había valido el título de "padre de la patria" votado por el agradecimiento de la oligarquía, y escribió la historia del mismo en latín y griego, en prosa y en verso. No satisfecho con esta divulgación un tanto exagerada, aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron, en sus discursos posteriores, para referirse a los episodios de ese año memorable, y en tal forma que la propia actuación se magnificaba en cada nuevo relato, a medida que los testigos oculares iban siendo reemplazados por una nueva promoción, más accesible a su oratoria, desde que no podía oponerle ninguna experiencia directa. Afirma Plutarco que la insistencia del orador en la autoalabanza llegó a hacerlo insoportable a sus contemporáneos, hasta el extremo de que le huyeran como a un *raseur*, lo cual excluye toda idea de veneración. Sea como fuere, lo cierto es que no se equivocó en sus cálculos y que, a

16 Cicerón, In Cat., II, XIII.

fuerza de hablar y escribir, consiguió pasar a la posteridad con la figura de "salvador de la patria" que ambicionaba. La ingenua convicción del protagonista ha hecho fe ante los historiadores. De nada ha valido que en un momento de sinceridad —o de miedo— el mismo Cicerón haya querido disminuir su responsabilidad, que era su gloria, confesando su verdadero carácter de instrumento: *"En mi consulado, lejos de mandar, no hice más que seguir las inspiraciones de los senadores y de los buenos ciudadanos"*: léase *de los ricos.* No obstante esta palinodia, la solidaridad gremial de los escritores ha sido el pedestal de su estatua y todos los que han escrito sobre su época se han empeñado en glorificarlo, ya movidos por la sugestión de su oratoria, ya por el prurito interesado de mostrar que los literatos suelen ser eficaces en política.

La verdad es que no se encuentra en todo el drama ningún rasgo de gran estilo gubernativo por parte del cónsul. La causa que defendía era mala y el lujo retórico desplegado en su defensa no alcanza a disimular la miseria moral e intelectual de quienes invocaban, sin derecho para ello, la gran tradición romana. Los medios empleados fueron dilatorios, contradictorios, vacilantes, y, al cabo, de una crueldad apresurada que no disimuló su cariz de reacción de pánico, visible en las fluctuaciones de la votación senatorial. En las dilaciones y contradicciones de Cicerón se revela, aunque prescindamos de su confesión, su calidad de instrumento. Adulador de la camarilla del Senado, no pudo seguramente cambiar en ningún momento su actitud con respecto a ella, ya que tenía conciencia de haber sido contratado para servirla; y se sintió muy honrado con asumir la responsabilidad de las diversas insinuaciones que recibía continuamente de sus mandantes. Era su oficio.

Aunque conoce, desde tiempo antes, la existencia de la conjuración, sólo se le ocurre una actitud defensiva y represiva. Pero ninguna medida de prevención. Las causas del malestar son notorias. Nada hacen Cicerón y la oligarquía para suprimirlas o mitigarlas.

Nada por disminuir la miseria del pueblo, nada por satisfacer las aspiraciones de los latinos y traspadanos, nada para permitir el acceso de gente nueva a las magistraturas, nada por detener el desenfreno de la especulación y la usura. Pocos ejemplos ofrece la historia tan característicos de la fiebre de usufructo que hace presa en las camarillas usurpadoras y que causa a la larga su perdición. La idea de sacrificio por el bien público, sin la que ninguna clase dirigente puede justificar su subsistencia, les es totalmente extraña. El fin del Estado consiste, para ellas, en la conservación y fortalecimiento de los privilegios de que gozan y que se les antojan de derecho divino. Cualquier ataque contra los mismos asumirá, por consiguiente, carácter sacrílego, lo cual explica la inclemencia habitual de sus represiones. Cegadas por la avaricia, resultan incapaces de prevenir las reacciones populares, disminuyendo a tiempo el volumen de sus exacciones y adoptando medidas que, por significar un reparto de riqueza, disminuyan en algo las propias y abusivas ganancias.

Frente a la revolución que se prepara, el único recurso de la política ciceroniana consiste —fuera de las precauciones policiales— en la operación de las candidaturas, para obtener el apoyo eventual de Craso y César. Pero aun esta misma es una operación derrotista, desde que implica un pacto con el enemigo entregándole una caución cuantiosa. Concebida con la habilidad elemental del que se bate en retirada, constituye una confesión de derrota para el régimen, que sólo obtendrá con ella una prolongación de su agonía.

El amplio recinto del Foro pululaba de multitud el día designado para las elecciones. Había en el ambiente la tensión característica de las horas de crisis, provocada por la expectativa, el temor, el coraje contenido, y una inquietud que se manifestaba en movimientos desordenados, exclamaciones, murmullos. Era una jornada decisiva. Esta convicción estaba en la conciencia de todos. Contribuía a acentuar la anormalidad del ambiente, un despliegue desusado de fuerzas armadas. Todos los templos que rodeaban el recinto se hallaban

guarnecidos por destacamentos militares listos para intervenir y había guardias también recorriendo las calles.

Una ovación saludó la llegada de Catilina, que apareció rodeado por Antonio, Léntulo y el resto de los conjurados, entre los cuales la flor y nata de la juventud patricia. El rostro del caudillo respiraba decisión y coraje e inspiraba a sus partidarios la seguridad de la victoria. Era el candidato enemigo de los ricos, amigo del pueblo. Por eso su paso entre la multitud arrancaba aclamaciones aun en las mismas filas abigarradas del elemento electoral de sus adversarios, conducido allí a cambio de un jornal por los jefes de las *heteras* o *comités*, empresarios venales del sufragio. Detrás del brillante estado mayor catilinario venían numerosos soldados de las colonias militares fundadas por Sila y que se habían trasladado a Roma para participar en la elección. Desfilaban al mando de viejos centuriones y se dirigían en formación al recinto de los sufragios, como si se tratara de una operación militar. Gladiadores y gente de acción completaban el cortejo, y muchos llevaban, a despecho de las leyes y para contrarrestar el efecto de las precauciones gubernativas, armas a la vista. Del otro lado de la plaza, en un grupo compacto que parecía atemorizado ante ese desborde, se encontraban Silano y Murena, rodeados de senadores, caballeros y sus clientelas electorales.

Se esperaba, para iniciar el acto, la llegada del cónsul, que debía presidir los comicios. Cuando Cicerón atravesó la plaza, fue aclamado por los conservadores, hasta que se instaló en su sitial. Una numerosa escolta de jóvenes de la clase capitalista lo rodeaba, manifestando en sus expresiones y movimientos, que estaban preparados para el combate previsto. El mismo cónsul, para demostrar ante el pueblo que su vida corría peligro, exhibía como al descuido, bajo la toga espectacularmente entreabierta, una brillante coraza.

Catilina parece haber estado seguro, en esta ocasión, de obtener el triunfo electoral, no obstante la retracción de César y Craso. Muchos partidarios de éstos lo apo-

yarían, a pesar de todo. Y, además, contaba con los electores traídos expresamente de las colonias militares. Aunque era igualmente seguro que, en caso de ser electo, se decretaría contra él la nulidad del acto, so pretexto de violación a las leyes Calpurnia y Tulia, el pronunciamiento electoral le daría, por lo menos, un título efectivo, por más discutido que fuese, para encabezar la revolución. Dado el carácter formalista de los romanos, esa consagración tenía una importancia excepcional y Catilina lo sabía. Investido por el sufragio popular, su poder se multiplicaría, arrastraría a la opinión vacilante; y serían seguramente en vano las maniobras oligárquicas tendientes a despojarlo del consulado. Se aspiraba a reproducir, como se ve, la operación fraguada dos años atrás, a favor de Publio Sila y Antonio.

No obstante las precauciones del cónsul y el despliegue de fuerzas por ambos bandos, es indudable que las intenciones del caudillo no consistían en aprovechar, para el golpe de Estado, el acto de la elección. Esa exhibición tenía, además de un propósito defensivo, el de impresionar a la muchedumbre, que ama a los fuertes, con las manifestaciones externas del poder y comprometer de este modo su sufragio. No había dado instrucciones para la lucha armada inmediata, que sólo estallaría una vez agotados todos los recursos de la legalidad. Aunque resultase vencido, siempre quedaba la esperanza de la eliminación eventual de algunos de los competidores. Murena iba a ser acusado; en caso de condenación, los votos de éste no recaerían sobre Sulpicio, que respondía a la fracción *ultra*, sino sobre el caudillo de la juventud. Estos cálculos explican la inacción de los conjurados frente a la derrota electoral. Era cosa resuelta que la guerra estallaría después del fracaso de la tentativa comicial y con el centro de operaciones fuera de Roma. Ya estaban preparados los contingentes de Etruria al mando de Manlio.

En caso de triunfo electoral, se lucharía con la ventaja de una bandera de legalidad; en caso de derrota, con desventaja. Habría guerra de todos modos. Pero la moral de las tropas exigía, para su máxima tensión, el cumplimiento de las formas legales.

El escrutinio dio el triunfo a Silano y Murena. No por previsto fue menos fuerte la impresión que el contraste produjo en el ánimo del caudillo. Cualquier otro habría abandonado la partida; él logró, no obstante, sobreponerse y proseguir la lucha con gran parte de sus partidarios, que sintieron intensamente la derrota en sus corazones. Y aunque, como se esperaba, Murena fue acusado por Sulpicio, la reacción inmediata producida en el partido oligárquico, a raíz de la victoria, dio a entender cuál sería el resultado del proceso. Cicerón, Hortensio y Craso se ofrecieron para defender al acusado. Era la absolución segura y así lo comprendió Catilina.

No queda más recurso que la guerra. El jefe revolucionario envía nuevamente a Fiésola a Cayo Manlio, que había venido para secundarlo en los comicios; a Picenio a un cierto Septimio, de Camerta, y a Cayo Julio a las Apulias. Otros conjurados cuyos nombres no conserva la historia son mandados asimismo a diversos puntos de la península. Él permanece en Roma para mantener la moral de sus elementos y preparar el estallido. *"Lleva a cabo diversas intrigas, tendiendo asechanzas al cónsul, disponiéndolo todo para el incendio, colocando hombres armados en posiciones estratégicas; él mismo se arma, ordena a unos hacer lo mismo, exhorta a los otros para que se mantengan siempre listos y dispuestos a obrar: día y noche, infatigable, no duerme, se muestra insensible al cansancio y al insomnio"* (Sal. XXVII). Viendo que sus esfuerzos chocan con el desaliento de la mayoría, convoca a sus partidarios a una reunión en casa de Marcio Porcio Lecca. Allí, después de enrostrarles su falta de actividad y energía, les expone el resultado de la propia acción y la disposición de las fuerzas adictas en toda Italia; les tonifica el ánimo con la esperanza de la victoria; les habla de los millares de hombres dispuestos a arrojarse sobre la Urbe corrompida para conseguir la liberación de la República. Él mismo —anuncia— irá a ponerse al frente de las tropas, una vez que haya resuelto la situación de la ciudad y tenga los elementos listos en ella para secundar, con una

insurrección general dentro de los muros, sus esfuerzos en la guerra civil. Lo que importa por el momento es deshacerse de Cicerón, porque el senado-consulto de que está armado significa un peligro constante para los conspiradores. El otro cónsul, Marco Antonio, no hará uso contra ellos de los poderes excepcionales...

¡El famoso senado-consulto! Con esa arma terrible en las manos, Cicerón no detiene a nadie, no hace otra cosa que colocar guardias. El abogado busca pruebas legales, mientras se maquina su muerte y la destrucción del régimen. El orador, mientras tanto, imagina actitudes y frases.

Ante la inacción del cónsul, toman la iniciativa los senadores. Lucio Emilio Paulo acusa a Catilina de *"violencia"*, según los términos de la ley Plaucia, única acusación que traía aparejado el arresto. Pero esta prevención ilusoria, puesto que consistía en poner al acusado bajo la guardia de un ciudadano responsable, no traba la libertad de acción del caudillo, quien recorre de noche, sin obstáculos, todos los rincones de la Urbe. Lucio Senio, por su parte, lee en el Senado una carta recibida de Fiésola, en la cual se le anuncia que Manlio se ha levantado en armas a la cabeza de una gran multitud. Hay noticias, además, de reuniones, transportes de armas y fermentación entre los esclavos de Capua y las Apulias...

Estas novedades convencen al Senado de la necesidad de organizar la defensa militar. En las puertas de Roma, dos generales de Pompeyo, Quinto Marcio Rex y Quinto Metelo Crético, esperan con sus legiones que se les concedan los honores del triunfo. Un senado-consulto les ordena marchar, al primero con rumbo a Fiésola y al segundo sobre las Apulias y regiones vecinas. Al mismo tiempo, dos pretores, Pompeyo Rufo y Metelo Celer, son enviados, respectivamente, a Capua y al Piceno, con el encargo de reclutar allí sendos ejércitos, *"según las circunstancias y el peligro"*. Se decreta asimismo que cualquiera que dé indicios sobre la conjuración dirigida contra la República, recibirá, *"si esclavo, la libertad y cien mil sextercios; si libre, doscientos mil sex-*

tercios y la gracia en caso de complicidad". Como medidas complementarias, se diseminan tropas de gladiadores en Capua y otros municipios y en los sitios estratégicos de Roma.

Cicerón fue fielmente informado, por su traidor a sueldo, de la reunión en casa de Lecca. Supo así que se había decidido en ella su muerte y que habíanse ofrecido para asesinarlo el joven senador Lucio Vurgunteyo y Cayo Cornelio, de la rama plebeya de esta ilustre familia. Advertido a tiempo les cierra la puerta de su casa, no permitiéndoles la entrada cuando van en su busca.

El pánico recrudece en Roma ante los rumores y los preparativos de la defensa. Al día siguiente del atentado frustrado contra su vida, el cónsul convoca al Senado en el Templo de Júpiter del Capitolio, como en los tiempos de alarma y peligro público. Catilina concurre a la reunión, para defenderse de la acusación de Paulo. Todos los senadores consulares, según la tradición, se apartaron a su entrada, dejándolo aislado en un ángulo del recinto. En esta ocasión pronunció Cicerón el famoso discurso que nos ha sido trasmitido con el nombre de primera catilinaria: *"Quosque tandem..."*, etc. *O témpora, o mores!...*

La guerra ha sido declarada. Catilina sale de Roma. Llevando los haces y demás insignias del mando se dirige al campamento de Fiésola. Desde Arrecio, donde se detiene unos días en casa de Flaminio Flamma y distribuye armas a la población, escribe a muchos ciudadanos notables, amigos suyos. Les anuncia el propósito de desterrarse a Marsella y se queja de injustas persecuciones, con lo que seguramente sólo trata de perturbar a la opinión, introduciendo confusión sobre sus verdaderos planes.

Pero al mismo tiempo envía confidencialmente a Quinto Cátulo la siguiente misiva, que revela a un Catilina muy distinto del monstruo creado por la versión ciceroniana y que Salustio transcribe íntegramente. Dice así: *"L. Catilina a L. Cátulo, salud. La fidelidad de que*

me has dado pruebas y que me es preciosa, hace que en los graves peligros que corro confíe en esta recomendación. No quiero hacerte la apología de mi nueva empresa... Viendo que privado del fruto de mis trabajos y de mis servicios, no podía obtener el rango conveniente a mi dignidad, hice mía, según mi costumbre, la causa común de los desgraciados... Sólo tengo tiempo de recomendarte a Orestilia y confiarla a tu fe. Protégela contra la opresión, te lo suplico por tus hijos. Vale".

La carta transcripta fue leída por su destinatario en el Senado. Éste declaró a Catilina y a Manlio enemigos de la República y ordenó a los cónsules el reclutamiento de nuevas fuerzas. Antonio, a la cabeza del ejército, se encargaría de marchar contra los insurrectos, mientras Cicerón permanecería defendiendo la Urbe.

No obstante la gracia otorgada por el Senado a quienes depusiesen las armas, nadie deserta todavía del campamento de Catilina, tal es el dominio que éste ha alcanzado sobre sus huestes. Al contrario, recibe nuevos contingentes entusiastas. Muchos que no habían participado de la conjuración salen ahora de Roma para reunírsele. Entre éstos, la historia nos conserva el nombre de Aulo Fulvio, hijo de un senador, a quien su padre, por tal motivo, hizo detener y ejecutar en el camino.

Capítulo XVI: *"Inter armas silent leges"*

"En quo discordia cives produxit miseros" [17].

RESUMEN: Pánico en la ciudad — Indecisión suicida de Léntulo — Negociaciones con los galos — Traición de éstos — Cicerón obtiene sus pruebas — Detención de los dirigentes — Proceso en el Senado; discurso de César — Condena ilegal de los conjurados — Las catilinarias — Triunfo del cónsul.

Léntulo, pretor en ejercicio, ha quedado encargado de dirigir la insurrección en la ciudad. Es el lugarteniente indicado, por las prerrogativas de la magistratura que desempeña; el más importante de los segundos, si no el más capaz. Sigue convocando a los elementos adictos en conciliábulos y deliberaciones para precisar el plan de ataque, por más que Catilina ya lo ha dispuesto todo antes de su partida. Las circunstancias han vuelto a ser favorables para la causa. Después de la breve, aunque intensa depresión experimentada a raíz de la derrota electoral, el espíritu revolucionario se tonifica con una nueva esperanza por la llegada del caudillo al campamento de Etruria. Nuevamente, se descuenta el triunfo. Así lo indica el éxodo de jóvenes que van a acogerse bajo la insignia revolucionaria y la agitación que reina en la Urbe. A ello contribuye el pánico, la indecisión de que dan muestras los dueños del poder. Han llenado de guardias los sitios estratégicos, han reclutado legio-

17 Virgilio, Égloga, I, 71.

nes; pero ¿hasta qué punto pueden contar con éstas? Nadie lo sabe. Las presunciones son, por cierto, desfavorables a su fidelidad, desde que al mismo cónsul Antonio, enviado para perseguir a Catilina, se le desconfía como simpatizante de éste, pues ha sido su compañero de candidatura.

El Gobierno vacila. Cicerón sigue con sus poderes excepcionales envainados. Todo hace creer que una conducción enérgica y decidida de los acontecimientos en la Urbe bastará para obtener el triunfo revolucionario; un simple golpe de timón a favor de la corriente popular...

Pero Léntulo no es el hombre de las circunstancias. Éstas exigen coraje, decisión, oportunidad. Y él es caviloso, indeciso y seguramente cobarde. Se había dispuesto que apenas llegara Catilina a Fiésola, un tribuno del pueblo, Lucio Bestia, convocaría a la asamblea popular y acusaría ante ella a Cicerón, culpándolo de provocar la guerra fratricida. E inmediatamente estallaría la insurrección en la ciudad, sobre la cual ya se habrían puesto en marcha convergente los ejércitos revolucionarios de toda Italia. Cada conspirador tenía asignado su respectivo papel: Estatilio y Gabinio se encargarían de acaudillar a las masas urbanas; Cetego y su grupo, de ajusticiar al cónsul y a los principales senadores; otros, de poner fuego a determinados lugares.

Sin embargo, ha pasado casi un mes desde la partida del jefe y nada se ha hecho. El tiempo transcurre en perfeccionar indefinidamente los preparativos. Con los sucesivos aplazamientos decae, naturalmente, el ánimo de los conjurados, al ver que se pierden las mejores ocasiones. Esto causa la desesperación del arrojado Cetego, que posee como político de estirpe —era hijo de Publio— el sentido de la situación. Se queja de la inercia de Léntulo; afirma que en el peligro en que se encuentran hay que obrar, no deliberar; se ofrece para atacar inmediatamente al Senado, si un grupo de bravos lo secundan. *"Natura ferox, vehemens, manu promptus, maximum bonum in celeritate putabat"*. Es el único que ve claro. Pero vence la prudencia suicida del pretor.

Léntulo, mientras tanto, pierde su tiempo en hacer proselitismo, siguiendo un plan de hegemonía personal. Es ésta una mera presunción; pero corresponde exactamente a su psicología en la cual predominaba, según todos los testimonios, una inflada vanidad. No es difícil que sus dilaciones hayan obedecido al propósito de minar, en provecho propio, la posición de Catilina como jefe del movimiento y candidato natural a la dictadura. Se sabe que aspiraba al poder supremo y que se creía predestinado al mismo por los oráculos. La presunción se robustece, considerando las negociaciones que entabla con los galos alobrogos y que serán la causa determinante del fracaso de la conjuración. Esas negociaciones constituían una indiscreción innecesaria, puesto que Catilina, más próximo entonces a los países transpadanos, no habría descuidado mandarles emisarios, y sólo se explican, en el lugarteniente, por el afán de aumentar su clientela personal y, con ella, las propias probabilidades para el mando supremo.

Los diputados de esa nación gala habían venido a Roma para quejarse ante el Senado de la avidez de los gobernadores romanos y del enorme peso de las deudas públicas y privadas que agobiaban a sus compatriotas. Sabíase que estaban descontentos porque la prepotente corporación no prestaba oídos a sus reclamaciones y que debían ser, por consiguiente, dado su natural belicoso, materia dispuesta para la revolución.

Léntulo encarga a Publio Umbreno que se ponga en comunicación con ellos. El comisionado los cita a una reunión en casa de una dama llamada Sempronia, entusiasta de la causa, y allí, en presencia de Gabinio, a quien ha llamado para que dé más autoridad a sus palabras, les revela los planes de los conjurados y les pide su concurso. Para decidir su respuesta favorable, les comunica asimismo los nombres de los altos personajes comprometidos y entre ellos, según Salustio, los de algunos "*completamente ajenos*" a lo que se fraguaba: con lo cual alude, seguramente, a César y Craso, no tan ajenos, según hemos visto. Impresionados, los bárbaros prometen su ayuda.

Pero tienen un patrono en Roma, que desempeña, con repecto a los galos, funciones análogas a las de un cónsul moderno, apoderado y consejero de los asuntos nacionales ante el gobierno de la metrópoli. Es el senador Quinto Fabio Sanga. Como era natural y cediendo a la fuerza de la costumbre, los diputados deciden consultarlo sobre el paso que acaban de dar. El influyente personaje recibe la noticia con escándalo, los cubre de reproches, los desautoriza y termina convenciéndolos, mediante toda clase de promesas, de que deben revelarle el secreto a Cicerón...

¡El cónsul se exalta, el abogado exulta! Y dispone hábilmente la celada. Los galos serán escuchados en sus peticiones. Pero para ello deberán desempeñar el papel de espías, fingiendo el mayor celo por la conjuración, relacionándose con el mayor número de complicados en ella y tratando por todos los medios de obtener *"las pruebas más evidentes"* de su culpabilidad...

Los galos desempeñan bien el mandato, demostrando con ello que merecen la esclavitud. Y antes de su partida, piden a Léntulo, a Cetego, a Estatilio, a Casio que les entreguen credenciales con sus sellos respectivos para mostrarlas a sus compatriotas. Todos los nombrados caen en la asechanza, menos Casio, que parte a reunirse con Catilina. En el camino, según lo convenido, los galos deben encontrarse con este último para ratificar ante él su pérfido juramento. Tito Volturcio, de Crotona, los acompañará. Se ponen en marcha. Pero una partida emboscada, al mando de los pretores Flaco y Pomtino, los detiene en el puente Milvio, cerca de Roma, y se apodera de los miembros de la comitiva y de un verdadero arsenal de pruebas documentales, entre las cuales, cartas de Léntulo a Catilina, dándole cuenta prolija de la conspiración en la Urbe, y aconsejándole, por última vez, el reclutamiento de los esclavos.

Todo estaba perdido. Y no por la diligencia del cónsul, casi nula, según hemos visto, sino por las dilaciones in-

justificadas de Léntulo, imbécil y cobarde. Los días transcurridos habían contemplado, entre aquél y éste, un verdadero torneo de incapacidad. Léntulo desperdició las ocasiones en forma lamentable, sacrificando el entusiasmo y los esfuerzos del partido. Mientras tanto en Galia ulterior, en las Apulias, en Brucio, en Picenio, los pretores y gobernadores habían tenido tiempo de encarcelar a los principales conjurados destacados en esas regiones y que se delataban por movimientos impacientes. No era para menos. Esperaban, con los ojos puestos en Roma, la señal convenida del pronunciamiento ¡y nada!

El gobernante que unas horas antes se consumía en la indecisión y el temor está ya, como abogado, en su papel. Tiene el proceso completo. ¡Es el momento de hablar! El "*general togado*", como se llamará a sí mismo en sus discursos, se prepara para el combate oratorio que lo esperaba. Litigará ante el Senado, convertido en tribunal político, por la causa de la oligarquía.

Su actividad que en el mes transcurrido, después de su primer esfuerzo oratorio contra Catilina, parecía paralizada, se despierta nuevamente. Lo espera una ruda tarea; sus enemigos son poderosos. La naturaleza contemplativa del cónsul padece aún de súbitos desfallecimientos, a pesar de tener en sus manos todas las armas. Pero está su vida en juego y la conservación de las instituciones que le son caras y provechosas. Cita en su casa a Léntulo, a Cetego, a Estatilio, a Gabinio; convoca al Senado en el templo de la Concordia y hace conducir allí bajo escolta a los comprometidos, menos Léntulo, a quien lleva él mismo de la mano, por respeto a su dignidad de pretor. Una vez en el recinto y ante gran número de senadores, hace entrar a los galos y a Tito Volturcio y ordena al pretor Valerio la lectura de las pruebas tomadas.

¡Imaginemos el espectáculo y admiremos al director de escena! Aturdidos por el descubrimiento de sus planes y la declaración de los galos, los acusados confiesan. E inmediatamente, el Senado, por un decreto, ordena su prisión, dándolos en custodia a otros tantos senadores.

Para comprometer en la resolución a César y a Craso, se les encomienda a dos de los detenidos, si bien los menos importantes. Luego, se levanta la sesión y, a la salida, Cicerón habla ante el pueblo (tercera catilinaria). Éste lo aclama. ¡Cómo no habría de hacerlo, si es el triunfador!

Estamos en el penúltimo cuadro de la tragedia. Convocado el Senado para tratar la suerte de los conspiradores, Silano, cónsul electo, en uso de su prerrogativa, propone para ellos la pena capital. César se opone a la moción con un discurso paradójico que es una obra maestra de habilidad política y que Salustio nos ha transmitido en resumen. Comienza calificando de dudoso —*res dubia*— el asunto en discusión. Pero luego, dando por ciertos todos los crímenes que se les imputan a los acusados —imposible, en esos momentos de sobreexcitación, trabar polémica sobre el punto—, sostiene que la muerte no es un castigo, desde que supone la cesación del sufrimiento; y que la gravedad de la culpa merece como sanción más adecuada la condena de sus autores a prisión perpetua en cualquiera de los municipios. Recuerda, por último, que la ley Sempronia prohíbe dar muerte a ningún ciudadano sin previa apelación al pueblo e insinúa, con abundantes ejemplos históricos, la posibilidad de represalias futuras. Esto hace correr un escalofrío de temor por los escaños senatoriales. El mismo Silano, después de las palabras de César, retira su propuesta, adhiriéndose al parecer de Tiberio Nerón, que pide postergación de la sentencia.

Pero los clientes y esclavos de los acusados, previendo el desenlace, están tratando de provocar un levantamiento en los barrios bajos de Roma. El pueblo aplaude hoy al cónsul. Pero, ¿quién sabe lo que ocurrirá mañana? La oligarquía, apremiada por la situación, necesita obrar. Cualquier nueva muestra de debilidad sería una forma de suicidio. Tiene, pues, que recurrir al escarmiento, la peor de las buenas soluciones, la mejor de las malas, la única que está en ese momento a su alcance. Catón primero, luego Cicerón, deciden la muerte.

El proceso de la insurrección está completo en los cuatro discursos que se conocen con el nombre de catilinarias. Allí se ve a Cicerón íntegro, con todo su talento literario y su mediocridad moral. Los dos primeros, anteriores a la partida de Catilina, fueron pronunciados a raíz de las denuncias de Curio, en los días 7 y 8 de noviembre, ante el Senado y ante el pueblo, respectivamente. Los dos últimos, después del descubrimiento de las pruebas: uno ante el pueblo, explicando los hechos ocurridos, y el otro ante el Senado, para decidir la opinión de éste por la aplicación de la pena capital y como respuesta al discurso de César.

Más que para juzgar el drama en sí mismo —pues se trata de alegatos, en que la habilidad suprema del litigante se esfuerza por deformar los hechos, para acomodarlos a los intereses de la propia causa—, los discursos expresados son un documento inestimable para el conocimiento del orador y de su auditorio. Se ve que uno y otro están compenetrados del mismo espíritu; el cónsul conoce a aquellos a quienes habla y moldea su pensamiento exactamente en las curvas de sus sentimientos fluctuantes. Dos temas se alternan: el del temor, mediante la evocación vivísima de los males reales o imaginarios que esperan a los oyentes, o que habrían sufrido en caso de triunfar la insurrección; y el de la confianza en el triunfo, un poco —especialmente en los primeros— para afirmar la fe en sí mismo, como el que silba en la obscuridad. Todo ello acompañado del redoble egolátrico en que se infla la vanidad del leguleyo advenedizo, erigido en padre de la patria: "*Habetis ducem, memorem vestri...*".

Se trata de discursos admirables por su movimiento, su colorido, su fuerza, su acento patético. Pero, ¿qué política revelan? ¿Cuál es la explicación que da el orador acerca de sus actos de gobernante?

Todo el aparato retórico que despliega no alcanza a ocultar la cobardía, la indecisión, la falta de estilo de una política que no es más que la manifestación adecuada del régimen agonizante. Sabe, desde el primer momento, el desarrollo de la conspiración; obtiene poderes

suficientes para reprimirla, y ¿qué hace? Ni la previene con actos de gobierno, ni la sofoca en su nacimiento. No arresta a nadie. ¿Por qué? Por miedo a las responsabilidades, por escrúpulos de carácter legal, como si estas consideraciones fueran atendibles cuando se trata, como él lo afirma, de la salvación de la República... Se limita a evitar en los comicios el triunfo de Catilina, oponiéndole candidatos transaccionales.

¿Y más tarde, cuando toda Italia se estremece al ruido de las armas, listas para la guerra civil, cuando su propia vida peligra? El cónsul, munido de poderes dictatoriales, se conforma con hacer propaganda hablada contra el enemigo del régimen; propaganda cuyo único resultado es apresurar una partida que éste ya había resuelto, y cuya habilidad consiste en revelar anticipadamente a los conspiradores los secretos de la policía consular... El caudillo se marcha, y durante veintisiete días seguidos puede estallar la revolución en Roma, sin que el cónsul se haya atrevido a proceder contra ninguno de los cabecillas. ¿Seguridad en las propias fuerzas? ¡Se ha visto que no estaba seguro ni siquiera de la adhesión del otro cónsul, que había sido amigo y partidario de Catilina!... Por lo demás, en esta materia no puede existir nunca seguridad completa, que aconseje no proceder, desde que el éxito o el fracaso dependen de elementos imponderables. Lo que hubo fue indecisión, temor y esa parálisis legalista que suele acometer a los regímenes de conciencia intranquila ante el peligro de las represalias.

Tuvo que mediar, por una parte, la ineptitud escandalosa de Léntulo, que retardó inexplicablemente la orden de obrar; y, por otra, una circunstancia fortuita –la traición, imprevisible para todos, de los emisarios galos– para que el *"general togado"* pudiese obtener su fácil victoria, que recordaría luego durante toda su vida...

Cuando después de esperar angustiosamente, día tras día, un estallido de resultado problemático, el azar pone en sus manos las cartas del triunfo y la "meretriz callejera" abandona en su favor al preferido de la víspera, la política del cónsul no se modifica sino en parte.

Tiene una oportunidad, que ya no volverá a presentarse, para aplastar al partido popular, para comprometer a César y a Craso, para hacer recaer sobre éstos el odio y el desprecio públicos, y no la aprovecha. Prefiere seguir su política de transacción y contemplación, que es la única habilidad de los mediocres: la prudencia monótona que excluye toda inspiración genial.

Para atraerse a los dos personajes de la oposición y tenerlos de aliados eventuales –precisamente cuando menos los necesita–, evita cualquier alusión a ellos, los adula expresamente, recalcando sus diferencias con Catilina. Hace callar a los testigos que tratan de referirse a su participación. En una palabra, su conducta es exactamente la que conviene a sus adversarios y la que les aprovechará en un futuro muy próximo. ¡Qué más quería un César, por ejemplo, que recibir ese certificado de inocencia de boca de su enemigo, en momentos en que la causa que había sido propia era la causa perdida, la causa impopular! Puede decirse que en esa circunstancia Cicerón salvó al partido democrático, por cobardía, por cortedad de vistas, por sacrificio oportunista de lo esencial a lo contingente, de un abatimiento que habría durado años. Y Plutarco, en su biografía del héroe de las Galias, confirma esta opinión. "*Lo cierto* –escribe– *es que después se lo culpó* [a Cicerón] *de no haber sabido aprovechar la ocasión que contra César se le presentó por demasiado temor al pueblo*".

Al salir de la sesión del Senado, algunos de los jóvenes burgueses que formaban la guardia del cónsul lo rodearon a César, con las espadas desnudas; y sólo pudo escapar de la muerte, según los relatos, por la intervención de aquél, que los disuadió con una señal enérgica, y de Curio, que cubrió al amenazado con su toga. Esos jóvenes eran políticos más sagaces que el gran Cicerón...

Pocas horas más tarde, éste pronunciaría, volviendo del Tullianum, el epitafio de las víctimas: "*Vixerunt*". Y regresaría a su casa, entre las aclamaciones de la multitud.

Capítulo XVII: *Pistoya*

"Dulce et decorum est pro patria mori" [18].

RESUMEN: La carta de Cayo Manlio — Catilina en el campamento: organización de las huestes — Actitud del cónsul Antonio — La noticia de la traición — La retirada — El desastre final.

Cayo Manlio estaba acampado en Etruria, con su ejército compuesto de antiguos legionarios de Sila, de campesinos y habitantes de las poblaciones itálicas oprimidas a raíz de la última guerra social. En su busca había salido Q. Marcio, al mando de las legiones senatoriales, aguerridas en la lucha contra los bárbaros. Pero en los primeros tiempos no se trabó ningún combate; por el contrario, se iniciaron negociaciones entre los jefes, para llegar a un avenimiento sin necesidad de recurrir a la fuerza.

La carta atribuida por Salustio al general revolucionario es muy expresiva del espíritu que reinaría en las filas de éste. Hela aquí: *"Invocamos a los dioses y a los hombres por testigos, general, de que no hemos tomado las armas contra la patria, ni contra la seguridad de nuestros conciudadanos, sino para libertarnos a nosotros mismos, desgraciados, indigentes y que, por la violencia y crueldad de los usureros, nos encontramos, en nuestro mayor número, sin patria, y todos, sin consideración y*

18 Horacio, Odas, III, II, 13.

sin fortuna. A ninguno de nosotros se nos ha permitido, según la costumbre de nuestros padres, invocar la ley y salvar nuestra libertad personal después de perder nuestro patrimonio: ¡tanta fue la barbarie de los usureros y del pretor! A menudo nuestros padres, enternecidos por los males del pueblo romano, socorrieron con decretos su indigencia; y hace poco hemos podido ver la reducción de un cuarto por ciento en la tasa excesiva de las deudas. A menudo el pueblo, movido por el deseo de dominar o sublevado por el orgullo de los magistrados, se separó de los patricios; pero nosotros no pedimos ni el poder ni las riquezas, esos grandes y eternos móviles de guerra entre los mortales; sólo queremos la libertad, a la cual ningún hombre de honor renuncia si no es con la vida. Nosotros os conjuramos, a vos y al Senado: apiadaos de estos desgraciados conciudadanos: devolvednos las garantías de la ley, que nos ha quitado la injusticia del pretor, y no nos pongáis en la necesidad de buscar los medios de vender lo más cara posible nuestra vida".

Aunque se ve demasiado en esta carta la mano del historiador para creer en su autenticidad, tiene importancia por los extremos que revela acerca de la conducta de los usureros, ante cuyos manejos desaparecían las garantías republicanas y se inclinaba la autoridad pública de los pretores. Marcio respondió conminando a los revolucionarios a que depusieran las armas, y en cuanto a sus quejas, indicándoles que se presentaran ante el Senado como postulantes.

Cuando Catilina llegó al campamento, adoptó las insignias consulares del mando, enarboló el águila de plata que Mario había usado en la guerra címbrica y se dedicó, con la energía infatigable que ponía en todas sus empresas, a reorganizar el ejército insurrecto. Bajo su dirección, éste aumentó considerablemente sus efectivos y se vigorizó con el entusiasmo que el gran caudillo infundía con su presencia y su ejemplo.

Después de su partida de Roma, numerosos ciudadanos de toda condición, muchos de los cuales no habían

figurado en el número de los conjurados, habían venido a enrolarse bajo sus banderas. Este éxodo era explicable. Además de ser la causa de Catilina la causa popular, por el odio que inspiraba la oligarquía usufructuaria, resultaba también, en esos momentos, la causa cuyo triunfo se presumía, dado el pánico y la indecisión que reinaba entre los dirigentes gubernamentales. Por tal razón, al grupo entusiasta de los aliados naturales, que obraban movidos por comunidad de intereses y afán de justicia, se sumaba la habitual clientela de utilitarios y logreros, dispuestos a especular con la victoria y que habían tomado en gran número el camino de Etruria.

Pudo así reunir el caudillo, sobre el plantel primitivo de dos mil hombres reclutados por Cayo Manlio, un ejército que, según los diversos testimonios, alcanzaba de doce a veinte mil. Pero en esa muchedumbre, solamente una cuarta parte estaba armada regularmente. El resto, *"según lo que había tenido a mano, llevaban bastones herrados, o lanzas, o solamente estacas aguzadas"*.

Mientras se ocupaba de proporcionar a sus huestes la necesaria instrucción militar, rehusó Catilina el combate con las fuerzas de Antonio, que se le aproximaban, mediante retiradas oportunas a las montañas. Esperaba, sin duda, para obrar, las noticias de Roma anunciándole el éxito de la insurrección dentro de los muros, después de lo cual contaba con tener fuerzas suficientes para cualquier emergencia. Prueba de su seguridad en el triunfo era la constante negativa con que recibía los ofrecimientos de los numerosos esclavos que habrían sido un factor decisivo de la victoria. A diferencia de Léntulo, menos escrupuloso y que no rehusaba ninguna ayuya, por más vil que fuese, para obtener sus propósitos de predominio, el caudillo *"miraba como contrario a su política el hacer común la causa de los ciudadanos con la de los esclavos fugitivos"*.

Cabe aquí una presunción que Cicerón, Salustio y demás historiadores omiten, si bien los primeros, seguramente, por razones de consideración personal. Esa confianza de Catilina, esa lentitud de Antonio en su

persecución, el rechazo de los esclavos por el primero, la negativa del segundo a mandar las fuerzas cuando la batalla fue inevitable, ¿no revelan la existencia de un entendimiento entre ambos? La conjetura no implica suspicacia, sabiéndose, como se sabe, la existencia de estrechos vínculos anteriores y no mediando prueba ninguna, sino al contrario, de ruptura posterior. La solidaridad entre los cónsules, que da a entender Cicerón en sus discursos, era una exigencia de la política y de la misma constitución, que los suponía siempre solidarios; el mando de la expedición encomendado a Antonio obedecía asimismo a un riguroso precepto legal, cumplido probablemente por el Senado con el corazón alegre, pues así alejaba un peligro de Roma... Lo más posible es que la complicidad haya existido hasta el último momento; que en el pacto secreto, Antonio, en consideración a la magistratura que desempeñaba, estuviese comprometido a pronunciarse contra el Senado y pasase al campo de Catilina después que la revolución estallara y triunfara en Roma; y acaso también para decidir este triunfo, si se presentaba dudoso. Sólo así se explicaría, por parte de Catilina, un optimismo que de otro modo resultaría poco justificado. El descubrimiento de la conjuración en la Urbe habría desbaratado el plan.

En figuras de contradanza pasaron ambos ejércitos casi un mes, a la espera de los acontecimientos. Es de imaginar la inquietud creciente de Catilina ante la lentitud de los procedimientos en la Urbe, no obstante haber él mismo terminado, antes de su partida, los preparativos del estallido. En apasionados arrebatos, acusaría de cobardía y de traición a sus lugartenientes, lo que en el primer punto era desgraciadamente verdad. Como ocurre en los temperamentos de su clase, fluctuaría entre las más diversas hipótesis, pasando de la desesperación al optimismo, pero aferrándose, en virtud de su naturaleza robusta, especialmente a este último. Se acostaría con la muerte en el alma para revivir el esplendor de su esperanza ante las primeras luces del amanecer. Pensaría en Craso, en Léntulo, en César, en Cetego, en sus

amigos y en sus enemigos declarados u ocultos, conjeturando sus pensamientos y sus intenciones. Se complacería, para desvanecer su inquietud creciente, en perfeccionar sus planes de gobierno y en repartir anticipadamente premios y castigos, justicia y recompensas. Imaginaría con alborozo la humillación de los senadores, de Cicerón que lo había injuriado, de Catón que lo había perseguido. Maquinaría la forma de romper alianzas comprometedoras y de desembarazarse de los adversarios ya latentes bajo las apariencias de amistad. ¡Ese Cornelio Léntulo, con sus ridículas aspiraciones imperiales! ¡Ese César, siempre!...

Cuando llegó la noticia del descubrimiento de la conjuración en Roma y del arresto y la muerte de sus amigos, sintió Catilina el derrumbe de todos sus sueños, la anticipación de la muerte. Era la realización de la peor hipótesis, de la menos probable, de la continuamente desechada. ¡Ah, cobardes: dejarse coger así, sin combatir y teniendo en la mano los elementos del triunfo! Ahora no había salvación para él. Todo estaba previsto para la victoria. Pero la derrota significaba, bien lo sabía, la muerte. Por otra parte, ¿para qué habría de vivir ahora? La vida era el imperio, la esperanza del imperio. Había jugado su carta y había perdido.

No es creíble que el bravo *condottiero* haya pensado en triunfar después de los sucesos de Roma. Demasiado conocía las fluctuaciones de la multitud; su sensibilidad exacerbada para los fracasos; su enfriamiento inmediato con los favoritos de la víspera, cuando éstos no se presentan con el empaque indispensable de los vencedores; su adhesión por el que hasta ayer repudiaban, si cualquier circunstancia fortuita lo favorece. Como político avezado, sabía seguramente la influencia decisiva de las pequeñas causas. A pesar del escaso número de los arrestos, era evidente que ese tropiezo paralizaría la acción de todos los demás, de los utilitarios, de los tibios, del cobarde populacho. Como conductor, como jefe nato, no se hacía ilusiones con respecto al género humano y sentía por él ese amor mezclado de desprecio que caracteriza a los verdaderos conductores.

Inmediatamente comenzó a experimentar las consecuencias del desastre en las propias filas de su ejército, recorridas por un vendaval de pánico que fue la señal de la desbandada. *"La mayoría de aquellos que habían sido llevados a la guerra por la esperanza del pillaje o el amor de la novedad, se dispersaron"* —escribe Salustio. Y con ellos, seguramente, todos los espíritus mediocres y timoratos, los tibios que componen la enorme mayoría... Quedaron los que no podían esperar nada en ninguna parte, los perseguidos por la sociedad, la carne de presidio; y también aquellos que, por sobre todas las cosas, querían permanecer fieles a su compromiso de honor. Es decir, como ocurre siempre, los mejores y los peores, los héroes y los desesperados. En lo cual no hay contradicción, si se piensa que entre los delincuentes y relapsos suele haber una simiente de heroísmo que no ha encontrado terreno apropiado para su desarrollo y que tardíamente puede florecer.

Ya no hay probabilidades de luchar con éxito. Catilina ha aceptado su suerte infausta. Y aunque el instinto de resistencia animal le sople que tal vez todavía pueda refugiarse entre los bárbaros y esperar allí una nueva oportunidad de actuar, él rechaza esas voces. Tiene cuarenta y tres años, edad de llegar, no de empezar, demasiado tarde para rehacer una vida. Pero es un jefe. Su responsabilidad está comprometida en la salvación de la pequeña y aguerrida tropa fiel que aún lo sigue, y ordena la retirada. A marchas forzadas atraviesa con su puñado de hombres las escarpadas montañas del territorio de Pistoya para llegar, por caminos de travesía, a la Galia cisalpina, donde tiene amigos seguros. Esta esperanza fracasa también. Quinto Metelo, con dos legiones, lo espera apostado en el Picenio. Instruido por los tránsfugas del ejército catilinario, acampa en el lugar donde éste debía desembocar, para cortarle la retirada. El cónsul Antonio, por su parte, sigue a retaguardia, en obligada persecución. Abatido Catilina, se ha roto el pacto y ahora es su enemigo.

Está cogido entre dos fuegos y hay que combatir. No es la situación que más disgusta al jefe insurrecto por ser la de la muerte honrosa. Con el escaso número

de sus tropas mal armadas, el triunfo resulta imposible. Aunque ¡quién sabe!... Nunca puede saberse lo que ocurrirá. Acaso un resplandor breve de esperanza, esperanza de agonizante, haya iluminado estos últimos momentos del héroe. Tiene que elegir adversario. Y no obstante su situación, resuelve hacer frente al ejército de Antonio, que está en el camino de Roma, no al de Metelo, menos numeroso, que cierra el camino de la retirada. Quiere morir con la cara vuelta a la ciudad de sus sueños, a la ciudad imperial.

Ya están dispuestos los dos ejércitos. De un lado el puñado de hombres mal armados de Catilina. En frente, el ejército consular, con su cohorte de veteranos en primera línea. No lo manda Cayo Antonio, sino su lugarteniente Marco Petreyo. El cónsul no ha querido, seguramente, cargar con la gloria dudosa de sacrificar a su amigo en desgracia, y so pretexto de un ataque de gota —falso, según el historiador Dión— delega el mando en su subordinado inmediato. Éste es un viejo soldado, un militar profesional hecho en las filas, sin preocupaciones políticas y que sirve a quien lo emplea. Arenga a sus tropas, excitando su coraje por la facilidad de la empresa y la magnitud de las recompensas que les esperan. Califica a los adversarios, con desprecio profesional, de *"ladrones inermes"*, y termina con la fórmula tradicional de ese género oratorio: *"combatís por la patria, por vuestros hijos, por vuestros altares y hogares" ("pro aris atque focis")*.

Catilina, por su parte, habla también a sus partidarios. El discurso que Salustio pone en su boca es sin duda imaginario; pero responde a los sentimientos que, en ese instante supremo, moverían el ánimo del esforzado caudillo. Invoca por última vez la justicia de la causa que defiende; hace el proceso de la oligarquía usufructuaria, mostrándola como el cáncer que devora las energías de la patria; reniega de los cobardes que comprometieron, por sus torpezas y sus dilaciones, el triunfo de la empresa, dejándose coger sin combatir; muestra serenamente a sus huestes la dificultad del tran-

ce en que se encuentran, exhortándolas a prodigar su esfuerzo supremo, reanimando en ellas las últimas chispas de una esperanza próxima a extinguirse...

Cuando termina el discurso, sus cohortes guardan silencio absoluto. Están dispuestas a vencer o morir. Triunfo supremo de esa elocuencia viva, substancial, en que las palabras se encienden, sangran, se apoderan como garras del corazón, provocan la embriaguez heroica... Suenan por fin las trompetas y empieza el combate más encarnizado que había visto el suelo de Italia.

"Catilina... conduce a sus tropas en buen orden sobre un terreno unido. Entonces manda quitar todos los caballos, a fin de que la igualdad en el peligro aumente el coraje del soldado: él mismo, a pie, ordena su ejército según la disposición del lugar y la calidad de los soldados. Ocupaba una pequeña llanura, cerrada a la izquierda por montañas y a la derecha por una roca escarpada. Dispone en ocho cohortes su frente de batalla; el resto, o sea la reserva, en filas más apretadas. A los centuriones distinguidos, los reenganchados y los legionarios mejor armados los coloca en primera fila. Da a Manlio el comando de la derecha y el de la izquiarda a cierto habitante de Fiésola [Furio, según Plutarco]. *En cuanto a él mismo, con los emancipados y los colonos de Sila, ocupa el centro, junto al águila que, en la guerra címbrica, Mario, según se dice, había llevado en su ejército".*

Petreyo ordena la carga y el ejército insurrecto efectúa el mismo movimiento; primero, al paso; luego, a la carrera. Con un gran grito, chocan y luchan a espada. Catilina, en primera fila, se bate como un león. *"Con sus soldados armados a la ligera, sostiene a los que desfallecen, reemplaza a los heridos con tropas frescas, provee a todo, combate, sobre todo, él mismo, haciendo estragos en sus adversarios y desempeñando, a la vez, el oficio de un valeroso soldado y de un buen capitán.*

"Petreyo, viendo combatir a Catilina con más vigor del que había previsto, se abre paso con su cohorte pretoriana a través del centro de sus enemigos, mata a los que desordena y a los que resisten en otro punto; luego

ataca a las dos alas por el flanco. Cuando Catilina ve a sus tropas dispersas y que sólo él sobrevive con un puñado de los suyos, se acuerda de su nombre y de su dignidad; se precipita en las filas más espesas del enemigo y muere combatiendo.

"Terminado el combate, se pudo apreciar toda la intrepidez, toda la fuerza de alma que había mostrado el ejército de Catilina. En efecto, en todas partes, los soldados cubrían con su cadáver el sitio en que habían combatido vivos. Un pequeño número, en cuyas filas había introducido el desorden la cohorte pretoriana, habían caído a corta distancia, pero todos cubiertos de honorables heridas. Catilina fue encontrado lejos de los suyos, en medio de los cadáveres enemigos; respiraba todavía, y conservaba en su rostro ese coraje feroz que lo había animado durante su vida."

Así, el inimitable Salustio.

Capítulo XVIII: *La táctica de Catilina*

"Una salus victis nullam sperare salutem" [19].

RESUMEN: Las previsiones y el azar — La tentativa de Catilina estaba bien concebida y planeada — Ambiente revolucionario — Las multitudes urbanas — El ejército — La organización en las provincias — El héroe infortunado.

Es un lugar común de la historia acusar a Catilina de insensato por haber acometido su empresa careciendo, según se afirma, de los medios necesarios para llevarla a buen fin. Saint-Evremond, entre otros, expresa esa opinión en sus comentarios sobre Salustio: *"Los políticos* —escribe, refiriéndose a nuestro héroe— *critican su plan como mal concebido; pues todos los que habían querido oprimir* [?] *a la República, excepto él, contaban con el favor del pueblo o el apoyo de las legiones. Catilina carecía de uno y otro; su industria y su coraje los reemplazaron en una empresa tan grande y difícil...*", etc.

Por supuesto que quienes adoptan esa posición y la sostienen desempeñan el *beau rôle* en cualquier polémica. Es muy fácil reprochar sus faltas al vencido, sobre todo cuando éste ya tiene en su contra una abundante literatura. Reconozcamos lo que hay de un poco vil, generalmente, en la actitud de los generales en zapatillas que, desde su gabinete, se complacen en cubrir

[19] Virgilio, ENEIDA, II, 354.

de oprobio a quien ha oblado, sin recompensa, su tributo de sangre, y lo que implica de ridiculez ilevantable la actitud de los estadistas de tertulia, de los caudillos de biblioteca. Todo argumento sobra en tales casos. Después de cualquier lucha ¡quién no ve con claridad las imprevisiones, los errores, las torpezas —reales o supuestas— del derrotado! Y esto no sin un dejo de satisfacción, como dando a entender que el crítico, en las mismas circunstancias, habría procedido en forma distinta.

Cierto es que del fracaso, en cualquier orden de actividad, se desprende una presunción contraria a la capacidad de quien ha incurrido en él. Pero nada más que una presunción. Adoptarla como verdad irrefragable, acumulando en su favor razonamientos especialmente aderezados *a posteriori* es la actitud normal de los espíritus mediocres, sin "hambre y sed de justicia". Ahora bien, ninguna presunción puede adquirir valor de certeza si no se ha sometido íntegra y honradamente a la prueba de la realidad. Es pues indispensable, cuando debemos juzgar una derrota, agotar los requisitos procesales, investigando, mediante un riguroso examen de las circunstancias, si ella ha de imputarse al protagonista, o si fue consecuencia de un conjunto de accidentes fortuitos, imprevisibles por definición, que torcieron el curso de los sucesos en sentido desfavorable. Cuando se trata de un orden de fenómenos tan complejo como es el político, hay que hacer siempre la parte de los hombres y la de los dioses. Y esto lo sabían bien los antiguos, que tomaban los auspicios antes del combate, para saber si las potencias celestes eran adversas o propicias.

La defección de un jefe de fila en el momento decisivo; un movimiento de pánico en una de las alas del ejército, que se propague como el consabido reguero de pólvora; un fenómeno natural cualquiera, hacen perder la batalla al mejor de los generales. Igualmente en los procesos de carácter político, una lentitud de procedimiento, una delación, una desobediencia de algún agente secundario, pueden comprometer el éxito final, por más grandes que hayan sido la inteligencia organizadora

y la diligencia del jefe y por más favorables que se presenten las demás circunstancias previstas. El material con que el político y el militar actúan es material humano, es decir, falible y voluble por naturaleza, sujeto a toda clase de fluctuaciones entre la decisión aparentemente insobornable y el desaliento paralizador, el miedo invencible. Por consiguiente, el fracaso no ha de descartarse nunca del campo de las posibilidades, ya que no hay poder humano capaz de sobreponerse a la influencia de esos imponderables. La previsión del político no va más allá de cierto límite. Y la seguridad del éxito, por mayor que se la suponga, está siempre sometida a la eventualidad de uno de aquellos fenómenos en que los antiguos veían la intervención de las divinidades benévolas o irritadas.

En lo que a Catilina respecta, resultaría imposible probar, con argumentos decisivos, que su táctica fue deficiente, como lo sostienen quienes dan valor de prueba a la mera presunción emergente de su derrota. Todo lo contrario. De un estudio minucioso de los escasos elementos de juicio con que se cuenta, surge la convicción de que el caudillo revolucionario poseía fuerzas suficientes para lograr sus propósitos y que había previsto, con singular clarividencia, todo lo que podía humanamente prever en las circunstancias en que se encontraba. Más aún, reveló en todos los actos de la conspiración un conocimiento de los hombres y de las situaciones muy superior al del resto de sus contemporáneos —con la sola excepción, acaso, de César, que le llevaba la ventaja de su partido heredado; que era, en política, un rico heredero...—. Y ello sin contar la decisión, la capacidad de trabajo, el denuedo sin par. Por consiguiente, el fracaso no es imputable a él, sino al accidente imprevisible del descubrimiento de las pruebas, por la torpeza y cobardía de Léntulo —lugarteniente impuesto por las circunstancias, no libremente elegido—, que provocó el aplastamiento de la insurrección en Roma, base de todo el plan.

La principal condición para que una revolución sea viable es la existencia de un malestar social extendido, que origine un estado de rebeldía latente en quienes lo padecen. Cuando así ocurre, los renovadores que muestran perspectivas de un cambio feliz cuentan con grandes probabilidades de ser ayudados y seguidos. Ya se ha visto que ese malestar —síntoma de la preñez del imperio— existía en Roma y que la conciencia de un cambio necesario estaba en el fondo de todas las acciones y reacciones excesivas de los partidos.

El partido popular, que se rehízo rápidamente después de la dictadura, debía ser el instrumento de esa ansia de renovación. Pero Pompeyo, su jefe accidental, lo mantenía paralizado en una política de componendas con el régimen restaurado. Contra ella trataba de reaccionar César, sin volumen suficiente todavía para oponerse a la figura de aquél, cuyo prestigio militar encandilaba a la muchedumbre. Era así oportuno aprovechar su ausencia para realizar una combinación audaz que lo desplazara y anulara.

Catilina, jefe indiscutible de un grupo enérgico y juvenil, debía contar naturalmente con el apoyo de las grandes masas del partido democrático para llevar adelante su pensamiento revolucionario. Que el entendimiento existió, está probado por el testimonio unánime de los historiadores: César y Craso favorecieron las aspiraciones del caudillo al consulado. Dada la *impasse* en que se encontraba la democracia por la actitud ambigua de Pompeyo, era lógico que Catilina, sin compromisos con él y poseedor además de fuerza propia, estuviera en inmejorables condiciones para arrancar al partido de su estancamiento, mediante una vigorosa operación de remolque. Operación que le daría, de hecho, la dirección del movimiento. No pueden tener otro sentido sus palabras en el Senado. Su triunfo personal y las reformas inmediatas que emprendería lo habrían erigido en cabeza indiscutible de un organismo que, por desorientación, estaba virtualmente acéfalo.

Pero si bien contaba Catilina con los elementos de la democracia, no se entregaba a ésta. Vedábaselo,

por una parte, su actuación anterior en las filas adversarias; y, por otra, su resistencia a trabar su libertad de acción con compromisos partidarios. Los políticos profesionales del partido, cuyo *specimen* era el vencedor de Sertorio, se mostraban demasiado dispuestos a las componendas, a cambio de magistraturas y otros beneficios eventuales; insensibles a las aspiraciones profundas de las masas que acaudillaban, eran, en su conducta, contrarrevolucionarios. El mismo César, por un prurito de prudencia, no se atrevía aún a emprender una acción decisiva contra el régimen. Catilina veía claramente la necesidad del avasallamiento completo de la oligarquía senatorial, y temía que la política puramente demagógica del partido democrático tuviera como consecuencia un nuevo *marianismo*, orgía capitalista bajo las apariencias de la democracia desenfrenada. Su acción tendía, por consiguiente, a realizar los anhelos de un movimiento que interpretaba los sentimientos de las masas, pero al cual sus jefes traicionaban continuamente por incompetencia o por cálculo.

Era natural que la actitud resuelta y acremente antioligárquica del caudillo hiciese de él un héroe popular, no obstante sus antecedentes, y por ello resulta equivocada la opinión de quienes, como Saint-Evremond, lo acusan de haberse arriesgado sin contar con el apoyo de la muchedumbre. En realidad, era dueño de ésta en la medida en que se podía serlo entonces en Roma, cuando no se dominaba la red de intereses que la envolvía; era dueño por el entusiasmo. Y contaba con ella hasta donde debía contar: como elemento necesario para apoyar, con su consentimiento y aplauso, la acción política. El mismo Salustio da testimonio de ese estado de espíritu general, al referir la reacción pública a raíz de la detención de los conjurados: *"El populacho que, por amor a la novedad, había estado demasiado dispuesto a la guerra, cambió de sentimiento..."*

Por lo que se refiere a la acción revolucionaria, ya descartada la perspectiva de los comicios, el caso cam-

bia. Catilina, caudillo demófilo, no cree en las masas como elemento revolucionario activo, y el plan de su conjuración excluye la intervención de éstas, como no sea en el papel de comparsas. Por el testimonio de los historiadores, se ve que tiene en cuenta, ante todo, las ventajas de la organización y la distribución del trabajo, y que sólo confía en la eficacia de las milicias disciplinadas y de los pequeños grupos fieles, audaces y aguerridos. Nada más ajeno a sus propósitos que la insurrección romántica, el levantamiento de las muchedumbres en el Foro, como en los tiempos de los Graco y Saturnino, el tumulto de resultado incierto y, casi siempre, desfavorable. Su pensamiento es orgánico; tiene en cuenta la experiencia histórica y la aprovecha. El desorden por el desorden carece para él de sentido y no espera que dé ningún fruto. Selecciona la calidad de sus elementos. Y, signo decisivo, rechaza por ello la intervención de los esclavos, material comprometedor, anárquico, sin concepto del honor ni del bien público; de los esclavos que significan la casi seguridad de la victoria.

Sus partidarios de la Urbe tienen cada uno su misión designada, según la organización efectuada antes de partir el jefe para Etruria. Y el manejo ajustado del mecanismo debe darles, en pocos instantes, el dominio de Roma.

Pero ¿el ejército?, se dirá. ¿Qué podrían hacer esos pequeños grupos de ciudadanos, que el aplauso del populacho inerme, contra el poder de las legiones?

La opinión que lo supone a Catilina completamente huérfano de apoyo militar es también improbable y responde a la sugestión de la prédica adversaria. En todos los tiempos y bajo cualquier forma de organización militar, salvo que esté constituida exclusivamente por cuerpos mercenarios extranjeros, existe una identidad completa entre los sentimientos que obran sobre el elemento ciudadano y el de los ejércitos. Es necesario un gran aislamiento de éstos para que no experimenten en sus filas las mismas fluctuaciones de la opinión civil.

Sólo el principio de la disciplina puede modificar dicho fenómeno natural. De acuerdo con este principio, el hombre de las filas se moverá en el sentido que su jefe le indique, pues pertenece espiritualmente a su jefe antes que a su partido. Pero cuando hay contradicción entre uno y otro, se mantendrá o no la obediencia, según sea la calidad o el prestigio del jefe y la fuerza de los sentimientos públicos.

Dada la uniformidad de la opinión pública, era lógico que el estado revolucionario de Roma se hubiera contagiado a las filas de las legiones y que éstas estuvieran minadas por la propaganda de los conjurados. En lo que respecta a la flota, se ha visto que las tripulaciones de la desembocadura del Tíber respondían a Catilina y que la conspiración fue descubierta. Síntoma de un fenómeno sin duda generalizado.

De acuerdo con los principios expresados, cualquier general que se pasara al campo de Catilina obraría a favor de la opinión corriente en sus filas y lo haría sin ningún esfuerzo. La lentitud de movimientos en las tropas destacadas para combatir la insurrección, frente a Manlio primero y luego frente a Catilina, da lugar a suponer profundas cavilaciones en sus respectivos jefes... Al frente quedarían los generales del partido adverso. Pero en el seno de sus contingentes podían estallar sublevaciones apenas las circunstancias fuesen favorables; es decir, cuando el temor de la derrota o el aliciente del provecho se hiciesen más fuertes que el ascendiente de los jefes sobre sus soldados.

Ahora bien: no había, en ese momento, frente a la revolución, ningún general lo suficientemente prestigioso como para confiar en absoluto en la fidelidad de sus legiones. Por otra parte, ya hemos visto que el jefe constitucionalmente indicado para sofocarla, el cónsul Cayo Antonio, era probablemente cómplice oculto de Catilina. Lejos de ser mala, pues, la situación militar de los conjurados era, por el contrario, auspiciosa, ya que además de los contingentes propios contaban con el apoyo probable de las legiones consulares cuando los hechos favoreciesen el pronunciamiento.

Contra un gobierno cuya debilidad se manifestaba en la lentitud y la incoherencia de sus reacciones, Catilina poseía un núcleo fuerte y aguerrido en la capital, un ejército en Etruria, contingentes dispersos por toda Italia y garantías suficientes por parte de las legiones consulares, que esperaban, según nuestra hipótesis, el momento oportuno para plegársele. A ello respondía el optimismo del jefe y demás conjurados y el éxodo de voluntarios para acogerse bajo sus banderas, que no se explicarían si se hubiera tratado de una empresa insensata de desesperados. Era, por el contrario, la causa aparentemente triunfadora. Estaba bien planeada, encarnaba una esperanza popular, tenía en su favor todas las probabilidades de éxito. La opinión contraria proviene de la argumentación del cónsul, cuya política consistió en restar importancia a la conjuración después de sofocada, para explotar en provecho propio el estado de espíritu de los tránsfugas y arrepentidos. Unos pocos habían pagado por todos. El resto, feliz de haberse substraído al duro escarmiento, no entraría ya en nuevas aventuras.

Con todos los medios para triunfar, la revolución fracasó, no obstante. Ya hemos expresado la razón del fracaso: la lentitud de los procedimientos en Roma, que provocó el arresto de los conjurados, y el consiguiente fenómeno psicológico del pánico en las masas. Cuestión de tiempo, de oportunidad. La voluntad de los dioses...

Acaso podría reprochársele a Catilina la elección de un lugarteniente incapaz. Pero este error, que probablemente no escapaba a su perspicacia probada, no resulta tal, si se tiene en cuenta que no había otra solución. Cornelio Léntulo estaba designado por las circunstancias. A su volumen social unía la condición de pretor. Cualquier desconocimiento de su categoría habría significado para él una injuria. Poco era, por lo demás, lo que debía hacer, ya que Catilina había dejado el plan minuciosamente trazado antes de su partida. Sólo faltaba realizarlo, dar la orden de ataque apenas el jefe llegara a Etruria. No lo hizo, ya por cobardía, o bien, según hemos supuesto, por razones personales del lugarteniente.

Una vez descubierto todo, fue el pánico, el brusco abandono de la causa por la cobarde mayoría, la traición cohonestada —como ocurre siempre en tales casos— por los cargos injustos contra el jefe de la víspera, a quien se acusa de incapacidad, de ceguera. Fue la revelación del animal humano en su aspecto más lastimoso, el sálvese quien pueda seguido de la adhesión al vencedor presunto, a quien por esto mismo se da la victoria. El cambio brusco de las circunstancias no le dejaba al esforzado caudillo otra alternativa que la deshonra o la muerte y, desdichado capitán de una esperanza náufraga, se hundió con ella, optó por el fin que le señalaba el honor de su nombre y de su estirpe.

Índice

Palabras para la segunda edición 7
Introducción 13
Capítulo I: *Junto al altar de los mayores* 27
Capítulo II: *La revolución democrática* 41
Capítulo III: *Demagogia y emigrados* 49
Capítulo IV: *Sila "Felix" esperanza frustrada* 57
Capítulo V: *El gobierno de la restauración* 69
Capítulo VI: *Pompeyo, Craso, César* 77
Capítulo VII: *Interregno* 89
Capítulo VIII: *Las tentativas igualitarias* 97
Capítulo IX: *La elocuencia al servicio del dinero* 107
Capítulo X: *El águila de plata* 117
Capítulo XI: *Digresión sobre la ambición política* 123
Capítulo XII: *Los conjurados y el delator* 131
Capítulo XIII: *Los propósitos de Catilina* 137
Capítulo XIV: *Una mística de la juventud* 147
Capítulo XV: *El general togado* 159
Capítulo XVI: *"Inter armas silent leges"* 169
Capítulo XVII: *Pistoya* 179
Capítulo XVIII: *La táctica de Catilina* 189